

PEARLS. BUCK

Muerte en el castillo



Novela de matices sorprendentes en los que el misterio, el humor y la sabiduría se alían en un juego narrativo que sugiere los esquemas del guión cinematográfico. Unos americanos quieren comprar un castillo inglés del siglo X para trasladarlo a Connecticut. El laberinto de una perfecta intriga y de unos personajes asombrosamente plasmados sirve a Pearl S. Buck para ofrecer una de sus más logradas obras.

Pearl S. Buck

Muerte en el castillo

Título original: *Death in the castle*

Pearl S. Buck, 1964

Traducción: Manuel López Galarza

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

NOTA DE LA AUTORA

En toda obra se explican dos historias: una se refiere al argumento, la otra al autor y a los motivos que le indujeron a escribirla. *Muerte en el castillo* remonta su origen a algunos años atrás y tiene por escenario el país inglés. En compañía de mi asociado, Tad Danielewski, de Producciones Stratton, tuve ocasión de visitar una hermosa fortaleza que databa del siglo X. Las torres almenadas y la severidad exterior emanaban tal carácter histórico que casi al instante surgió en mi mente un argumento ficticio con auténticos visos de realidad.

Siendo Tad Danielewski director de pantalla y de teatro, establecimos al instante un diálogo respecto a la forma en que deberíamos presentar la narración. Danielewski mostraba sus preferencias por divulgarla a través de la pantalla y yo por medio de la imprenta. Decidimos al fin realizarla simultáneamente, encargándose él del guión y yo de la presentación literaria.

Quizás el lector encuentre en esta dualidad idéntica ilusión a la experimentada por mí, cual si se tratara de una doble versión, eco fiel la una de la otra, que ofreciera las albricias de una nueva emoción originada por el encanto mágico de la pantalla.

La finalidad del arte es la de instruir y comunicar un mensaje, si bien la recompensa y enseñanza adquiridas se hallan condicionadas a las facultades de cada individuo. En la novela, el lector se ve obligado a desplegar su imaginación para poder captar sus atractivos; esta participación en el celuloide es más directa y menos subjetiva, por sentirse desde un principio identificado con la pantalla.

Les brindamos las dos variedades: la novela por ahora y el film más adelante.

PEARLS. BUCK.

PRIMERA PARTE

Los suaves rayos solares del amanecer de una primavera inglesa se reflejaban en las ajimezadas ventanas del castillo. Él se había levantado, como era su costumbre, al amanecer, y al igual que todas las mañanas —mientras ella dormía—, recorría a caballo las dependencias de la granja. Cuando a eso de las nueve y media regresó a casa, dando un ligero trotecillo al caballo, se sentía con apetito. Entro en el comedor en el que acostumbraban a realizar todas sus refecciones, excepto la del té; ella había comentado alguna vez la conveniencia de disponer de una habitación para desayunos, pero él, desde tiempos inmemoriales, se había acostumbrado a la enorme estancia y a la espaciosa mesa, alumbrada por el lustro, en la que ahora se hallaban instalados, él en la cabecera y ella al sur, en el extremo opuesto.

Esta mañana, ella debía haberse levantado más temprano que de ordinario. ¿Cómo, si no, podría explicarse la presencia de aquel jarrón de narcisos sobre la mesa? El ramillete constaba de unas tres o cuatro docenas de flores con unos zarcillos amarillos en forma de trompeta que se hallaban en un búcaro de plata que se asentaba sobre un tapete de encaje. ¿No se hallaría quizá, Kate, en el jardín? Habían decidido años atrás no conversar a la hora del desayuno, aunque este propósito se venía quebrantando con frecuencia. Mary había llegado, incluso, a mostrar su disgusto ante el deseo expuesto por él, ya desde el noviazgo de que desayunaran juntos. Todavía podía recordarla, una muchacha esbelta, toda una belleza inglesa de ojos azules y cabello de color miel, mirándole a él desde el otro extremo de la mesa; todavía le era posible evocar el tono plañidero y obstinado de aquella voz dulce y atiplada.

—¡Es que es una hora tan intempestiva, Richard! En casa de mis padres no experimentábamos la necesidad de vernos las caras a una hora tan temprana.

—Cielo mío —replicó él mientras reía—. Si yo me viera obligado a ver el rostro de tu madre todas las mañanas, opinaría de la misma manera; ella es una gorgona, pero tú, no. Tú tienes una carita fresca como una rosa, Mary, y me agrada contemplarla mientras desayuno. Es una prerrogativa mía.

—Está bien, pero no hablaré —había objetado, sin poder ocultar una sonrisa.

—No es necesario —había contestado, y durante los treinta y cinco años de matrimonio feliz había desayunado sumisamente a su lado, quebrantado en contadas ocasiones aquel pacto. ¡Bonito ejemplo de testarudez!

Contemplaba ahora de nuevo, a través de la distancia impuesta por la mesa, el rostro que en otros tiempos había comparado a una rosa. Todavía era bonito, una flor quizás un tanto marchita, pero de buen ver y en nada parecido al rostro que había tenido su madre —más bien tiraba al de su padre, un par de la nobleza que se retiró prematuramente a un castillo en ruinas de Cornualles—. Él se había limitado simplemente a trasladarse de una fortaleza a otra, con la salvedad de que nunca consentiría que este castillo se derrumbara, cosa que jamás ocurriría, a pesar de los tiempos actuales —estrafalarios como nunca lo fueron— en que todo parecía conspirar contra quienes hubieran nacido en la casa solariega de sus antepasados.

A pesar de la distancia impuesta por la mesa, ella sorprendió una ligera mueca de disgusto y alzó

sus cejas para inquirir la causa.

—No es nada —contestó desabrido—. Estaba recordando algo antipático.

Wells, que en estos días de estrecheces, desempeñaba los cargos de cocinero y proveedor, permanecía de cara al buffet y de espaldas a ellos; en este momento vertía un huevo en una cacerola con agua caliente. Le gustaba a ella tomar un huevo escalfado con un filete de arenque ahumado. Wells, alto y erguido, se hallaba en los puros huesos y vestía un uniforme desvaído de color gris; peinaba su cabello blanco con un esmero irreprochable. Había empezado a servir en la casa como lacayo, cuando *Sir* Richard era todavía un muchacho y *Lady* Mary una niña rubita que vestía de corto. Estos últimos, aunque en el fondo se apreciaban, fingían ser enemigos irreconciliables. A pesar de ser vecinos los castillos en que moraban, se hallaban, sin embargo, algo distanciados, y la primera vez que Richard, en compañía de su madre, vino a pasar la velada al castillo de Mary, ésta, pretendiendo ignorarle, se había presentado con su vestido y equipo de gimnasia.

Al girar Wells sobre sus talones, mostró una cara triste y afilada.

—¿Desea el señor esta mañana, que, junto con el huevo, le prepare el jamón y los riñones?

—Sí, muchas gracias —contestó—. Creo que tengo apetito. ¿Ha ido ya Kate a la estación?

—Es algo temprano, señor —replicó—. Está de limpieza en el vestíbulo, para cuando venga el americano.

—Vaya y dígale que va a llegar tarde.

—Sí, *Sir* Richard.

El anciano, abandonó la estancia con aire resuelto, a pesar de una ligera cojera que trataba de disimular. Volvió a reinar el silencio en la sala. *Lady* Mary tomaba su té, mientras sus ojos se posaban en los narcisos: *Sir* Richard no dejaba de mirarla, mientras untaba de mantequilla una rebanada de pan tostado.

—Digo, querida, que tú tendrás que estar presente, ¿sabes?

Pensó durante unos momentos que no rompería el silencio, pero al fin habló; su voz era todavía la misma y contrastaba notablemente con su cabellera, que se había tornado blanca.

—No creí que debiera estarlo, ¿no te parece?

—No quiero estar solo cuando me reúna con él —dijo.

—¿Has telefonado a Philip Webster?

—¡Por Júpiter!, se me ha olvidado —dio un salto sobre la silla y se hallaba ya a medio camino de la puerta, cuando ella le dijo de nuevo:

—Ya le he llamado yo.

Richard se quedó cortado:

—¿Cómo? ¡Qué bien has hecho! No sé cómo he podido olvidarlo.

—Si está él aquí no creo que me necesitéis.

—Si, te necesitaré; es un apoyo moral. Webster es tan pesimista... está convencido de que siempre tiene que suceder lo peor, y yo soy impresionable.

Volvió a sentarse de nuevo y pensó que, puesto que la conversación se había ya iniciado, no consentiría, que se apágase.

—Fue a Webster a quien se le ocurrió hacer este negocio con el americano; es él quien me empujará y quien me dirá que tanto el castillo como este país están llamados a desaparecer y que no podemos hacer nada.

—¿Y cómo es que entre tanta gente ha ido a buscar un americano, precisamente? —Se lamentó sirviéndose una taza de té—. Quizá fuera porque tu padre vendió a otro americano el año que nos casamos dos cuadros del salón. Pero de aquello hace ya mucho tiempo, ¿te acuerdas? Con aquel dinero pagó nuestra luna de miel, ¡pobrecito!

—El viaje de bodas lo pagué yo —observó Richard sin ambages ni rodeos—. Lo que él costeó fueron los cuartos de baño. En aquellos tiempos todo el dinero se invertía en tierras —prosiguió en tono malhumorado—. A mí bien que me lo escatimó cuando estaba en Oxford. ¡Y para qué ha servido! La tierra nunca fue buena, ni siquiera lo es todavía, a menos que implantemos sistemas modernos. ¡Y los impuestos! Llegué a pensar que cuando permitimos que el público visitara la mansión estábamos ya salvados, pero parece ser que todo es poco. El Gobierno se quiere quedar con todo.

—Sí, han sido los cuadros lo que le ha hecho pensar a Philip. ¡Cómo iba de otro modo a decidirse por un americano! —dijo ella, mientras cubría con mermelada un trozo de tostada.

Un golpe de ira le dominó en aquel instante. Un dolor de cabeza que le martilleaba las sienes y que comenzó a afectarle desde el año pasado, se le despertó repentinamente.

—Basta de lamentar lo que yo no puedo remediar —atajó irritado.

Fuera, en el vestíbulo, Wells reprendía a su nieta:

—Kate, que debes ya marcharte; que vas a llegar tarde.

—Ahora voy, abuelito; un minuto nada más, por favor.

Estaba quitando el polvo a aquel despacho de roble macizo, roble inglés que llevaba esculpidas las armas reales. La fortaleza había aposentado durante quinientos años a las familias reales, al cabo de los cuales había sido transferida a los Sedgeley, quienes la habitaban ininterrumpidamente desde hacía otros quinientos años. Desde que Kate era una niña y había empezado a devorar los libros de la biblioteca, no había dejado de soñar en la historia de todos aquellos siglos. *Sir Richard* y *Lady Mary* la habían cambiado, al convertirla en objeto de sus preferencias, y al haberla enviado a un colegio de Londres, cuando su abuelo no era otra cosa que el encargado de la despensa. La habían echado a

perder, al igual que había ocurrido con su padre, Colin, que también había crecido en el castillo. Éste había rehusado, pues le correspondía, el puesto de lacayo a las órdenes de su padre. En lugar de esto se marchó a Londres, donde se dedicó al teatro durante algún tiempo. Cuando estalló la guerra, se alistó en las Fuerzas Aéreas y obtuvo el título de piloto.

En un mismo año, Colin se casó, se transformó en un héroe de guerra y murió en un raid sobre Londres, el mismo día que le dieron licencia para que conociera a su hija recién nacida. La madre de Kate también pereció y la niña pudo salvar la vida gracias a que a alguien se le ocurrió poner la cunita a resguardo, bajo la mesa de la cocina.

Huérfana a los nueve días de haber nacido, Kate fue entregada a los cuidados de su abuelo, Wells, único pariente a quien conoció, ya que la abuela falleció cuando Colin vino al mundo.

En cuanto a los parientes de Kate por parte materna, nunca se oyó comentario alguno; la niña se dio cuenta pronto de que había temas sobre los que no era oportuno hablar; ¿para qué hacer preguntas, si no iban a encontrar contestación adecuada?

Su abuelo le dio una educación esmerada, enseñándole cuanto sabía y educándola en los modos antiguos, y como hubo un tiempo en que *Sir Richard* y *Lady Mary* —especialmente *Sir Richard*— insistieron en que aprendiera más de lo que la escuela del lugar pudiera dar de sí, la enviaron a Londres. Wells se había mostrado reacio a esta separación, pero ninguna objeción le era factible presentar contra una resolución de *Sir Richard*. Kate, por el contrario, se había alegrado infinito. En Londres adquirió por añadidura una serie de conocimientos de índole práctica; conducía el coche cuando *Sir Richard* lo requería; podía ayudar también a *Lady Mary* en el despacho de su correspondencia.

Su puesto en el castillo se hallaba a una altura superior al de una camarera, aunque distaba considerablemente del de una hija; sin embargo, consideraba, al castillo como su hogar.

A Kate le era imposible predecir que es lo que sucedería con su vida y la de su abuelo sin la protección de los castellanos y, por lo mismo, prefería no pensar en ello.

—Trabajas mucho —le dijo Wells, sentándose pesadamente en un sillón de roble macizo, el sillón del rey Carlos. A su edad se sentaba allí donde podía hacerlo, aunque no fuera más que por un momento.

Kate se hallaba afanada en quitar el polvo a los adornos intrincados de una mesa, una plancha grande de madera pulida, montada sobre patas de hierro, y uñas de garra de león, que retenían bolas de cristal.

—No lo creas —dijo ella alegremente—. Me agrada trabajar, abuelito.

—Tú eres tan testaruda como tu padre —añadió Wells con un acento que encerraba más satisfacción que crítica—. Nunca pude hacer carrera con Colin, ya desde que era un niño pequeño, y cuando se casó...

—Abuelo —interrumpió la chica—, ya me has contado esa historia muchas veces y tengo demasiadas preocupaciones en mi cabeza para volver a escuchar esa vieja anécdota.

—Tú eres como siempre, *Miss Capitán* —observó el abuelo, poniéndose de pie—, y nunca dejaste de serlo desde que naciste; no hay duda de que te pareces a tu padre. Sería mejor que fueras al vestíbulo, o... —Y se dirigió perezosamente hacia la puerta, pero Kate adelantándosele, llegó antes que él al *hall*.

—Buenos días, *Sir Richard*; mi abuelo dice que ha preguntado usted por mí.

Mientras hablaba, advirtió que su taza se hallaba vacía, por lo que la cogió, fue al trinchanté, la llenó de café caliente, poniendo dos terrones de azúcar y moviéndolos con soltura y rapidez: una mujercita alerta y vivaracha.

—Llegarás tarde —gruñó *Sir Richard*, mientras aceptaba complacido el servicio.

—Quítate el delantal, Kate —ordenó *Lady Mary*.

La muchacha se desprendió del mismo.

—Sí, *Milady*; ya estoy lista como usted puede ver —una blusa limpiita y falda de algodón—. No tengo más que ponerme encima la chaqueta y pasarme el cepillo por el pelo.

—Te repito que llegarás tarde —insistió *Sir Richard*.

Kate le dirigió una sonrisa de halago mientras las ondas de su cabellera encubrían parte de su rostro despabilado.

—Querido *Sir Richard*, no llegaré tarde; ya sé cuánto tiempo tardo en llegar.

—Tú siempre conduces demasiado aprisa; y no me digas que no, picara.

—Eso sí que no; yo no conduzco aprisa, señor, Soy más prudente de lo que usted se imagina.

—Tú eres algo que nunca me lo hubiera creído: siempre haces las cosas corriendo.

—¿He tenido alguna vez un accidente con él coche?

—Pero nunca, hasta ahora, has tenido que llevar a un americano.

—Habla usted como si los americanos no fueran humanos. —Se rió Kate.

—¡No estoy muy convencido de que lo sea esa raza!

Habían conversado como si fueran iguales, ella una mujer joven y él ya un anciano, pero *Sir Richard* disfrutaba. Kate, sin embargo, conocía cuando tenía que evolucionar de una actitud casi filial al puesto de camarera y, en este momento, realizó semejante transformación de carácter.

—Por favor, *Sir Richard*, ¿cómo podré distinguir al americano, que he de traer en el coche?

—¿Cómo quieres que te lo diga si nunca le he visto?

En este momento *Lady Mary* intervino con cierta suavidad y despego:

—Me atrevería a opinar que debe ser aquel que no tenga traza alguna de inglés.

Kate volvió de nuevo a desgranar el hechizo de su sonrisa encantadora y jovial:

—Quizá lo que voy a hacer es tratar de embaucarlo para que se vuelva a América; o, si su aspecto no me agrada, le hablaré de la habitación del duque y le pondré los pelos de punta.

—Deberíamos alojarlo en la habitación del rey Juan para que tenga ocasión de conocer lo mejor del castillo —opinó *Sir Richard*, tras depositar su taza sobre la mesa.

—Demasiado húmeda —observó *Lady Mary*—. Todavía existe al lado izquierdo de la estancia aquella gotera que hizo desprenderse el yeso del techo. Está allí desde años y todavía no se ha quitado, sin poderme explicar la causa. ¿Estabas enterado tú, Wells?

—Nadie me lo ha dicho hasta ahora, *Milady*.

—Bueno, ahora que el castillo está a punto de venderse ya no interesa... a menos que alguien de vosotros piense de otro modo.

—Con su perdón, *Milady*, pero esto es un crimen —añadió Wells.

Sir Richard aporreó la mesa con un fuerte golpe:

—¡Kate!

Ésta, que con los labios entreabiertos y una mirada interrogante, observaba las caras de sus amos, se estremeció asustada y dijo:

—Ya voy, señor. —Y salió de la estancia.

La sala volvió a quedar de nuevo sumida en el silencio hasta que Wells, quién daba pasos vacilantes y hacia entrechocar las piezas de plata que había sobre el trinchante, se volvió hacia los amos y, con voz temblorosa, que sabía no era del agrado de ellos, preguntó:

—Si no disponen otra cosa, iré a la cocina; el de la carnicería me estará esperando. *Milady*, ¿desea un pequeño asado para esta noche?

Lady Mary asintió indiferente y él abandonó la sala. Habían acabado de comer. *Sir Richard* encendió su pipa y *Milady*, con su cabeza plateada ligeramente inclina hacia un lado, le contemplaba reflexivamente. Fue quien con acento plañidero pero seguro, dijo:

—¿Sabes, Richard? Yo creo que no hemos agotado todos los recursos; al menos, eso es lo que yo creo.

—¿Tienes alguna otra idea? —preguntó Richard dando dos chupadas a la pipa—. A mí no se me ocurre. ¡Nos podemos considerar afortunados de que Webster haya encontrado aquellas cartas en el archivo! Los Blayne son enormemente ricos. Petróleo, me parece, o acero, aunque los americanos tienen mucho petróleo.

—¡Qué cosa más desagradable! Todas las ciudades invadidas de humo negro; al menos eso es lo

que se me han dicho. No tiene nada de particular que quieran colgar sus cuadros aquí. ¿Traerán también aquellas dos pinturas?

—Querida, supongo que harán lo que mejor les venga en gana con los cuadros; después de todo, son suyos. Y si hubiera sido por esto, el castillo carecería de cuartos de baño; por más que hace ya tanto tiempo de esto...

—¡Cinco cuartos de baño para veintisiete habitaciones!

—Mucho mejor que las doncellas, con bañeras de goma y jarros de agua caliente, que se estilaban cuando yo era un muchacho. No olvidaré la facilidad con que aquellos recipientes de goma volcaban e invadían los suelos de agua; es lo que me sucedió una mañana en que el Príncipe de Gales se hallaba alojado aquí y el agua se filtró a su habitación. Tenía yo entonces diecisiete años; no quise bajar a desayunar y mi padre...

Milady le interrumpió con una carcajada gentil:

—¡Pero Richard, por Dios! Esto es lo que me contaste la primera vez que nos conocimos... ¡y cuántas otras veces me lo has contado ya desde entonces!

—Por muchas veces que lo cuente, es una historia bonita —replicó él.

En esto se oyó el claxon de un coche y ambos se levantaron de sus asientos, dirigiéndose al patio. Allí estaba el «Rolls Royce» antiguo, trepidando, con su motor en marcha. Al volante, y con los cristales de las ventanillas abatidos, se hallaba Kate, con los ensortijados rizos de su cabellera, que revoloteaban por encima de su rostro.

—Ya me marchó —dijo gritando.

De pie, uno al lado del otro, erguidos y corteses, inclinaron la cabeza y la saludaron con la mano, mientras la veían alejarse.

... ¡Los pobrecitos!, pensó ella, mientras aceleraba el coche a lo largo del paseo de verano, flanqueado de vegetación, ¡pobrecitos viejos llenos de coraje, que se veían obligados a desprenderse de sus posesiones, de sus tesoros, de su hogar y de su castillo! También es mi casa, reflexionaba ella, aunque su lamento era menos sensible. Si aquel americano no se compadeciera a la vista de aquella pareja; si no dijera en el acto que no podía soportar la idea de verlos evacuar el castillo; si sus sueños de que su sistema de vida actual permaneciera inalterable, de la misma manera que siempre había sido, con la única variedad de aquellas dos pinturas colgadas de los muros del castillo; si éste hubiera de transformarse en un museo; si ella, Kate, continuara cuidando del castillo como ahora venía haciéndolo, si él no comprendiera cuán cruel y cuán difícil resultaría introducir cambio alguno, entonces ella... simplemente le aborrecería con todo su corazón y se las ingeniaría de algún modo u otro para deteriorar y estropear todo, de veras que lo haría.

Echó un vistazo al espejó retrovisor, antes de que promontorio cercano la privara de la vista del castillo. ¡Qué hermosa era aquella fortaleza bajo la luz del sol! *Sir Richard* y *Lady Mary* permanecían aún en el mismo sitio que los había dejado. El sol se reflejaba en sus blancas cabezas y esta visión produjo en ella una oleada sentimientos hacia aquellos ancianos a quienes pertenecía el castillo y al que ella también se hallaba vinculada en cierta manera. Les vio alzar sus cabezas hacia arriba, como si algo pendiera sobre ellas, y la curva de nivel de la colina hizo que se ocultaran de su vista.

Los ojos de *Lady Mary* se habían dirigido, en primer lugar, a la ventana que había bajo el alero sobresaliente; del tejado.

—Richard, ¿ves algo allá arriba?

—¿Dónde?

—La ventana perdida; hay alguien en ella...

—¿Cómo puede estar perdida si dices que hay alguien en ella?

—Pudieran ser *ellos*.

—Vamos, vamos, querida.

—Bien, pero tú no me dices si crees o dejas de creer en esta leyenda.

—¿Qué es lo que hay que creer?

—Ya lo sabes tú bien.

—¡Richard!, te estás portando estúpidamente y esto está mal en ti.

—Pues para hablarte claro, te diré que yo no veo nada en aquella ventana.

Contrariada, dio una ligera patada en el suelo y se inclinó hacia un macizo de narcisos, cuyo color amarillo contrastaba con el tono gris de la fortaleza. Bajó él su mirada, llena de ternura, para posarla sobre la menuda figura y cabeza plateada de su esposa. El dolor de cabeza que le atormentaba

desapareció al instante y sintió un alivio considerable.

—Seré estúpido, amor mío. ¡Puede que tengas razón! Pero ¿quién es capaz de saber algo cierto en los tiempos en que vivimos? Sólo puedo afirmarte que tú me inspiras más confianza que ninguna otra persona.

Al acabar de decir esto, asió ella una mano de su esposo y se encaminaron hacia los enormes tejos, recortados en forma de elefantes. Se detuvieron ante ellos en mutua admiración, puesto que habían sido plantados hacía doscientos años y cercenados un siglo más tarde por un Sedgeley, que había servido en la India.

—El americano derribará los elefantes —observó ella.

—Tonterías; los americanos han dejado ya de ser salvajes.

—Tú hablas de ellos, algunas veces, como si lo fueran.

—Es porque no me agrada tenerlos en mi castillo, aunque no corten los tejos.

Siguieron su paseo hacia la rosaleda. Las abejas impacientes hervían sobre los botones cerrados de las flores.

—Deberías haber conservado tu puesto en la Cámara de los Lores —le decía ella—. ¡Lord Richard Sedgeley! Puede que entonces las cosas hubieran seguido un...

—Querida —la atajó *Sir* Richard—, ¿qué es lo que podría yo haber hecho? Las cosas, actualmente, están desquiciadas.

—Me atrevería a decir —*Milady* se inclinaba ahora sobre las rosas— que el americano no sabrá nada de flores. Yo nunca he oído hablar de rosas americanas.

—Ni yo tampoco y casi afirmaré que las flores no pueden arraigar en aquel clima salvaje.

—¿Masticará chicle?

—Ahórrame este pensamiento, querida. Probablemente se trata de una persona decente, en cuyo caso no le agradará eso. Por lo menos entiende de pintura.

—¿Dónde hará sus comidas? Yo no podré hablar con él si se sienta a la mesa con nosotros.

—Wells puede servírsela en una bandeja aparte.

A la simple mención de su nombre, Wells compareció ante ellos:

—Ha, llegado un hombre, *Sir* Richard, en un coche —anunció con una voz sepulcral.

—Pero el castillo se halla cerrado hoy; es sólo los martes —le indicó *Sir* Richard, mirándole un tanto irritado.

—Así se lo he dicho, señor.

—Muy bien; entonces vuelve a decírselo de nuevo. No vale la pena enseñar el castillo a menos de

diez personas agrupadas.

—Se trata de una de esas personas obstinadas —comentó Wells vacilante.

—Entonces —*Sir* Richard se frotó la nariz— dígame que venga el martes con el resto del público.

—Es un automóvil americano, señor.

Lady Mary intervino en la conversación con un aire de suficiencia:

—Pregúntale a su chófer de qué persona se trata.

—Es él quien conduce el automóvil, *Milady*.

—Ah, ya lo entiendo —manifestó con resolución—. Entonces, o se trata de un turista o de alguna persona que vende algo. Si es lo primero, dile que no puede ver el castillo hoy y que no hacemos excepciones. Si lo segundo, que se dirija a la puerta de servicio, lo recibes tú allí y lo despachas.

—Si, *Milady* —Wells se inclinó ligeramente y se alejó.

Los castellanos le miraron embargados de pena.

—Uno de estos días —comenzó a decir *Sir* Richard...

—No digas nada, Richard —le interrumpió ella—. No puedo pensar qué haríamos sin Wells; él es como el castillo. Yo he pensado en todo, por supuesto; como, por ejemplo, en encontrar un marido a Kate, alguien que pudiera ayudar a Wells, ya lo sabes, hasta que... y que quizá pudiera desempeñar el puesto de maestresala, mientras...

Lady Mary se quedó cortada al observar la mirada horrorizada de *Sir* Richard.

—¡Imposible!

—¿Qué es lo que quieres decir, Richard?

—Un esposo para Kate..., ¿alguien que se parezca a Wells?

—No veo ninguna causa en contra.

—¿Kate casada con una especie de despensero o cocinero?

—La verdad es que, Richard, ella no es más que una doncella, una muchacha estupenda, pero... ¿por qué me miras así?

—Yo no la considero como sirvienta.

—Richard, tú eres muy raro.

—Yo no soy raro, querida. Lo que ocurre es que no puedo hacerme a la idea de que los tiempos son ahora distintos; nosotros no podemos rejuvenecer y por lo mismo...

—No te preocupes, Richard. ¿Sabes en qué estaba pensando ahora mismo? En el primer día que me besaste, ¿te acuerdas? Era un día de primavera como éste; los narcisos habían florecido y tu madre

apareció...

Sir Richard echó un brazo sobre sus frágiles hombros.

—¡Por Júpiter!, se me había olvidado.

Y ella continuó:

—Lo hiciste bastante bien, amor mío.

—Estuvieron a punto de saltárseme las lágrimas; yo era tan tímido...

Ella le interrumpió.

—Richard, tiene que haber algún medio para que podamos salvar el castillo. La vida ha transcurrido dentro de sus paredes durante un millar de años, ¿cómo va, a interrumpirse con nosotros? ¿Qué es lo que hemos hecho?

—¿Qué es lo que no hemos hecho? —replicó él tristeza—. No podemos hacer nada por evitarlo. Es el fin una era, amor mío, y nosotros terminamos con ella; eso es todo. A alguno le tenía que tocar esta suerte; alguno tuvo también que presenciar la ruina de Roma. Nuestro castillo se halla cimentado sobre ruinas romanas, ya lo sabes. No hay otra alternativa y temo que...

—¿Estás seguro de que Webster ha hecho todo cuanto ha podido?

—Me mostró las cartas que había recibido; dos posibilidades, eso era todo: el Gobierno quería comprar el castillo para transformarlo en prisión, lo que, ciertamente, es desagradable; pero la otra alternativa es aún peor: los técnicos del átomo desean derribarlo y construir en el mismo solar una instalación atómica. Dicen que necesitan algo desierto y nuestros cinco mil acres de bosque y granja les convendrían admirablemente.

Milady se echó a temblar y tuvo que sentarse en una roca baja.

—Oh, no eso no.

Sir Richard buscó la pipa y la bolsa de tabaco, atacó la misma, le prendió fuego y aspiró con intensidad.

—Pues bien, querida, todo cuanto podemos hacer es retener la granja, pero para ello es preciso que vendamos el castillo. Los arrendatarios se quejan de los tejados en ruinas y de que no reparamos nada y yo no sé dónde buscar el dinero para todo eso. El museo no ha dado resultados y yo preferiría entregarlo al americano y marcharnos a vivir a la vivienda que hay a la entrada del recinto; me atrevo a decir que allí estaremos bien acomodados. El dinero que nos entregue servirá para abonar los gastos de reparación de la granja y, Dios mediante, podremos vivir en nuestro propio ambiente. Por lo menos, el castillo no se convertirá en una prisión ni será demolido.

Lady Mary echó hacia atrás su cabellera.

—Desearía que no mencionaras a Dios...; si hubiéramos tenido un hijo...

—Pero no lo hemos tenido —atajó él con sequedad.

—Pero si lo hubiéramos tenido, podría...

—Querida, ¿por qué hablas de eso si ni siquiera llegó a nacer ni fue concebido? Este asunto quedó zanjado hace ya mucho tiempo.

—¡Pero tú todavía sigues creyendo que la culpa fue mía!

Sir Richard expulsó la ceniza de la cazuela de su pipa.

—¡Maldito cacharro, que no quiere tirar!

Lady Mary continuó hablando en un tono ligeramente beligerante.

—Tú sabes, Richard, que nunca quedó probado que la culpa fuera mía; y tú te portaste de un modo irracional, al negarte a sufrir un examen médico.

Sir Richard se volvió hacia su mujer y dijo:

—¿Para qué has de remover otra vez estas cosas? Es algo absurdo... a nuestra edad. Y no hay motivo para creer que yo... y además de todo eso, yo sugerí que adoptáramos un niño.

Ella se apartó de su lado.

—Tú sabes muy bien que los niños adoptados no pueden heredar; tienen que ser hijos propios.

—Hijos varones —replicó—. Podía haber sido una niña. El caso es —y se hallaba empeñado de nuevo con la pipa, que trataba de limpiar con una ramita que había arrancado de un arbusto—, el caso es qué yo he pensado más de una vez en adoptar a Kate.

—¿Kate? Ah, ahora comprendo por qué dices que no es igual que una doncella.

—Pero creo que ahora es ya demasiado tarde.

—Demasiado —contestó ella con resolución.

Se oyó, en este momento, el chirrido de los frenos del coche viejo; Kate había regresado. El automóvil giró al enfilar la verja exterior y se detuvo.

—El motor del cacharro se ha calado —exclamó con ansiedad *Sir* Richard. Esperó a que Kate descendiera de aquella máquina antediluviana. Detrás de ella siguieron cuatro hombres, todos con trajes oscuros y llevando maletines.

—Dios del cielo —murmuró *Sir* Richard.

—Richard —musitó *Lady* Mary en voz apenas perceptible—. Voy a desmayarme.

—¡Tonterías! Mantén tieso el labio superior, querida. El americano ha traído sus favoritos, pero Webster no tardará en llegar.

Sir Richard, con aire grave y porte distinguido, se dirigió al grupo.

—Buenos días, ¿quién de ustedes es John Blayne?

—Ninguno de ellos, *Sir Richard* —contestó Kate. El viento que impulsaba sus cabellos rizados y ocultaba parte de su rostro juvenil parecía molestarla—. Vendrá en su coche.

Los hombres avanzaron uno a uno y *Sir Richard* tuvo la impresión de que su mano había sido estrechada cuatro veces consecutivas. *Lady Mary* se mantuvo detrás de él, con sus manos firmemente sujetas. El más joven de aquéllos, persona elegante, con un pelo rubio cortado a cepillo, se expresaba con soltura.

—Mister Blayne abandonó Londres después del desayuno, señor. Vendrá conduciendo su propio Coche.

—Lo más probable es que se pierda en el camino, cosa, que le suele suceder si se le ladea un poco el sombrero —añadió otro de los jóvenes en tono divertido.

Los ojos de *Sir Richard* iban de uno a otro. Todos eran igualmente limpios y vivarachos, con el pelo cortado a cepillo y sorprendentemente robustos y de aspecto inteligente.

—Mister Blayne —añadió el tercero con más reposo— se detiene siempre para admirar las catedrales y otros monumentos; es probable que a primeras horas de mañana por la mañana ya esté aquí.

—¿Comenzamos nuestro trabajo? —preguntó el cuarto a *Sir Richard*.

—¿Comenzar? —comentó *Sir Richard*.

—Sí, sobre el castillo; por eso estamos aquí. Mr. Blayne no quiere que perdamos él tiempo.

La conversación fue interrumpida por Wells, quien apareció detrás de los tejos, jadeante y angustiado.

—¡Se ha perdido, señor! —exclamó con una voz como un pito.

—Modérese, Wells —le advirtió *Sir Richard* severamente—. Basta ya de correr. Respire dos veces profundamente y hable después como una criatura sensata.

—Es verdad, Wells —añadió *Lady Mary*—. Cogerá usted una pulmonía y después, ¿qué será de nosotros? ¡Qué poca cabeza tenemos!

—Pero abuelito, ¿cómo te atreves a hacer eso? —Volvió a la carga Kate en tono de reproche y se dirigió hacia él para echar hacia atrás un mechón de pelo blanco alborotado.

—Vamos a ver, descansa ahora, querido; haz cuanto te ha ordenado *Sir Richard*. Respira, eso es. Otra vez... Ahora dinos, ¿quién es el que se ha perdido?

—Su coche está allí todavía; él se ha marchado —comentó Wells entre suspiros.

—¿A qué coche te refieres?

—El americano.

Los jóvenes allí presentes intercambiaron sus miradas.

—¿Es un coche verde oscuro? —preguntó uno de ellos.

—El mismo —contestó Wells.

—Es *él* —dijo, el joven dirigiéndose hacia sus compañeros.

—¿Quién iba a pensar que llegaría aquí antes que el tren? Y por añadidura, utilizando estos caminos tan retorcidos.

—Cuando no puede ver una catedral, conduce como loco. —*Sir* Richard alzó una mano en señal, de silencio. Todos obedecieron instintivamente.

—¿Quieren ustedes decir —preguntó con voz lenta— quieren ustedes decir que el... el hombre que ha llegado aquí antes que todos ustedes es Mr. John P. Blayne?

—¿Quién si no? —replicó uno de los jóvenes.

—Pero se ha extraviado —comentó *Lady* Mary.

—Tonterías —exclamó con aire resuelto *Sir* Richard—. Tenemos que dar con él; todos nosotros nos separaremos y al cabo de media hora nos reuniremos en el salón grande y cotejaremos nuestras impresiones, si no hemos logrado encontrarlo.

—Pero ¿a quién se parece? —preguntó Kate.

—A ninguno de cuantos he visto hasta ahora —gimió Wells.

—Fíjense —intervino uno de los del grupo—. Se trata de un típico americano, alto, pelo castaño, ojos azules.

—Ojos grises —objetó otro de los jóvenes.

—Bueno, de todos modos con ojos; lleva un traje marrón; marrón, ¿no es cierto, muchachos?, ¿que no? Bueno, sea como sea, es un traje. La corbata, con toda probabilidad, es encarnada.

—Y le dije que no se moviera de la puerta de servicio —proseguía lamentándose Wells—. «¿No puedo echar un vistazo alrededor?»; me preguntó. «¡No! —Le dije—; no se mueva usted de donde está, hágame el favor, joven, hasta que reciba instrucciones». Cuando regresé de nuevo, había desaparecido, como si fuera un duende. Le llamé y di voces, pero no oí nada, si se exceptúa al pájaro del roble grande, que se burla de mí cuando llamo al gato de la cocina.

Kate se dirigió a *Sir* Richard, con un aire autoritario bastante persuasivo.

—Querido *Sir* Richard, usted y *Lady* Mary irán a sentarse al salón y nos esperarán allí. Abuelo, tú vas a la a la cocina a hacerte una taza de té y te la tomas. El resto de nosotros —y sus ojos se fijaron en los rostros de los jóvenes—, el resto de nosotros sé dedicará a localizarlo. Y mucho cuidado con pisotear los macizos de flores, jovencitos, o con romper las ramas de los tejos al mirar entre los árboles. Cuando hayan terminado las pesquisas, regresen al salón que hay tras esta puerta y esperen,

por favor. No se les ocurra pasear por el interior del castillo hasta mi regreso.

—Sí, señora —dijo uno de los jóvenes.

—Sí, señora, sí; sí, señora. Haremos cuanto usted nos ha dicho, señora —y fueron desfilando todos, mientras hacían demostraciones de obediencia.

Lady Mary se acercó a *Kate*, y sus labios rozaron las mejillas de ésta:

—Muchas gracias, querida.

—¡Ah!, ¿qué es lo que haríamos sin ti? —musitó *Sir Richard*. La cabeza le volvía a martillear con punzadas de dolor.

—Venid conmigo, mis queridos amigos —les dijo *Kate* con una voz impregnada de ternura; se colocó entre los dos ancianos y, asiendo a cada uno por un brazo, fueron juntos sin interrumpir su conversación.

—Me parece muy mal, ya lo sabéis, que el americano nos haya causado estos trastornos. Pregunté a los otros compañeros por qué su amigo no había venido con ellos, según lo concertado, y se encogieron de hombros.

Kate realizó esta misma pantomima con el propósito deliberado de hacer reír a los señores, pero éstos no secundaron la broma y continuó adelante con su buen humor.

—¡Las cosas que me han llegado a contar sobre él! Conduce el coche a una velocidad endiablada y no necesita chófer —me han dicho—, pero cuando tropieza con una catedral se detiene durante horas enteras sin que nadie sepa dónde se halla.

Kate sacudió su cabeza hacia atrás.

—¡Y pensar que me he levantado una hora antes de lo acostumbrado, para tener el castillo limpio! —Súbitamente abandonó su tono alborozado y exclamó apenada—: ¡Oh Dios mío, y cuánto amo yo esta vieja mansión!

Habían llegado ya al salón principal y *Kate* los acompañó hasta la salita que había detrás de aquél, acomodándolos en sus sillas. Mientras se hallaba a sus espaldas, aprovechó la oportunidad para enjugarse unas lágrimas furtivas, sin dejar de hablar:

—No puedo soportar que los extranjeros vengan a visitar el castillo y este americano no es más que eso, un extranjero que me hubiera agradado se hubiera quedado en su casa; pero bueno, no me preocuparé por él lo más mínimo ni me importa que se haya perdido.

—No te lamentes más, *Kate* —dijo *Lady Mary* con dulzura—, y ve a la cocina para que *Wells* nos traiga una taza de té; me siento desfallecer.

—Ya la he encargado, *Milady*, y con su permiso voy a salir afuera para impedir que esos hombres destrocen cuanto se les ponga por delante.

Los dejó en el cuarto y, al atravesar el *hall*, se detuvo ante el espejo para dar un toque a su cara que,

a no dudarlo, lo necesitaría, después del, trajín de aquel día. La imagen que le devolvió el espejo era, después de todo, bastante satisfactoria: las mejillas las tenía ligeramente coloreadas por el sofocón experimentado, y la humedad del ambiente mantenía en orden el ensortijado de su cabellera. Reconfortada por la visión, salió del castillo y por el sendero, cubierto de grava, se dirigió hacia los tejos.

Confiaba que se hallaría allí, por lo extraordinario de aquellos gigantescos arbustos, recortados y adornados en forma de una hilera de elefantes. Miró desde lejos por encima de aquellos macizos imponentes, pero no vio a nadie... Quizás estuviera en la rosaleda y se encaminó hacia allí, pero ni en ella, ni en el huerto, como tampoco en los gallineros, encontró rastro de él. Resolvió entonces dirigirse hacia el lago y ver si pudiera hallarse en el bosque cercano, haciendo cálculos sobre el valor de los árboles, para añadirlos a sus supuestos beneficios. Eso sí que Kate no lo podía soportar, puesto que los robles eran muy grandes y valían una fortuna, si bien no era suficiente —*Sir Richard* lo había dicho con alguna frecuencia— para salvar lo crítico de la situación.

Inesperadamente vio cómo se dirigía hacia él el lago, no desde el bosque, sino desde el talud que se hallaba cubierto de césped. Sí; no podía ser otro que el americano; un tipo alto, con un traje gris oscuro, delgado y bastante más joven de cuanto se había imaginado. Su andar era vivo y exento de preocupaciones, cual si ya fuera el señor dé la tierra que pisaba. «Parece muy seguro de sí mismo, ¿no es verdad?», se preguntó Kate mientras le seguía en silencio y siempre muy próxima a cualquier árbol en que poder esconderse, por si se le ocurriera dar la vuelta. Le espiaría, vería lo que hacía y a dónde se dirigía, ahora que él creía encontrarse solo.

Para colmo de sorpresas, el americano no fue a ningún sitio. Permaneció al borde del lago durante unos minutos y, al final, optó por sentarse a sus anchas sobre la hierba, como si hubiera decidido pasar allí todo el día. Miraba, con insistencia, algo que había en el lago, pero ¿qué podría ser? De repente echó su cabeza atrás y lanzó una sonora carcajada. Kate estaba asombrada: pero ¿por qué se reiría a solas? Puede que se hallase bebido o quizás estuviera algo trastornada su cabeza. Avanzó con las puntas de los pies hasta llegar casi junto a él: «¡Pero si está hablando en voz alta!».

—¡Así has de hacerlo, amiga! Ten mucho cuidado no vayas a ahogarte; una araña no es una cosa tan fácil de tragar.

¡No, sí! ¡Pero si estaba hablando a una rana! Un poco más distanciada y, en un tapiz verde de plantas altas, se hallaba una rana macho voluminosa, cuya afilada lengua de color rojo aparecía y desaparecía.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Kate con aspereza.

El americano se estremeció del susto y, de un salto, se puso en pie.

—Transgrediendo las leyes de la propiedad, eso es —prosiguió ella mirándole de arriba abajo. Era más alto de lo que había pensado, e inclinaba la cabeza de un modo raro para encontrarse con sus ojos: sí, eran azules, aunque tiraban algo a grises; su boca era bonita, denotaba firmeza de carácter y hasta la voz era agradable.

Era, por supuesto, el americano y Kate de buena gana hubiera deseado que no fuera tan guapo. Su sonrisa era agradable, demasiado, tímida y cordial, dejando entrever unos dientes bonitos y blancos.

—Lo siento —exclamó—, y por hallarme aquí a causa de un negocio, ruego a usted que me perdone.

Kate trató de ser amable.

—No me corresponde a mí perdonar o dejar de hacerlo. El castillo pertenece a *Sir Richard* y a *Lady Mary*.

—Espero que la rana vaya también comprendida con el castillo; tiene tal aire de presunción...

¿Conque el americano tenía ganas de bromas, eh? Muy bien, se dirigiría a él pretendiendo ignorar de quién se trataba aunque bien clara era su identificación.

—Si ha venido usted —le dijo sonriente— a vender algo, tendrá que marcharse; jamás compramos nada aquí en el castillo. Siga derecho, sendero arriba, hasta llegar a la puerta, y un poco más allá se encontrará con la carretera de Londres. —Se alejó y se detuvo unos pasos más allá: ¿no habría sido excesivamente severa?, pensó—. Si le gusta, puede quedarse usted con la rana —le dijo girando su cabeza sobre los hombros—. Yo las odio —agregó.

El americano, al oír esto, se emparejó con ella en un santiamén.

—¿Puedo ir con usted? Temo haberme extraviado y no sé dónde se halla mi coche.

Decididamente tenía que bajar los humos de aquel extranjero.

—No debería haber entrado usted en la finca sin la correspondiente autorización.

—Bueno, mire usted...

—¡No tengo nada que mirar!, y le vuelvo a repetir que esto es una transgresión.

Los dos se enfrentaron y se miraron a los ojos.

—Lo siento —añadió, y dio la vuelta como para marcharse.

Dejó que se hubiera alejado unos veinte pasos y volvió a dirigirse al extranjero: se ensañaría con él como un gato con un ratón.

—¿No habrá visto por casualidad a un hombre viejo merodeando por aquí? Se nos ha perdido.

—¿Perdido? —exclamó desandando la mitad del camino.

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene?

—No puedo describirlo, porque nunca lo he visto.

—¿Entonces como puede haberle perdido?

—¡No he sido yo precisamente! Vino a ver a *Sir* Richard para lo del castillo; todos nosotros estamos muy contentos de que se haya perdido.

—¿Contentos?

—Sí, aunque supongo que daremos con él. —Kate se aproximó hacia él—: Vamos, ya que está usted, aquí, podrá ayudarnos a descubrirlo; es una especie de monstruo, ¿sabe usted?

—¿Un monstruo?

—Sí, con dinero —y en la forma de pronunciar esas palabras iba implícita la defensa apasionada de su castillo.

Caminaban juntos, casualmente por supuesto: ella no le miraba y él lo hacía a hurtadillas.

—Quiere comprar el castillo.

—¿De veras?

—Sí, para convertirlo en museo; nosotros estamos prendados del castillo y por eso le aborrecemos.

—Entonces, ¿por qué lo venden?

—No es mío; pertenece a la familia Sedgeley, pero yo he vivido aquí toda mi vida. Mi padre nació en el castillo y mi abuelo, también.

Kate se detuvo y lanzó un suspiro.

—¿Pero por qué vamos a molestamos en encontrarlo? He mirado por todos los rincones. A lo mejor ya se ha marchado; espero que así sea y, por lo tanto, voy a acompañarle hasta la puerta de servicio.

—Gracias.

Caminaron juntos en silencio, hasta que divisaron coche. Sí, era un coche verde.

—¿Es éste su automóvil?

—Sí.

—Es bonito.

Lo miró detenidamente y dio la vuelta.

—Bueno... adiós.

—¿Haría usted el favor...?

—¿Sí?

—No me hubiera atrevido a hacerlo, pero puesto que estoy aquí...

—¿Qué?

—Me gustaría visitar el interior del castillo; he oído algo sobre el mismo. En la puerta me he

encontrado con un hombre anciano pero no me ha dejado entrar.

—Era mi abuelo.

—Usted no se parece en nada a él.

—¿Cómo iba a parecerme?

—Entonces, ¿querría usted...?

Él le dirigió una sonrisa, a la que Kate no correspondió.

—¿Se marcharía usted en seguida si le enseñara el castillo?

—Si usted así lo desea...

—Pero no le enseñaré la parte reservada al uso de la familia.

—Por supuesto que no.

—Muy bien entonces... pero sólo unos instantes.

Con refinada picardía inició la visita que tan bien conocía. No había nadie en las cocinas ni en la despensa y, por una escalera de caracol, le condujo a un corredor estrecho y desde éste y por otra escalerilla, a las habitaciones superiores que eran muy angostas, mientras hablaba:

—Ésta es la parte antigua del castillo; la reina Isabel fue quien lo amplió. Se dice que Shakespeare estuvo aquí y representó para la reina su obra *El sueño de una noche de verano*. También en fecha más reciente, la fortaleza fue, visitada por Charles Dickens.

—¿Recientemente?

—Bueno, hace un centenar de años, pero eso no es nada.

—¿Cómo comunica esta ala con el resto del castillo?

—Aquí hay otro pasillo; ¡mucho cuidado!, eso es una trampa.

Lo apartó hacia un lado con presteza. Miró hacia abajo y vio a sus pies una reja de hierro medio carcomida.

—En todos los sitios hay trampas —comentó—. Van a parar a los calabozos y mazmorras.

—¿Mazmorras?

—La fortaleza fue alojamiento real durante quinientos años y los reyes y reinas, parece ser, acostumbraban encerrar a la gente en las mismas. Si usted hubiera caído ahí, no hubiera parado hasta rodar una milla, ¿sabe?

—¿De veras?

—Estoy segura de que le hubiera parecido a usted esa distancia.

Soltaron entrambos una carcajada y algo afectuoso surgió de aquella manifestación jocosa. Ahora

fue ella quien tropezó en una madera abarquillada y él la sujetó.

—Cuidado ahí...

Kate se distando del americano.

—No me ha pasado nada, gracias; conozco el castillo, quizá mejor que nadie. Acostumbraba a hacer exploraciones desde que era una niña.

—¿No le daba miedo?

—No, por cierto; aquí estoy segura. Me acostumbré de pequeña a la soledad y ellos han sido siempre buenos conmigo.

—¿Ellos?

—*Sir Richard y Lady Mary.*

¿Y por qué le explicaba a aquel hombre todas estas cosas? No parecía que se burlara de ella; le miró a la cara y tampoco apreció nada de particular en sus ojos risueños. Pero la broma había acabado para ella; extendió su mano con toda franqueza y dijo:

—Por supuesto que sé quien es usted, Mr. Blayne. No me explico, por qué he sido tan mala.

Él hizo una mueca comprensiva, «Ah, había sido un gesto agradable, afectuoso y sensato».

—Me temo que tampoco yo he sido del todo sincero —añadió él.

—Pero usted no podía conocerme —exclamó ella.

—No, pero tenía la sospecha...

—¿Sospecha?

—Una idea, cierta convicción, a lo largo de nuestra entrevista, de que usted sabía quién era yo y la causa de mi presencia aquí.

—¡Ah!

—Y ahora que ya nos hemos confesado y que somos sinceros, ¿quiere decirme quién es usted en realidad?

Ella le miró directamente a los ojos.

—Yo soy Kate.

—¿Kate? ¿Kate, qué?

—Kate Wells, la doncella.

—*Miss Kate Wells* —repitió él lentamente, mientras contemplaba su rostro sonrojado.

—Solamente Kate —y echándose hacia atrás, comenzó a andar delante de él—. Sígame, por favor, Mr. Blayne; le están esperando en el salón.

Caminaba ella la primera a través de unos pasajes tan estrechos que no había posibilidad de que fueran emparejados sino hasta llegar a una puerta pequeña que daba acceso al salón. Allí quedó detenida durante un momento, a causa de que el abridor, que estaba lleno de óxido, no giraba; él la alcanzó.

—Hágame el favor.

Ella rehusó condescender.

—Usted no conoce el abridor tan bien como yo; cederá cuando haya pasado un minuto.

Esperó a que transcurriera el minuto y, acto seguido, la cogió por los hombros y con firmeza la apartó a un lado. Sorprendida, contuvo su respiración y no dijo nada. «¡Déjale que lo abra! No sería capaz de mover el picaporte pero, como era un orgulloso, tenía que convencerse a sí mismo». Para mayor confusión suya, el testarudo abridor cedió al instante y la puerta se abrió de par en par. En el interior de la estancia se hallaban los cuatro hombres que, ante la inutilidad de sus pesquisas, se habían sentado en las sillas de roble labrado. A la vista del amigo prorrumpieron en exclamaciones más bien de bienvenida que de sorpresa.

—¡Ya está aquí, por fin, John Preston Blayne!

—¡Creíamos que te habías perdido!

Kate cortó en seco todas estas exclamaciones:

—Tengo la impresión de que ustedes no han intentado buscarlo.

El más joven de todos sonrió insolentemente y dijo.

—No era necesario, ¿no lo cree usted así? Él siempre aparece cuando menos lo esperamos y en la mejor de las compañías.

John Blayne sonrió.

—Tenemos con nosotros el material para empezar a trabajar tan pronto como tú nos des la orden — y para demostrarlo, el más joven de todos desenvolvió un rollo de papeles y pliegos de calco, que extendió sobre la mesa.

—¡Trabajar! —exclamó Kate. «¿Qué es lo que piensa hacer esta gente?». Desconcertada, miraba a los pliegos de papel y de éstos a Mr. Blayne y a cada uno de los de grupo sucesivamente, que tanto desentonaban en aquel ambiente.

—¡Marchaos, muchachos! —dijo John Blayne de buen talante—. No tengo por qué censurar a *Miss Wells* por la sorpresa que muestra. Os habéis adelantado; las cosas no están resueltas todavía y éste es un asunto que no se resuelve de buenas a primeras. Recoged vuestras cosas y no aparezcáis hasta mañana; tenéis habitaciones reservadas en el hotel de la villa.

La irreflexión y ligereza que parecía reinar en aquella estancia se desvaneció como una ligera neblina. A pesar del tono superficial con que se expresó Blayne, su voz emanaba autoridad. Los

muchachos se miraban unos a otros; el mayor de ellos carraspeó para limpiarse la garganta y dijo:

—Desde luego, tu aparición ha sido oportuna, John, y además me alegro de que no hayáis llegado a un acuerdo. No podemos llevar a cabo la tarea que nos encargaste.

John Blayne los fue mirando uno a uno y Kate apreció cómo las facciones de su rostro se endurecían; «Un hombre duro, ¿no es cierto? O quizás, acostumbrado a salirse siempre con la suya».

—¿Que no podéis llevarla a cabo? —dijo con voz reposada y fría—. No conozco lo que quiere decir semejante frase.

—Las vigas son muy endebles —apuntó uno de los muchachos.

—¿Endebles? —Irrumpió Kate en la conversación—. Tú sí que lo serías si te hubieran puesto allí hace mil años. ¡Endebles!, y son tan sólidas como el Banco de Inglaterra.

John Blayne le dirigió una mirada alegre y complaciente.

—Gracias, *Miss Wells*. Y en cuanto a vosotros, muchachos, ya sé que este castillo no es ni un Buckingham ni un Windsor; es mucho más antiguo. En eso precisamente radica su encanto y por esto hay que desmontarlo piedra a piedra.

Todos le interrumpieron a coro:

—Gran parte del mismo es de ladrillo y se deshará como el polvo; podríamos considerarnos dichosos si pudiéramos transportar la mitad de ellos.

—Vosotros menospreciáis la laboriosidad inglesa —atajó Blayne en seco la conversación.

La discusión iba en aumento. Aquellos jóvenes, provistos de nombre, y Kate estaba segura de ello porque todos, eran parecidos, sus narices recortadas, los mentones cuadrados y el mismo corte de pelo, se enzarzaron en una polémica acalorada.

—Has cometido infinidad de disparates, John, pero éste es el más grande de todos.

—¿Te acuerdas del templo japonés que compraste y llevaste a Nueva York? Todavía lo tienes en el almacén ni el Museo Metropolitano lo quiere y nadie se cree capaz de volverlo a montar. ¿Por qué no lo conviertes en museo?

—Y aquella otra pintura que dijiste había que restaurar...

John Blayne permanecía impasible como una roca, sonriente y soportando aquella acometida, a la que no hizo frente hasta que sus rivales se quedaron sin aliento.

—Muy bien —dijo—, ¿habéis ya desembuchado todo cuanto teníais dentro? Pues sí, soy un loco, pero recordad que siempre llego allá donde me propongo ir, ¡tenedlo presente! ¿Me preguntáis que por qué no monto de nuevo el templo japonés? Algún día, a su debido tiempo y en el lugar adecuado, os desafiaré a vosotros, muchachos, a que acometáis esa obra y estoy seguro de que saldréis, triunfantes. Pero yo no quiero para museo un templo en el que las almas de los monjes budistas hayan de meditar entre mujeres de Rubens y dioses romanos. Lo que yo deseo concretamente es un castillo

y lo conseguiré. Y respecto a la pintura, tenía razón, ¿no es verdad? Bajo sus infinitas capas de porquería y humo había un Rafael; lo presentía: Este cuadro lo colgaré ahí precisamente, sobre la campana de la chimenea.

Un silencio aplastante se adueñó de la sala. El joven más caracterizado lanzó un suspiro y extrajo del bolsillo un cuaderno de notas y un lápiz.

—Muy bien, pero todo eso costará una fortuna; tendremos que envolver cada ladrillo en papel de seda.

—Recuérdame que he de comprar cien toneladas de ese papel.

—Y además, los barcos en que hay que transportar tanta piedra y ladrillo.

—Recuérdame que contrate diez barcos, en lugar de los dos que ya tenemos apalabrados.

Kate no pudo aguantar más. Había presenciado, con el natural asombro, la polémica suscitada entre el americano y sus amigos. Echó un vistazo a los papeles extendidos que había sobre la mesa y vio cómo el castillo no se hallaba dibujado sobre su colina verde, sino en un paisaje abrupto y rodeado de montañas, y de un acantilado rocoso en lugar de praderas inglesas y riachuelos remansados.

—¡No irán ustedes a trasladar el castillo a América! Semejante proyecto sería una locura, Mr. Blayne. *Sir Richard* nunca lo consentiría; estoy segura de que él piensa que el museo ha de ser aquí. Espere un minuto que vaya a buscarlos. No, no, no soportarían una noticia semejante. Oh, ¿cómo podré decírselo?

Permaneció titubeante y retorció sus manos, cuando una puerta que se hallaba detrás de ella se abrió para dar paso a Wells, que anunció cuanto había visto...

—¡*Sir Richard* y *Milady*, el caballero ya apareció!

Antes de que Kate pudiera decir algo, los señores del castillo comparecieron en la sala, sonriendo afectuosamente. *Sir Richard* extendió su mano.

—¿Cómo está usted, Mr. Blayne? Nos ha dado un susto regular al no saber dónde se había metido; es muy fácil extraviarse en este sitio. Lo siento y le ruego que sepa disculparnos.

John Blayne aceptó aquel cordial apretón de manos y reprimió un respingo instintivo. «¡Qué garra más fuerte tenía aquel viejo inglés!».

—La culpa ha sido totalmente mía, *Sir Richard*. Mi llegada aquí no debía haber sido tan descortés y anónima —se dirigió a *Lady Mary* y dijo—: Le presento mis disculpas, *Lady Mary*.

Kate observó que su señora estaba contrariada y trataba de disimular. «¡Ay!, su dulce *Lady Mary*, tratando por todos los medios de quitar importancia a aquel acto». La muchacha lanzó una mirada furtiva a Blayne, que desvió al instante: no le ayudaría lo más mínimo para sacarle de aquel atolladero; que se las ingeniara él mismo para reparar aquella torpeza, al no decir la verdad a *Sir Richard*, quien jamás hubiera consentido una operación semejante de haber sabido... pero *Lady*

Mary estaba hablando ya con aquella su voz aflautada, su voz habituada a expresarse en público y que había contribuido a la inauguraciones de tantas tómbolas y a la celebración de tantas fiestas caritativas.

—Mr. Blade...

—Blayne, querida —rectificó *Sir* Richard.

—Ah, sí, ¡lo siento!, ¡los nombres americanos son tan difíciles! Le aseguro a usted, ahora que ya estamos hechos a la idea, casi reconciliados, ¿sabe usted?, de que cuelgue tesoros de arte de las paredes de nuestra vieja mansión que vendremos aquí a menudo desde nuestro rincón de la casita de la entrada, en calidad de turistas, ¿no es verdad Kate?

Se volvió hacia la niña, pero aquella testaruda muchacha, con los ojos preñados de lágrimas, se limitó a asentir.

—Kate, ¿qué te pasa? ¡Richard, fíjate, Kate está llorando!

—No lloro —replicó Kate airada—. Sólo trato de no estornudar. —Y volviéndose de espaldas, remedó un gracioso estornudo...

Lady Mary se dirigió solícita a John Blayne.

—Querido, este viejo castillo es húmedo, como todos. Creo que ya lo sabrá usted y confío que no habrá usted pensado en la calefacción central y todas esas cosas, fatales para las pinturas, estoy segura. Nosotros nunca pensamos en ello, a pesar de tener que soportar muchas veces un frío glacial, especialmente durante los inviernos poco soleados.

—Es usted muy amable, *Lady* Mary —contestó Blayne cortésmente y dirigió su vista hacia la espalda de Kate.

—Es sorprendente en un americano —decía *Sir* Richard— este amor por el pasado y su deseo de adquirir un viejo castillo.

John Blayne miraba consecutivamente a todos los rincones del *hall* y se sentía acorralado. Los cuatro jóvenes obedientes a sus órdenes, se habían marchado con sus rollos de pliegos al hospedaje del lugar.

Kate se hallaba en el hueco de una ventana, dándole la espalda, y de bien poca utilidad le servía. Para salir del apuro se disparó con el siguiente discurso:

—Puede que sea sorprendente, *Sir* Richard, pero yo heredé mi amor por el arte de mi madre; ella amaba las pinturas y mi padre se las compraba, me temo que a título de tolerancia exclusivamente, puesto que él no tenía los mismos gustos. Sea como fuere, ahora resulta que estas adquisiciones han sido su inversión más acertada. Y digo ahora, porque cuando mi madre comenzó a coleccionar pinturas, antes de su muerte, que ocurrió hará unos quince años y era aparente que yo sería su único hijo, pensó en algo que distrajera su mente mientras yo me hallaba en Groton; mi padre creyó que se trataba de una obsesión absurda. Pero ella siguió adelante y llegó a ser una auténtica «connoisseur»

del arte del siglo doce y trece, que amplió hasta el diecisiete inclusive, particularmente en lo que se refería a las escuelas inglesas.

—Interesante —observó *Sir Richard*.

—Mi padre la adoraba y la dejaba hacer. Pero cuando falleció y su patrimonio fue peritado, se quedó asombrado cuando los abogados le dijeron que la colección era notable y evaluada en cien millones de dólares aproximadamente, que muy bien podrían triplicarse en un breve periodo de tiempo. Inmediatamente tomó la resolución de construir un edificio, en forma de bóveda, donde guardar la colección, una especie de Fort Knox privado.

—Muy interesante —observó *Sir Richard*.

—Aquello me pareció a mí una especie de crimen, puesto que los cuadros están previstos para su exhibición, ¿saben ustedes?, y protesté. Debo confesar que nunca hubiera prevalecido mi criterio si a nuestros abogados no se les hubiera ocurrido la brillante idea de constituir una fundación.

—Claro que sí —observó *Lady Mary*—, el edificio tiene que poseer un fundamento^[1].

John Blayne la miró sonriente y aclaró:

—No, no, *Lady Mary*, una «fundación» en América significa una inversión o fondo desprovisto de toda clase beneficios, una especie de servicio público. Tal y como nuestros abogados aconsejaron a mi padre, si se decidía a constituir un museo abierto al público, podría financiarlo con fondos de esta fundación que se hallaría exenta de tasas fiscales.

—¿Comprendes lo que dice? —preguntó *Lady Mary*, dirigiéndose hacia su marido.

—Todavía no, querida —replicó *Sir Richard*—, aunque creo que lo entenderé.

—Quédese a almorzar con nosotros para seguir hablando, Mr... —Y *Lady Mary* hizo una pausa.

—Blayne —añadió *Sir Richard*.

—Con mucho gusto —contestó John Blayne, sonriendo a la pareja—. Me pregunto si se darán cuenta ustedes de lo bien que armonizan en este ambiente; es una, peculiaridad que tienen ustedes los ingleses, creo, de elegir la atmósfera que mejor les conviene.

—Yo opino que es a la inversa —replicó *Sir Richard*, devolviendo la sonrisa, pero de un modo apagado.

Kate no pudo preguntar más y se revolvió enfurecida.

—*Lady Mary*, querida, y *Sir Richard*, les aseguro que ninguno de los dos tiene la más mínima idea; yo no la tenía hasta que...

—*Miss Wells* —se le dirigió John Blayne con una mirada suplicante—, le ruego, por favor. Tenemos, por supuesto que hablar mucho y yo...

—Tiene usted mucha razón —exclamó Kate acalorada—, pero sería mejor si se explicase todo

ahora. *Sir Richard*, opino que tanto usted como *Milady* deberían conocer...

John Blayne se contagió de aquella misma pasión de un modo inesperado.

—La verdad es que, *Miss Wells*, éste es un asunto exclusivo de *Sir Richard* y mío; no veo la razón de que usted... *Sir Richard*, ha habido un malentendido que verdaderamente puede ser rectificado. Un equívoco, mejor dicho, posiblemente sólo por parte de *Miss Wells*; claro está que ella no ha leído la correspondencia cursada.

—Pero me lo han dicho —saltó *Kate*.

—*Kate*, querida —exclamó sorprendida *Lady Mary*—. No comprendo tu insistencia en interrumpir a *Mr. Blade*.

—*Blayne*, querida —dijo *Sir Richard*, que pasó completamente inadvertido.

—Es él quien me interrumpe, *Milady* —observó *Kate* apasionadamente.

—Opino —sugirió *Sir Richard* prudentemente— que deberíamos hacerles hablar por turno, querida. ¿Estamos de acuerdo, *Mr. Blayne*, en que sean primero las mujeres?, o, *Kate*, ¿le otorgaremos a él esta preferencia, por ser nuestro huésped?

Ambos, *Blayne* y *Kate*, se miraron a la cara, poco dispuestos a condescender, aunque comprendían que alguien debía hacerlo.

—Vamos, vamos —intervino *Sir Richard* cortésmente.

—Cedo yo, *Sir Richard*, como americano. Estoy acostumbrado a ser un caballero: primero las damas —dijo *John Blayne*, encogiéndose de hombros.

Sir Richard soltó una carcajada; disfrutaba con toda evidencia de aquel torneo.

—¡Muy bien observado!, debo reconocerlo. ¿Lo has oído querida?; educado en las normas de caballería. Muy bien, tratándose de un americano, ¿no es cierto?

Lady Mary devolvió sonrisa por sonrisa.

—Eso es mucho más de lo que esperábamos.

—Gracias —contestó *John Blayne*—. Y ahora, si se me permite manifestarlo, debo decir que estoy encantado de la invitación de ustedes a almorzar, pase lo que pase.

Milady inclinó su cabeza e hizo una seña a *Wells*.

—Ponga otro cubierto, *Wells*, y utilice la sopera de plata —miró a los hombres y siguió— y en el comedor pequeño nosotros tres.

—Muy bien, *Milady*. —Y *Wells* desapareció.

En medio de esta interrupción, *Kate* seguía esperando con manifiesta impaciencia. Parecía como si *Lady Mary* hubiera olvidado la controversia y *Sir Richard* deseara no considerarla. «Muy bien, pero

ella insistiría». Dio la vuelta para encararse con ellos y habló con firmeza:

—Mr. Blayne, le ruego que prosiga.

—Creo, *Miss Wells*, que tiene usted la preferencia —contestó él descorazonado—, ¿no es así? Muy bien, entonces. *Sir Richard*, Kate tiene razón, proyecto llevar a cabo una gran locura; algo, en realidad, descabellado. Proyecto llevármelo de aquí.

Kate, que no toleraba equívocos, aclaró:

—*Sir Richard*, se refiere al castillo.

Se hizo un silencio en la sala. *Lady Mary* susurró débilmente.

—¿Has dicho llevárselo de aquí, Kate?

—A América, *Milady*.

—¿A América? —repitió *Lady Mary* cual un eco débil, pero el sentido monstruoso de aquella frase reptó instantáneamente a su cerebro—. ¡Richard! ¡Dice que va a llevar el castillo a América!

Sir Richard palideció y, a continuación, un sarpullido escarlata comenzó a invadir su rostro, empezando desde el cuello. El martilleo que experimentaba en sus sienes le producía un dolor que le impedía la visión.

—Mr. Blayne, no comprendo.

—Nada puedo reprochar a usted, Mr. Richard —añadió John Blayne afectuosamente—. La culpa ha sido mía; deberíamos haber permitido que los abogados llevaran a cabo los trámites de la transacción; yo soy poco amigo de las leyes, demasiado impetuoso, aunque creí que mi carta explicaría todo suficientemente y que no haría falta ningún otro requisito...

Extrajo de sus bolsillos un papel plegado que extendió y colocó sobre la mesa.

—He aquí mi proyecto. —Se trataba de una panorámica del castillo, emplazado en unas montañas altas, en lugar de hallarse entre praderas inglesas.

Lady Mary palpó los bolsillos para echar mano de sus lentes, se los colocó y fijó su atención en la leyenda que había al pie del dibujo.

—Conn-Conn.

—Connecticut —exclamó él.

—Qué nombre tan raro —observó ella—. ¿Es el nombre del artista?

Sir Richard lo miró con un despego manifiesto. Nada podía afectarle en tanto no cesaran sus sienes de recibir aquel martilleo. Por cortesía se limitó a comentar:

—Es un bonito dibujo, querida; se parece bastante al castillo, aunque la torre del Esté parece demasiado baja. Las dos torres deberían tener la misma altura, Mr. Blayne.

Kate avanzó, puso una mano sobre el brazo de Blayne y dijo con rapidez:

—Todavía no lo comprenden, no pueden comprenderlo. Debe usted explicárselo, es su obligación.

Blayne la miró a los ojos, impregnados de sinceridad, desvió a continuación la mirada a la diminuta mano que se posaba sobre su brazo y asintió con la cabeza.

—*Sir Richard* —dijo—, permítame que le recuerde. —Extrajo del bolsillo interior de la americana una carta y la desplegó—. He traído conmigo copia de la carta que le dirigí. Quizás usted recuerde, así como *Lady Mary*, que Connecticut es el nombre de un Estado y no el de un artista. Permítame que le lea sólo este párrafo, *Sir Richard*. «Proyecto utilizar este castillo como el museo más hermoso concebido en Connecticut. El coste será inmenso pero estoy dispuesto a invertir cuanto sea necesario para que la valiosa colección de mi madre se halle adecuadamente albergada para disfrute del público...». ¿No hace esto referencia explícita a Connecticut de los Estados Unidos? Yo no conozco ningún otro.

Estaban alelados; Blayne podía verlo. *Sir Richard* se sentó en un sillón de madera de roble.

—Yo interpreté «*concebido* en Connecticut», es decir, que usted se refería solamente a la idea del proyecto.

—Esto es una invasión, eso es lo que es —exclamó *Lady Mary*, levantando su voz hasta transformarla en un alarido—. Es otra vez la Armada Invencible española presta al ataque, Richard.

Con dignidad y serenidad, *Sir Richard* alzó la mano para imponer silencio. Permanecía inmóvil en la silla y exclusivamente atento a las pulsaciones violentas que sentía en su cerebro. Su mirada estaba clavada en algún punto distante del gran salón y cuando, por fin, se decidió hablar, daba la impresión que su voz baja e insegura se dirigiera a aquel mismo lugar.

—Heredé de mis antepasados el castillo de Starborough junto con el condado, que comprende mil acres de bosque y tres mil de tierras cultivables. Ha pertenecido a mi familia durante quinientos años; fue otorgado a mí antepasado William Sedgeley, por su extraordinario valor al defender la vida del rey en un complot tramado para asesinarlo. Cada generación ha procurado esmerarse por conservar tanto el castillo como los bosques y las tierras de cultivo. Desgraciadamente en mis tiempos el mundo ha evolucionado hasta el punto de que una herencia tan vasta como la mía se ha transformado en una carga insoportable para espaldas de un solo hombre. Soy responsable del bienestar de setenta familias que viven y trabajan en mis tierras... yo... yo... yo...

Su voz desfalleció. Kate corrió a su lado, y *Lady Mary* se vio obligada a sentarse en una silla de respaldo alto; su delicado rostro palideció.

—Oh, Dios mío —murmuró.

John Blayne acudió rápidamente junto a ella, pero ella le rechazó.

—Por favor —susurró.

Kate dirigió a Blayne una mirada de súplica.

—Mr. John Blayne, sé bien lo que tengo que hacer con ellos, ¿puedo decirle a usted que haga algo por mí?

—Claro que sí, *Miss Wells*, cualquier cosa, lo que usted me diga. Yo no había pensado causar tantas molestias. Estoy muy apenado, créame.

—Entonces —y trató de sonreír a despecho de la contrariedad que sentía—, ¿querría usted acudir junto a sus amigos en el hotel y regresar de nuevo para cenar? Esto dará una oportunidad a *Sir Richard* y a *Lady Mary* para que se habitúen a esta extraña situación.

—Con mucho gusto, *Miss Wells*, aunque considero que sería mejor no volver hasta mañana.

—Vuelva esta noche —interrumpió *Sir Richard* inesperadamente y en tono autoritario—. Todavía no hemos hablado, ni lo haremos en tanto que no nos hayamos conocido.

Lady Mary alzó la cabeza, con dignidad ahora, y, cual correspondía a la castellana de una fortaleza, dijo:

—Y como es de esperar, pasará usted la noche con nosotros, Mr. Blayne.

—Es usted muy amable, *Lady Mary*, pero siento tener que causarles tantas molestias. Reservaré una habitación en el hospedaje.

Wells, que había entrado en la estancia para anunciar el almuerzo, permaneció desconcertado en el umbral de la puerta.

—Ruego que me perdone, *Milady*, pero había entendido que el caballero americano iba a permanecer en el castillo. Ya he deshecho sus maletas, que cogí del automóvil.

—Gracias, Wells. ¿En qué habitación descansará?

—En la del duque, *Milady*.

—Llévale a la del rey Juan —intervino *Sir Richard* con voz adusta.

—A la del rey Juan, *no*, Richard —replicó *Lady Mary* en voz baja mirando fijamente a su esposo—. Acuérdate de la humedad y además ten presente que *ellos* han estado muy alborotados recientemente en aquella habitación. ¿No es así, Kate?

Pero Kate, que se hallaba enzarzada en otra conversación, no se enteró de la pregunta.

—Tengo la impresión de que *ellos* están en la pista de cuanto sucede. En estas cosas *ellos* siempre nos llevan delantera, ya lo sabes.

Sir Richard sonrió indulgente a su esposa y la angustia que les había invadido pareció desvanecerse momentáneamente. Se dirigió a Wells:

—Será la habitación del duque, Wells.

—Muy bien, Milord.

Mientras resolvían lo de la habitación, Kate y John Blayne trataban sobre su retomo al castillo.

—... Sí, la cena es a las ocho, aquí en el salón grande, y, por *favor*, Mr. Blayne, traiga corbata negra.

—¡Oh, por supuesto! —Y con una sonrisa le dio a entender que había comprendido todas sus observaciones; inclinó levemente la cabeza a *Sir* Richard y a *Lady* Mary y se encaminó hacia la puerta que conducía al jardín. No se atrevió a volver la cabeza hacia atrás, por lo menos hasta después de haber traspuesto aquella puerta, y comprendió que, de no hallarse allí Kate, no podría soportar ulteriores entrevistas.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Kate se dirigió a sus dos protegidos y dijo:

—Y ahora, queridos míos, ¿me haréis el favor de sentaros a la mesa para almorzar?

A las ocho en punto se sentaron a cenar: *Lady Mary* y *Sir Richard* cada uno a un extremo de la larga mesa y John Blayne entre ambos, teniendo a su izquierda a *Lady Mary*. Wells permanecía junto al buffet, presto para servir. Kate, vestida de negro, con un delantalito blanco una cofia de encajes sobre sus bucles rizos, se hallaba de pie tras la silla de *Lady Mary*. A John Blayne, aquella muchacha le causaba la impresión de que se trataba de alguna artista, sorprendentemente encantadora, en el nuevo papel que le correspondía desempeñar; en cambio, para el dueño y dueña de aquella mansión la muchacha no realizaba otra cosa que su ordinario quehacer, desde que salió del colegio.

Como si se hubiera establecido una tregua, la conversación durante la cena versó sobre arte y política, sobre historia medieval y contemporánea, y también sobre agricultura a ambos lados del Atlántico y la conveniencia de cruzar las razas para reforzar las estirpes. El asado resultó algo delicioso; el vino servido era de cosecha propia; el postre de fruta eran ciruelas que, procedentes de un árbol del jardín, habían sido envasadas el verano anterior. El plato cumbre lo constituyó una rodaja de salmón ahumado, ligeramente braseado. El queso servido era de Stilton.

Una vez en la salita contigua al *hall* y cuando degustaban el café y los licores, se hizo mención del asunto que llevaban entre manos. Kate había traído el servicio en una bandeja, que colocó en una mesita baja enfrente de *Lady Mary*. El americano advirtió que en la bandeja había cuatro tazas y que Kate se había desprendido del delantal y de la cofia.

—¿Con leche o solo, Mr. Blayne? —preguntó *Lady Mary*, mientras vertía el café.

—Solo, por favor, *Lady Mary*.

Los dos hombres se hallaban en pie, de espaldas al fuego; Kate, sentada en un cojín a los pies de *Lady Mary*.

—Mañana por la mañana, Mr. Blayne —dijo *Sir Richard* al azar—, espero que mi procurador, Philip Webster, coincida con nosotros para dilucidar el asunto del castillo.

—Será un placer para mí poder saludarle.

—Es posible —y *Sir Richard* titubeó— que también usted hubiera deseado verse asistido por su representante legal, aunque temo que no pueda llegar a tiempo, desde América, para la reunión de mañana.

—Mi abogado, David Holt, de la firma Haynes, de Nueva York, vino conmigo a Inglaterra, *Sir Richard*. Se halla Londres, pero esta tarde le he puesto una conferencia telefónica y hoy mismo llegará al hospedaje de este lugar.

—¡Perfecto! —exclamó *Sir Richard*—. De este modo los dos tendremos nuestros consejeros. Mañana por la mañana, a las diez, nos reuniremos en el salón. ¿Le gustaría a usted dar un paseo a caballo antes del desayuno? Wells podría encontrar algo que usted pudiera ponerse. Mi caballo tiene mucho genio, aunque es de confianza. Creo, sin embargo, que a usted le vendría bien el de mi esposa, una montura de más edad, pero fuerte y serena.

—Gracias, *Sir Richard*; creo que nada me agradaría tanto como poder dar un paseo a caballo por la mañana. —Se volvió hacia Kate y le dijo—: ¿Le gustaría a usted, *Miss Wells*, hacerme compañía y enseñarme algo del paisaje?

Kate sonrió, dichosa como un niño, radiante de felicidad; movió a continuación la cabeza negativamente y contestó:

—Tengo obligaciones por la mañana, Mr. Blayne.

—Lo comprendo —añadió con voz reposada, y, acto seguido, se dirigió a *Sir Richard* con estas palabras—: Opino, *Sir Richard*, que, ante el programa de mañana, debería retirarme a descansar.

—De acuerdo —*Sir Richard* se dirigió hacia el cordón de una campana y el sonido de ésta se percibió a lo lejos.

Cuando Wells apareció en el umbral de la puerta, *Sir Richard* dijo:

—Lleve a Mr. Blayne a la habitación del duque.

—Sí, Milord.

—Sería conveniente que fuera yo con ellos y echara un vistazo para ver si todo está bien —observó Kate y, cogiendo la bandeja del servido de café, se dirigió hacia la puerta:

—Es usted muy amable —susurró John Blayne en voz baja.

Dio las buenas noches y se hallaba en medio de la estancia cuando *Lady Mary* exclamó:

—Oh, confío que *ellos* no le molestarán esta noche.

—Sé prudente, querida; no está bien que intrigues o perturbes a nuestro huésped en su primera noche en el castillo.

—No se preocupe por mí, *Sir Richard*, tengo un sueño pesado. Le aseguro a usted, *Lady Mary*, que descansaré muy bien, así que hasta mañana —se detuvo en el umbral de la puerta y alzó su mano, en señal de despedida.

Sir Richard y *Lady Mary* se hallaban sentados juntos en él mismo diván. Se asemejaban a una pareja real de aspecto bondadoso aunque conscientes de la tregua establecida. Al día siguiente, muy de mañana, se desenvainarían las espadas.

Cuando la puerta se entornó, *Lady Mary* lanzó un suspiro y apoyó con delicadeza una de sus manos en las de su esposo.

—Es bastante simpático, Richard, ¿no te parece?, a pesar de ser un...

—Muy simpático —asintió *Sir Richard*—, aunque parezca sorprendente; con estos americanos nunca sabe uno.

Wells abrió la puerta de la habitación del duque.

—Ya hemos llegado, señor. Espero que todo lo encuentre usted bien.

El lecho había sido abierto y John Blayne vio que su pijama se hallaba sobre la cama y sus zapatillas, ordenadamente colocadas al pie de la misma.

La pantalla de la mesita de noche daba a la estancia un aire acogedor, del que carecía cuando, antes de la cena, se había vestido en la misma; las brasas de fuego que había en la chimenea de campana contribuían a neutralizar la humedad de la estancia.

—La vela, señor, se halla en la mesita de cabecera y en un cajón están las cerillas.

—¿Para qué necesito yo una vela?

—La luz eléctrica suele fallar, señor, y alguno de los corredores carece de instalación eléctrica.

—Pero, Wells, espero que no tendré necesidad de vagar por los rincones del castillo durante la noche.

—Es cierto, señor, pero uno nunca sabe. Yo acostumbré a decir que es mejor hallarse preparado y, si todo está de su agrado, le deseo una buena noche.

—Muchas gracias, Wells.

El viejo dio la vuelta y se marchó. Kate se hallaba afanada comprobando el buen funcionamiento de los cortinajes de satén y pasando el índice sobre las molduras para cerciorarse si había polvo. Aquella era una estancia descomunal, cuyas ventanas llegaban del techo al suelo. Los cortinajes estaban deshilachados y Kate trataba de disimular los desgarrones. Al darse cuenta Kate de que él la miraba, dejó caer la cortina.

—Tiene usted un golpe en la frente —le dijo ella, sin darle tiempo a reaccionar, y se aproximó a él para verle la herida.

—Me di, esta mañana, un golpe en la cabeza cuando cruzábamos aquella puerta que daba al salón grande —confirmó Blayne, llevando su mano a la cabeza.

—¿Y cómo es que no ha dicho usted nada? —exclamó Kate.

—Han ocurrido tantas cosas al mismo tiempo...

—Debo lavárselo inmediatamente.

Y se dirigió a una estantería, de la que extrajo un jarro, de agua, una aljofaina y una toalla limpia.

—No es nada —dijo él.

—En la raíz del pelo hay una mancha de sangre reseca —replicó ella—. Agáchese, por favor; de lo contrario tendré que ir a buscar una escalera de mano.

Blayne se rió e inclinó la cabeza, percibiendo en la misma el contacto de algo ligero que rozaba la herida. Un aroma tenue de pulcritud emanaba de su persona. Su piel era fina y los ojos de un azul, cual nunca había visto hasta ahora, un azul violeta oscuro ¡muy raro! Los había visto en los cuadros

de las madonas primitivas, y sus pestañas, de color castaño, muy apretadas, se curvaban hacia suavemente arriba.

—Usted no parece americano —le decía ella, mientras se aplicaba a su faena de desinfección—. ¿Le duele?

—En absoluto.

—¿Quiere usted inclinarse un poco más, por favor? Es usted excesivamente alto, ¿no es verdad?

—Depende de la chica a cuyo lado me encuentre.

Por primera vez oyó él su risa, cálida, bonita y espontánea.

—El interior de su boca aprecio que es muy bonito también —añadió él.

Kate se tapó la boca con la mano.

—Me atrevería a decir que está usted mirando hasta el fondo de mi garganta; me olvidé de que estaba tan cerca.

—No lo hacía.

Kate retrocedió al oír esto.

—Ahora, de veras, Mr. Blayne...

—¿No podría llamarme John, por lo menos durante el tiempo que haya de permanecer en el castillo?

—Solamente conozco al rey Juan —dijo esforzándose en no reír.

—¡Sí, pero aquél está muerto!

—Me parece que la herida vuelve a sangrar —y se le volvió a aproximar, para restañar la sangre—. Y he de decirle que el rey Juan tampoco está muerto; todavía posee su habitación aquí, aquella que iba a ocupar usted en principio. Un viejo castillo como éste tiene siempre vida; por lo menos su parte... deshabitada.

—¿Quiere usted decir que les molestan?

La boca de Kate se había aproximado ahora a su rostro y se mantuvo inmóvil. Absorbida por su tarea, apreció Blayne cómo sus labios se entreabrían, dejando ver la punta de su lengua entre dos hileras de dientes.

—No —contestó—, molestar no. ¿Cómo puede uno ser molestado por seres a los que se ama? Son personas de forma y aspecto distinto al nuestro, pero con vida.

Kate se echó hacia atrás, al mismo tiempo que con un amplio gesto de la mano señalaba todo el ámbito de la estancia.

—En esta habitación puede usted ser despertado por el tañido de las campanas que hay en la capilla

real de abajo. Ahora está transformada en sala de fiestas, pero otro tiempo fue el lugar en que la reina Isabel se arrodillaba al amanecer para recitar sus oraciones; la reina oraba a menudo, ¿sabía usted eso? La gente no lo cree, pero la reina era piadosa. Me atrevería a decir que se encontraba muy sola y no podía confiarse a nadie, ni siquiera al mismo Essex, a quien amaba, y es posible que a éste menos que a ningún otro, porque le había confesado su amor y, por lo mismo, tenía cierto ascendiente sobre ella.

—¿Cómo sabe usted que la reina se le declaró?

—No pudo evitarlo. Aunque se trataba de una reina, se enamoró como otra mujer cualquiera. Me atrevería a decir que combatió contra este sentimiento, por la conciencia que tenía de no poder, no deber, entregarse al influjo de hombre alguno. Sin embargo, triunfó el corazón. ¡Cuánto me alegra pensar que yo no soy nadie!

—¡Una deliciosa y diminuta nadie!

Kate volvió a reírse de nuevo.

—Me he expresado con toda sinceridad y franqueza, ¿no es verdad? ¡Y usted no debía haberse dado por enterado!

—No he podido evitarlo.

La muchacha asumió un aire de indiferencia.

—Tendré que dejar de hablar. Ya está; después de todo no es sino un ligero arañazo —y se distanció de él, dirigiéndose hacia el lavabo.

—¡No, no, por favor! —dijo él, siguiendo sus pasos—. Volvamos al tema del castillo. —Continuó—. Cuénteme más cosas del mismo.

Kate quedó pensativa, mientras titubeaba bajo el dintel de la entrada.

—La razón por la que acompañé a usted a través de los pasadizos fue porque, en realidad, son muy peligrosos...

—¿También frecuentados por los espíritus?

—No, pero conducen a los calabozos, como le dije, y además a un río subterráneo.

—Siga, siga, eso es estupendo; es lo que todo castillo debe tener: calabozos y ríos subterráneos.

—Es verdad y puedo demostrárselo.

—Quiero que me lo demuestre. ¡La desafío!

—Y en la torre del Este existe una ventana que nadie ha podido averiguar a qué habitación pertenece.

—Oh, ¡adelante!

—Es verdad —asintió ella—. En la biblioteca había un libro sobre el castillo que explicaba todo eso.

—Necesito ver ese libro.

—¡Ah!, se perdió hace tiempo, nadie sabe cómo; mi abuelo está seguro de haberlo visto.

—Si adquirimos el castillo descubriremos sus secretos.

—No, no, por favor, no. Yo no quiero conocer sus secretos.

Se extrañó al ver cómo se descomponía el rostro de la joven.

—Dígame —y ahora se expresó con gravedad—, ¿los *ellos* a que alude *Lady Mary* constituyen parte de los secretos?

Kate no parecía ya tan turbada ni asustada.

—Éstas son cosas que no me competen a mí Mr. Blayne. —Y dueña ya por completo de sus emociones, alzó la cabeza, esbozó una ligera sonrisa desprovista de todo afecto y dijo—: Debo volver junto a *Lady Mary*: estará preguntándose qué ha sido de mí.

Salió de la estancia, dejándole solo en medio de la habitación del duque, y caminó presurosa a lo largo de un pasillo sinuoso, todo recubierto de piedra. Aunque su ánimo se sintió momentáneamente presa de un pánico pasajero, comenzó a cantar entre dientes. Cuán maravillosa era la vida en sus diversas manifestaciones, produciendo situaciones de auténtico pánico mortal que después degeneraban en algo corriente y sin importancia.

—Ruego tengan la bondad de excusarme —dijo, irrumpiendo con una precipitación disimulada en la salita.

—Has tardado mucho —dijo *Lady Mary*.

—Ha sido el americano, *Milady*: hace tantas preguntas sobre el castillo...

—Las preguntas, Kate, recibirán su respuesta adecuada mañana en presencia de nuestros procuradores —le hizo presente *Sir Richard* con amabilidad.

—Sí, Milord.

—Acompaña ahora a *Milady* a la habitación; tendría que haberse retirado hace una hora. Hoy ha sido un día de mucho trajín.

—Sí, Milord.

Hacia las diez de la mañana del día siguiente, se hallaban congregados en el salón principal *Sir* Richard y *Lady* Mary, John Blayne y su abogado David Holt, hombre de media edad, esbelto, reservado y afeitado impecablemente. Philip Webster fue el último en llegar, aunque su presencia se advirtió al instante: bajo y de contextura vigorosa, desprovisto de sombrero, con una pipa en su boca y un aspecto desaliñado.

Tan pronto como hizo su entrada, *Lady* Mary se dirigió hacia él y, como en apelación afligida, oprimió las manos de aquél entre las suyas:

—Gracias a Dios ya estás aquí, Philip.

Sir Richard se volvió hacia John Blayne:

—Mi procurador, Mr. Philip Webster, de Londres. Webster, éste es el caballero americano con quien mantuvo usted correspondencia, creo yo.

—Y mi abogado, David Holt, de Haynes —replicó cortésmente John Blayne.

Philip Webster retiró la pipa de la boca, estrechó con su mano la de John Blayne y, sin hablar, hizo una leve inclinación a David Holt. Acto seguido sorprendió a todos con la siguiente salida:

—Me pregunto yo, Mr. Richard, ¿qué demonios hace aquella cuadrilla de jóvenes delante de la puerta de fuera? Se han presentado en un coche despampanante un segundo después de mi llegada. Les he preguntado a qué habían venido y me han dicho que a tomar las medidas previas necesarias para el desmantelamiento del castillo; ¡cómo si este alcázar fuera un gallinero o cosa parecida! —Hizo una pausa y, consciente del silencio que reinaba en estancia, exclamó—: Digo yo, ¿o es que estoy equivocado?

Sir Richard no pudo contestar en el acto. El dolor había comenzado a machacar sus sienes y esperó a que remitiera. Cuando habló, se expresó con su calma habitual, aunque sus ademanes eran remotos, cual si lo que allí se iba a debatir no le afectara.

—Nos hallamos en un apuro, Philip, un asunto bien feo, que no veo claro: estoy seguro de que usted no trató de engañarnos, Philip, pero esto presenta un mal cariz —y dirigió su mirada a *Lady* Mary.

La castellana estaba moviendo su cabeza.

—Temo que la venta no pueda realizarse, Philip, pero en cuanto a lo que hayamos de...

—Es completamente imposible —dijo *Lady* Mary, temblando ligeramente, mientras entrelazaba sus manos.

—¿Qué es imposible, *Lady* Mary?

—Quieren trasladar el castillo de lugar y llevarlo a un sitio que ni siquiera acierto a pronunciar. Verdaderamente se trata de la cosa más imposible que jamás he oído y nunca llegaré a comprender.

—¡Por Júpiter! —exclamó Webster—. ¡Los hombres tenían entonces razón! Pero esto es inconcebible y por supuesto que yo no presté mi conformidad a semejante proyecto. ¿Cómo iba yo a

imaginarme que se trataba de trasladar el castillo a América? Pero si eso es absurdo, completamente descabellado.

John Blayne se adelantó, exhibiendo en una mano la carta.

—No es nada descabellado ni absurdo. Nosotros estamos habituados a mover edificios inmensos allá adonde nos interesa. —Y con una flema precisa e impasible, depositó la carta extendida sobre la mesa, a disposición de quien deseara consultarla.

Nadie hizo el ademán de querer examinarla; nadie habló.

—Siento infinito todo cuanto ha ocurrido, Mr. Webster —prosiguió John Blayne—. Es simplemente uno de esos malentendidos que surgen hoy día entre los dos continentes haga el favor de leer esto; es la carta que recibí. Debe obrar en su poder la copia correspondiente, aunque supongo que *Sir* Richard debió mostrársela a usted antes de remitirla.

—Me temía todo esto, Blayne; soy enemigo de las cosas hechas ilegalmente —intervino Mr. Holt.

—Muy peligroso —añadió Webster.

John Blayne le dirigió una mirada relámpago, medio impaciente, medio sarcástica. Estaba a punto de contestar, cuando Mr. Holt se lo impidió para hacerlo él primero.

—Mr. Webster tiene razón; este asunto requiere que entablemos negociaciones.

—Muy peligroso de otra manera —observó Philip Webster, satisfecho porque su punto de vista hubiera sido aceptado.

John Blayne se revolvió hacia Philip Webster y esperó a que la carta en cuestión hubiera sido leída detenidamente.

—Verdaderamente este asunto no es para ser tratado por un particular, ¿sabe usted? —comentó Webster sacudiendo la cabeza y apretando sus labios hacia fuera—. Solamente un abogado está capacitado para manejar estas cosas, si bien es cierto que mis clientes no dejan de tener razón. Es imposible. Deben ustedes saber que nosotros, los ingleses, no exportamos castillos —se dirigió hacia *Sir* Richard y prosiguió—: Me temo que tendremos que litigar; puede que sea muy desagradable; no se sabe nunca, pero tendremos que defendemos.

Lady Mary, que había permanecido sentada y se retorció los dedos con nerviosismo, se alzó inesperadamente de su silla, imprimiendo a este acto un matiz de elegancia y añadió:

—Creo, señores, que, llegado este momento, una taza de té nos sentaría muy bien —fue hacia el cordón de la campanilla, al que dio un vigoroso tirón, y en los confines los pasillos se oyó un débil campanilleo.

Cuando se presentó Wells, le ordenó que enviara a Kate con servicio de té para todos.

—Somos cinco, Wells —le advirtió, cual si desconfiara la facultad visual del viejo hombre.

—Muy bien, *Milady* —dio la vuelta con rapidez y abandonó aquella estancia. Consciente de lo que

se estaba tratando en aquella reunión, no estaba dispuesto a que le vieran las lágrimas, que no podía reprimir, y que resbalaban ya por los surcos de su rostro marchito.

Durante este interludio los dos abogados permanecieron silenciosos y en mutuo acecho.

—No habrá litigio alguno —dijo John Blayne—. No seré yo quien fuerce a *Sir* Richard a adoptar una decisión contra su voluntad. Y, sin embargo, para demostrarles a ustedes la sinceridad de mis propósitos, he aquí el cheque de un millón de dólares, que era la cifra concertada.

Lady Mary retuvo su respiración durante breves instantes. Kate, que en aquel momento entraba con la bandeja provista de hirvientes tazas de té, alzó su vista para mirar a John, y sus ojos se encontraron unos breves segundos.

—La carta es un compromiso que obliga, Mr. Blayne —las palabras de David Holt eran medidas—. Y debo hacerle presente que usted ha desembolsado ya cincuenta mil dólares, que ha contratado dos buques, que ha...

Webster atajó lisa y llanamente:

—La carta no tiene consistencia alguna ante un Tribunal de Justicia inglés, señor.

—Nosotros somos americanos y nos regimos por las leyes de América, señor —replicó Holt.

—¡Mi cliente es inglés, señor!

—El que sea inglés no le exime de atenerse a cuanto la carta especifica en lengua inglesa —declaró Mr. Holt—, sobre todo teniendo yo dicho escrito en mi poder, que manifiesta aceptar nuestras proposiciones.

—Y yo sostengo que él no puede aceptar aquello que no comprende —insistió Webster.

—Hemos traído un equipo de expertos en arquitectura —porfió el abogado americano—; pronto llegarán nuestros técnicos. Se han realizado vastos planes y firmado los correspondientes contratos; y todo esto se hizo de acuerdo con su carta de conformidad. Si se rescinde lo acordado los daños y perjuicios serán muy elevados.

Webster arrojó su pipa al suelo, pasó sus manos zoquetudas a través de su pelo rojo entrecano, que convirtió en una maraña, y exclamó:

—¡Inténtelo, señor; atrévase usted! Me inclino a vaticinar que esto será un nuevo Agincourt, ¡pero recuerde quién logró la victoria! ¡El castillo se halla en suelo inglés!

—¡Basta ya! —resonó la voz imperiosa de John Blayne.

Todos se callaron. Ante sus ojos atónitos rompió en trozos menudos el cheque y permitió que los mismos cayeran revoloteando al suelo. Acto seguido recogió la carta de la mesa, la metió dentro del sobre y se la entregó a *Sir* Richard.

—Es suya, *Sir* Richard. Haga con ella lo que quiera. Yo no he venido aquí a regatear, sino con el simple propósito de encontrar una fórmula que permitiera exhibir buenas pinturas de artistas ilustres.

Deseaba colgarlas para que la gente las viera, mi gente, los americanos. Deseaba compartir este placer con ellos en lugar de tenerlas encerradas cual si se tratara del vellocino de oro. Me supongo que se preguntarán el motivo...

—Señores, hagan el favor —interrumpió Kate—: ¡el té!

—Sí, sí —exclamó *Lady Mary* excitada por la emoción—. Acerquen sus sillas a la mesa y disfrutemos de... de...

—Una de las conquistas más gratas de nuestra civilización —añadió David Holt galantemente, mientras levantaba su taza hacia ella cual si se tratara de un brindis con champaña.

Todos los presentes se aproximaron a la mesa y Kate circulaba en torno a la misma, ofreciendo leche y azúcar.

—Sí —dijo *Sir Richard*, agitando el azúcar de su taza sin dejar de mirar a John Blayne—. Creo que nos ha intrigado usted.

John deslizó su mirada en tomo a la estancia; primero, a las paredes recubiertas de tapices y después a los rostros de cuantos se hallaban alrededor de la mesa.

—Quizá sea debido a que me siento un tanto responsable de cierta especie de culpa, que no creo puedan comprender ustedes con exactitud. Mi padre es inmensamente rico; su fortuna se amasó por unos procedimientos que..., bueno, que él juzgó correctos. Mi madre, en cambio, era totalmente diferente... —John vaciló.

—Una señora encantadora —evocó David Holt con sinceridad.

—Creo —continuó John Blayne— que lo que yo deseo es una especie de rehabilitación por todo cuanto él...

—¿Conoce su padre este proyecto? —preguntó *Sir Richard*.

—Por supuesto, *Sir Richard*, y lo califica como una pura locura. Y para ser sincero con usted he de añadir que mi padre y yo raramente hemos coincidido en cosa alguna; discutimos casi todos los días.

—¡Eso mismo! —vociferó Webster.

—Pero cuando le recordé que, puesto que era yo quien administraba la fundación —y tengan presente que fue él quien me lo encomendó—, debía regirla de acuerdo con mi criterio.

—¿Pero por qué adoptó esta modalidad? —inquirió *Sir Richard*—. ¿Para desafiar quizás a su padre porque proyectaba edificar algo parecido?

John Blayne se levantó de la silla y se distanció de la misma de un modo mecánico, para volver automáticamente.

—Yo no guardo rencor a mi padre, le amo y ambos queríamos a mi madre, aunque de distinta manera. No, yo deseo el castillo porque es una idea acertada. Las buenas pinturas solamente pueden hallarse en un ambiente adecuado. Nuestros museos se hallan abarrotados; yo deseo que mi museo

sea algo armonioso y acertado. Existe una frase china, me parece que de Lao-tse; alguien le preguntó si determinada labor se hacía adecuadamente y contestó: «El sistema de realizarla es un sistema, pero no ha de ser eternamente el mismo». Este castillo se halla en Inglaterra desde hace mil años y permanecerá en Connecticut por otros mil años más; nosotros habremos muerto, pero las pinturas permanecerán para enseñanza y gozo de futuras generaciones que nosotros no conoceremos. ¿Pueden ustedes comprender cuán profundamente ansió adquirir algo tan bello como este castillo, este trozo de Inglaterra? Yo también soy de origen inglés.

Lady Mary asintió con la cabeza, dando a entender que bien contra su voluntad, se hacía cargo del deseo de Mr. Blayne. Kate también dijo que sí con la cabeza, pero los hombres permanecían impasibles.

—Recuerdo cómo mi madre empezó a comprar sus cuadros. Al principio no entendía de arte, sólo lo sentía; pero a medida que se encariñaba con esta actividad, la comprendía y conocía más y más. En cierta ocasión compró un Fray Angélico a un italiano de Venecia, que lo empleaba como tabla en la que colocaba el pescado. Ella desconocía su valor, sólo sabía que la pintura era bella; nunca dio importancia al dinero y ésta era una de las cosas que mi padre no acertaba a explicarse. En cierta ocasión ella me dijo —fue uno de sus últimos consejos—: «John, encárgate de mis tesoros». Y así lo haré; quiero que así sea no sólo por amor a mi madre, sino que también por los artistas que los crearon. Mi madre comprendió el mensaje de aquellos genios, sabía lo que querían decir. Solía sentarse durante horas enteras delante de una de estas tablas, absorbiendo sus enseñanzas. Poco o nada queda hoy día en el mundo de aquel amor puro y desinteresado por el arte. ¡Y no renunciaré a mi idea, *Sir Richard*! Si no puedo adquirir este castillo, encontraré algún otro en Inglaterra.

Se dirigió a Philip Webster y le dijo:

—Lo siento, señor, el trato ha quedado anulado.

—Yo no estoy conforme —observó Mr. Holt.

—Le veré en el hospedaje antes de regresar a Londres —anunció John Blayne, sonriente.

David Holt hizo un leve movimiento de cabeza a los que se hallaban en torno a la mesa, recogió su cartera y abandonó la sala. John hizo también el ademán de marcharse, pero antes hizo una pausa, mordió uno de sus labios, tendió la mano a Webster y le dijo:

—¡Adiós! Ha planeado usted un combate, pero no habrá lucha. Ha ganado sin pelear.

—Me consideraré verdaderamente afortunado si ello es así, Mr. Blayne. Es usted un contrincante excepcionalmente generoso, verdaderamente singular.

—En absoluto; odio las peleas. Mi padre es un buen contendiente. Creo que con uno hay bastante en la familia. Jamás admitiré la realización de un buen negocio si ha de hallarse salpicado de querellas. ¡Adiós, *Sir Richard* y *Mary*! Ustedes dos pertenecen al castillo, así como éste tiene un sentido para Inglaterra... y para el resto de los habitantes del mundo... *Miss Wells*...

Blayne no ofreció su mano a Kate y ésta lo advirtió; tampoco ella lo haría por nada del mundo. Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron al instante con los de él. Un destello de sonrisa brilló en sus ojos sinceros.

—Su rana puede quedar bien tranquila ahora; puede permanecer sentada en su follaje mullido de lirios y nenúfares durante el resto de su vida.

Le costaba marcharse de allí y remoloneaba cuanto podía mientras les dirigía sonrisas impregnadas de un afecto inconsciente. Sentía cariño por los moradores del castillo. Eran gentes en las que uno podía confiar, personas seguras de sí mismas aun cuando pertenecieran a otras épocas y cuya riqueza y poder no inspiraban recelo alguno. Se hallaba vinculado a *Sir Richard* y a *Lady Mary* con un afecto que le sorprendía y le reconfortaba. Y en cuanto a Kate, como la solía denominar, pertenecía a los castellanos de un modo que no podía comprender, aunque sentía un deseo ardiente por conocerlo; poseía un carácter obstinado y resuelto que cautivaba y una belleza natural exenta de artificios. No la comprendía, desde luego, aunque no era ésta la razón que impelía su curiosidad. Había algo encantador en su cuerpo menudo, quizá cierta delicadeza en sus acciones conscientes y saturadas de personalidad, que fascinaba; se trataba de una criatura generosa; su cabellera era una cascada natural de bucles, y su rostro, que desconocía el maquillaje, contrastaba con el de las jóvenes que pululaban por aquellos contornos. Blayne pensó que hasta su padre coincidiría con él respecto a Kate, si alguna vez tuviera ocasión de conocerla; coincidiría con él por primera vez y sería partidario de dejar a Louise a un lado.

Lady Mary se incorporó en el asiento:

—Me parece que todavía no hemos acabado de hablar —e interrogativamente miró a uno y otro—. Queda todavía mucho por comentar y podremos hacerlo durante el almuerzo; Mr. Blade seguro que estará desfallecido.

Sir Richard se levantó para ponerse junto a ella. Era algo emocionante, pensó John Blayne, observar cómo cuando uno expresaba una opinión, el otro coincidía con idénticos puntos de vista. Siempre los tendría presentes, el uno al lado del otro y en su esplendor pretérito. Era toda una brillante ejecutoria el haber llegado a ancianos en medio de aquel refinamiento y esplendor.

—Le ruego que sepa disculparme, *Lady Mary*, pero tengo que reunirme con mis hombres en el albergue. El curso de los acontecimientos ha alterado su programa sensiblemente.

—¿Pero volverá usted a la hora de la cena? ¿Y pasará usted, Mr. Blade, la noche en el castillo, en nuestra compañía?

—Sí, eso mismo —vino a, confirmar *Sir Richard*—. Permanezca con nosotros esta noche, Mr. Blayne. —Y dirigiéndose a *Lady Mary* susurró—: *Blade*, no, querida.

John Blayne titubeó y, durante estos instantes de indecisión, apareció Wells en la estancia.

—¿Desea, Mr. Blayne, que le ponga el coche ante la puerta?

—Sí, Wells, si quiere hacerme ese favor, aunque... —Y miró a unos y a otros evitando, sin embargo, los ojos de Kate. ¿Durante cuánto tiempo osaría disfrutar las delicias de un hogar inglés? Le parecía a él, mientras se hallaba en aquel vasto salón, iluminado por los rayos solares que atravesaban las ventanas de aquellos sólidos muros, que hacía ya mucho tiempo, desde que su madre había muerto, no recordaba una acogida tan cálida y afectuosa—. Volveré —dijo, dirigiendo a todos una sonrisa.

Philip Webster disfrutó de aquella comida, cual si se tratara de un héroe victorioso.

—Y bien, hemos ganado —exclamó por tercera vez— y nadie podrá decir que la situación no era delicada. Podría habernos demandado por quebrantamiento de promesa, Richard aunque yo he combatido hasta el final por su causa.

Sir Richard se revolvió hacia él con las cejas erizadas.

—¿Me está usted diciendo que yo he quebrantado mi palabra? Yo nunca faltó a mi palabra de honor.

—No, no —interrumpió Webster con celeridad—. ¡Dios nos asista, poner en duda su caballerosidad, Richard! No podríamos haber llegado más lejos. Yo sólo pienso en el futuro; ¿qué es lo que haremos ahora? Porque nos hallamos exactamente en el mismo punto en que nos encontrábamos antes de que todo esto hubiera sucedido.

—Una prisión o una instalación atómica, es ésta la alternativa, ¿no es verdad? —aclaró *Lady Mary* lanzando un suspiro—. Parece que un castillo entroncado con la misma historia de Inglaterra debiera tener otra utilidad, ¿no cree usted? Y sin embargo parece ser que no hay términos medios. No acierto a explicármelo. ¿No habrá alguna persona en Londres a quien tú, Philip, pudieras telefonar? El primer ministro o el ministro de Hacienda, o si no, cualquier otro personaje.

—Yo podría hablar otra vez con el presidente de Bellas Artes de Inglaterra. Uno nunca sabe cuándo puede ocurrir un cambio de opinión —sugirió Webster.

—De todos modos —observó *Sir* Richard—, usted debería llamarlos dos o tres veces al día por lo menos; semejantes directivos de Bellas Artes no hacen otra cosa que beber té y olvidar lo que es práctico.

—Lo intentaré de nuevo —dijo Webster— y voy a hacerlo ahora.

Mr. Webster salió a paso de andadura fuera del comedor.

Sir Richard lo miró con un aire lúgubre.

—Debo confesarte, querida, que yo dudo de que Webster esté capacitado para tratar este asunto; me parece que lamenta que no haya, habido que pleitear. Esto le hubiera dado oportunidad para redactar innumerables pliegos que nadie hubiera entendido y levantarse ante los tribunales para vomitar todo el fárrago de palabras que ellos saben inventar en un momento dado. En opinión mía, son todos unos actores que ofrecen muy pocas garantías cuando se llega a la vía de los hechos. Siempre se hallan a la busca precedentes que otros hombres de leyes descubrieron varios siglos atrás.

—Estoy segura de que nunca podría encontrar el precedente de la venta de un castillo a... ¿cómo se llama aquél lugar, Richard?

—No sé cómo se pronuncia.

—Connect-i-cut, ¿no es así? —Silabeó *Lady Mary* tras un suspiro—. ¡Es verdaderamente curioso contemplar cómo se traslada el castillo de uno a un país que ignoramos cómo se pronuncia!

—Sí, pero Webster tiene razón en una cosa, querida, y tú bien lo sabes; nuestras dificultades financieras son grandes y ya conoces las ofertas privadas que hemos recibido a pesar de todos los anuncios: un asilo para alienados y una escuela de niños, sin mencionar la prisión o la central atómica. Tengo la certeza de que no utilizarían el castillo para tales propósitos y que lo arrasarian. Todos los científicos lo que necesitan es espacio: algo desierto, como ya te dije. Nuestros científicos ingleses sueñan con emular a los hombres de ciencia americanos y poseer espléndidos desiertos. ¡Imagínate ahora un desierto en Inglaterra de un millar de acres!

Lady Mary, con sus ojos todavía de un azul infantil, se limitaba a escuchar estas cosas con verdadero terror.

—Deberías poner en el anuncio de venta que de ningún modo podrían hacer estas cosas —sugirió—. Recuerda que siempre has dicho que el castillo debe permanecer inalterable. Por esta razón, aquel millonario de Hollywood no quiso comprarlo: te había dicho que pensaba instalar calefacción central empleando tuberías americanas y tú le dijiste...

—No te preocupes, querida. Los americanos siempre quieren cambiar las cosas, por lo menos esto es lo que podemos afirmar de Blayne...

—John.

—Ah, sí, sí, John, es cierto; quiere desmontar y volver a montar el castillo exactamente como es. ¿Te ha dicho algo sobre la calefacción central?

—No, nada; ni sobre las tuberías.

—Por lo que respecta a esto último yo no creo que fueran a instalar cuartos de baño en un museo aunque los americanos gustan de ponerlos en todos los rincones. Pero ¿y la idea de cambiar de sitio el castillo? Coincido con su padre en que es una pura locura... ¿Por qué no trasladar Connecticut aquí?

Kate entró en la habitación con un jarrón de tulipanes que colocó sobre la mesa.

—Son bonitos, ¿no es verdad, *Milady*? Han florecido muy pronto, como si todo en el castillo quisiera aparecer bello esta primavera.

—Pareces muy satisfecha —observó *Sir Richard*.

—¿Y por qué no? ¡Lo ha sabido hacer usted tan bien, *Sir Richard* querido! Cuando el americano vio lo que sentía usted por el castillo, su dignidad le obligó a desistir. Es persona de honor, ¿no le parece?

Sólo cuando vio que su alegría no les contagiaba, comprendió su estado de ánimo. Se hallaban sentados tranquilamente, *Lady Mary* con sus manos entrelazadas sobre el regazo y *Sir Richard* con las piernas cruzadas. Sus semblantes impasibles y las miradas perdidas en el vacío de la estancia les daban la apariencia de seres inmóviles.

—¿Qué es lo que os pasa, queridos míos? —inquirió Kate con ternura.

Y se arrodilló impulsivamente ante *Lady Mary*, oprimiendo entre las suyas aquellas manitas apergaminadas, menudas, que Kate comparaba con unos pajarillos desplumados.

—Nos hallamos en un apuró, Kate —dijo *Sir Richard*—. Todo sigue igual, en realidad.

—¿Te agradaría ver el castillo convertido en prisión? —preguntó *Lady Mary* con acento mustio.

—Pero la situación no puede ser tan desesperada —replicó Kate—. Están ustedes cansados, los dos, y no puedo reprocharles nada; yo misma estoy exhausta.

—Tendré que mantener la palabra que di a este americano —prosiguió *Sir Richard*—. Y en el supuesto de que la quebrantara, lo que no estoy dispuesto a hacer, fijaos bien, no me quedaría otro remedio que entablar conversaciones sobre el mismo tema antes de una semana.

Kate se incorporó para dirigirse hacia él, pero *Sir Richard* no estaba dispuesto a dejarse consolar.

—No, no, Kate —rezongó, apartándola a un lado—. Tú no lo comprendes, ni nadie; es necesario que me invista de personalidad siquiera sea un momento.

Y alzándose de las profundidades de su sillón, abandono la habitación.

Kate volvió junto a *Lady Mary*, acercó un taburete y se sentó a su lado. Una hoguera mortecina ardía en la chimenea y sus escasas radiaciones apenas si combatían el frío que se sentía en la estancia.

—¿Pero es, verdaderamente, la situación tan desesperada, *Milady*? —preguntó.

—Lo es —contestó *Lady Mary*, y lanzó un suspiro—. Pero lo que más me preocupa, Kate, es qué dirán *ellos*.

—Yo también he pensado en ello.

Cuando algunas veces se hallaban a solas, Kate solía reclinar su cabeza sobre el regazo de *Lady Mary* como si se tratara de una niña; esto es lo que había hecho ahora y sentía cómo la mano de su señora acariciaba su cabello.

Kate asió una mamita de la anciana y la arrimó a su mejilla.

—Los hemos respetado siempre —prosiguió *Lady Mary*—. Les permitimos que vaguen durante toda la noche, aun cuando esto nos mantenga despiertos. ¡Y no hay nada que pueda detener el tañido de aquella campana! Y si nosotros nos preocupamos tanto por *ellos*, uno puede esperar que *ellos* se ocupen un poco de nosotros, ¿no es verdad?

—Si lo supieran —agregó Kate—. Pero ¿cómo van a ayudarnos si lo desconocen? *Ellos* serán más impotentes todavía que nosotros, ¡pobrecitos! Algunas veces me imagino que todo se reduce a ondas.

—¿Ondas? —repitió confusa *Lady Mary*.

—Sí, lo mismo que en la radio, *Milady*. No son necesarios los alambres, ni se ve nada, pero las voces nos llegan. Lo que ocurre es que nosotros carecemos en nuestro espíritu de una especie de botón que nos permita sintonizar. A lo mejor *ellos* tratan por todos los medios posibles de comunicar

con nosotros y no aciertan con el procedimiento.

Lady Mary se hallaba absorta y no parecía prestar atención.

—Si siquiera *ellos* pudieran ayudarnos a encontrar algún tesoro oculto —musitó en voz apenas perceptible. Por supuesto que Richard dice que esto es una tontería, pero se supone que todos los castillos encierran tesoros ocultos, y si esto es así quizás algún día se pueda descubrir alguno.

—Puede que si yo me levantara cuando suena la campana, el rey Juan estuviera dispuesto a revelarnos el escondite.

Kate, que se había expresado medio en broma, no recibió contestación de *Lady Mary* hasta transcurrido algún tiempo.

Cuando así lo hizo, su voz era grave y formal.

—Kate, ¿no crees tú que estaremos locas?

—Claro que no —contestó la muchacha dando un beso a la mano que mantenía entre las suyas—. ¿Ha realizado usted alguna vez algo insensato, *Milady*?

—¡Nunca! —declamó *Lady Mary* con vehemencia—. ¡Nunca, nunca! Uno de *ellos* siempre me aconseja.

—Entonces eso quiere decir que *ellos* algunas veces se comunican con nosotros y debemos hacer cuanto esté en nuestras manos para recabar la ayuda de *ellos* —añadió Kate. Se alzó del asiento para atizar el fuego y echar un leño a la hoguera. Cuando reanudó la conversación su voz había adoptado un aire indiferente—. No deja de ser curioso que aquel americano viniera a proponer una idea tan estúpida. En realidad es bastante inteligente y de un aspecto presentable. —Y acto seguido estalló en una carcajada—. ¡Qué divertido ha sido lo de la rana!

Lady Mary la miró boquiabierta; estaba a punto de pedir explicaciones por aquella carcajada intempestiva y por lo de la rana, pero la mirada que observó en el rostro de Kate la hizo reflexionar: «¿Qué es lo que sucedía?». Aquella mirada reflejaba algo distinto a la alegría que provoca una anécdota divertida; reflejaba cariño y ternura.

Sir Richard sostenía las riendas de su caballo y distraía la mirada contemplando los campos de su dominio, niebla ligera había oscurecido el sol desde aquel mediodía, pero a medida que la tarde avanzaba se había disipado y el sol había reanimado el paisaje. Era una vista bonita la que se ofrecía ante él; los campos, sembrados de trigo, comenzaban a verdear y la vacada, de raza selecta de Guernesey, se apacentaba en las praderas ondulantes. Más a lo lejos, una agrupación de tejados delataba la villa y unos cuantos árboles diseminados protegían, con su ramaje, diversas granjas familiares.

¡Cuán eterno era aquel paisaje! Bosques, praderas, campos y arroyos le pertenecían por el derecho divino transmitido a los reyes, quienes, antes de morir, habían otorgado un fragmento de su reino a William Sedgeley, antepasado suyo. *Sir* Richard se sentía orgulloso por su parecido físico a William. Ya cuando era pequeño su madre había dicho: «Richard se parece tanto a *Sir* William que deseé se llamase como él». El retrato de William colgaba en el testero del salón de fiestas: un hombre esbelto con la cabeza erguida y montando a caballo. Por las venas de los Sedgeley, corría —aunque oculta, desde luego— sangre real. Un rumor transmitido de generación en generación aludía a los amores entre William y una reina y cuyo fruto había sido secretamente educado entre sus propios hijos: un águila entre pichones. La historia debía ser cierta, de otro modo, ¿cómo explicarse que una residencia real hubiera ido a manos de los Sedgeley?

Y por encima de todo esto, ¿con quién, de otro modo, emparejar sus tendencias y rasgos de carácter? Había presentido desde muy atrás que él no era una persona común y que descollaba aún entre sus compañeros, los Pares. «Orgulloso», le habían llamado y hasta «arrogante»: «Este joven altanero», habían dicho de él en Oxford, y la frase hizo mella en él estudiante hasta que se la contó a su padre.

—Y con razón. —Había dicho su padre lleno de satisfacción—. Tienes todos los derechos para ir con la cabeza erguida. Tú eres un Sedgeley del castillo de Starborough y ellos, en comparación tuya, no son sino unos advenedizos.

Y, sin embargo, a pesar de este orgullo, él no era libre. Poseía aparceros y ellos ¡le poseían a él! Se asemejaban a los arrendatarios del resto del mundo que invocaban su dependencia en lugar de proclamar su independencia. ¡Debilidades del poder! Eran lo mismo que los niños que pedían sin considerar que tenían que dar. Los reyes se convertían en sus esclavos, de idéntica manera que los gobernadores degeneran en esclavos de los gobernados. La gente eran los tiranos, los descontentos, los ambiciosos, los insatisfechos, la gente estúpida. Si hubiera sido él un hombre corriente que se ganara la vida, aunque sólo fuera como Webster, ¿se hallaría en estos momentos oprimido y su conciencia atormentándole el pecho cual un carbón encendido, porque sentía por sus arrendatarios la inquietud que un rey por sus súbditos? Lanzó un rugido sordo. Un peso insoportable le oprimía por el hecho de haber nacido en un castillo, hijo de su padre y ¡heredero de todas las responsabilidades de un reino! Claro que sí: el suyo era una especie de reino ¡mayor que el principado de Mónaco!

Mientras rumiaba estas cosas, como frecuentemente hacía, *Sir* Richard se sobresaltó al oír un griterío. Al final del camino, que hacía muchas revueltas, un poco más allá vio un grupo arracimado

de campesinos que le estaba esperando. Allí estaban ellos dispuestos a pedir algo, pensó *Sir* Richard sombríamente, sin la capacidad de juicio necesaria para comprender que el mundo, tal como lo conocían ellos, y como antes que ellos lo tenían que haber visto sus padres, se estaba acercando a su fin.

Puso el caballo al trote en dirección al grupo y les dijo con brusquedad y sin rodeos:

—¿Y bien, hombres? ¿Qué es lo que pedís ahora?

Un sujeto ordinario, con una pelambreira revuelta y de piel curtida, en quien reconoció a Banks, el perturbador, se adelantó y dijo:

—Por favor, *Sir* Richard, hemos oído que se va a vender el castillo.

Sir Richard bajó la mirada desde la altura de su potente caballo e inquirió glacialmente:

—¿Y bien?

—¿Qué va a ser de nosotros, señor? —preguntó Banks mirándole con resolución.

Esta pregunta desató las lenguas de los demás.

—Sí, *Sir* Richard, eso mismo es lo que queremos nosotros saber. Se trata de nuestro pan, ya lo sabe usted señor. Tenemos hijos por quienes velar...

¡Hijos! ¡No sabían hacer otra cosa más que tener hijos para que él los tuviera que alimentar! Y la injusticia más grande de todo era que estos ingleses engendraran hijos, mientras que él carecía de niños —nunca los había tenido en realidad, ya que, ¿cómo un hombre de su posición podía reconocer un momento de extravío cuando no era más que un muchacho?, dieciséis años con exactitud—. Cortó este recuerdo, no sin que a su memoria acudiera un rostro agraciado, una cara de niña del pueblo. Volvió a desterrar este pensamiento al instante, enojado consigo mismo porque su memoria fuera tan obstinada y terca. Su esposa era su amor, su único amor y sin embargo, cuando los dos discutían, como lo habían hecho la mañana anterior, a causa de la esterilidad, él había vuelto a recordar aquel rostro, el rostro de Elsie. No, Richard jamás podría revelar su secreto; jamás podría redargüir a su esposa y decirle: «Estoy seguro de que podría haberte dado un hijo».

Ni la misma Elsie hizo jamás alusión alguna a su descendencia, ni siquiera a él mismo, ni Wells en todos aquellos años se lo había insinuado, aunque tenía qué saberlo. Wells era, por aquel entonces, un hombre joven —veinte años más viejo que Richard— y un día de tantos comunicó simplemente a sus señores que se había casado con Elsie el día anterior.

«Y a petición mía y en justa recompensa es cómo mi padre, con severidad y sin explicación alguna, mandó a su hijo Richard a Oxford».

—Tenéis demasiados hijos —contestó a Banks.

El grupo prorrumpió en exclamaciones de cólera. *Sir* Richard alzó su mano para imponer silencio y los hombres retrocedieron.

—No hemos decidido nada —dijo lacónicamente.

Los miró a todos durante breves instantes y los reconoció uno a uno: James Dunn, con quien solía cazar hurones cuando eran niños; el viejo Bumsley, a quien había que vigilar por sus aficiones a la caza furtiva; Lester, Hunt y Frame, tres de sus mejores aparceros. El tono de su voz se humanizó al proseguir la conversación.

—Tenemos qué reflexionar mucho; os tenemos presentes a vosotros ya vuestras familias. *Lady Mary* se halla tan relacionada con este lugar como podáis estarlo vosotros; conocemos vuestra situación y tened la seguridad de que velaremos por vuestro bienestar; somos conscientes de vuestras inquietudes y problemas. Banks, estamos enterados de que tu tejado necesita un nuevo techo de paja...

Se levantó un nuevo clamor.

—No es sólo Banks quien lo necesita, *Sir Richard*.

—Desde los tiempos de mi abuelo no se ha cambiado la paja de nuestro tejado.

—¿Techo de paja? ¿Quién habla en éstos tiempos de techos de paja? Un buen tejado de pizarra para cada vivienda, es lo que yo digo...

—Y fosas sépticas...

El caballo, asustado por aquel griterío, Caracoleaba hacia los lados y terminó por encabritarse. *Sir Richard* tiró de las riendas vigorosamente.

—Conocemos todos vuestros problemas; tenemos grandes proyectos para el futuro y los conoceréis a su debido tiempo.

Los aparceros retrocedieron, como siempre lo hacían cuando *Sir Richard* exhibía su temperamento de abolengo real.

—Gracias, *Sir Richard*, conocemos las dificultades en que se encuentra, señor. Los tiempos son malos para todos. Pero con nuestras familias y todo lo demás, las mujeres se quejan por las goteras cuando llueve, las camas de los niños hay que moverlas de sitio y la humedad se extiende por todas las paredes.

Y el coro plañidero comenzó de nuevo con la exposición de sus necesidades y calamidades.

—Las conozco —repetía él enojado.

Banks extendió su mano derecha.

—¡Nada de sentimientos sin entrañas!

Y *Sir Richard* alargó la mano izquierda. Sobre el dedo índice llevaba el gran anillo de su casa. No lo ostentaba siempre, pero algunas veces como hoy, que recorría sus tierras, se lo colocaba. La vista de aquella joya sobre su bien trazada mano era un motivo de confianza y una evocación de su grandeza. Ningún apuro o situación, difícil podrían alterar el hecho de que él era *Sir Richard*

Sedgeley, del castillo de Starborough.

Banks retuvo aquella mano unos instantes.

—¡Bonita sortija, *Sir Richard*!

—Fue entregada a mi antepasado, William Sedgeley, por el rey hace quinientos años, cuando el castillo de Starborough vino a nuestras manos. Tanto el castillo como el anillo han pertenecido por derecho propio a los Sedgeley desde aquel entonces.

Hubo un momento de silencio; sabía él lo que estaban pensando: «¿a quién iría a parar el castillo y la sortija, puesto que no había herederos?». Banks inclinó la cabeza, como en ademán de besar el anillo, y soltó la mano de *Sir Richard*. ¿Estarían ellos en el secreto? Apostaría a que sí; con su malicia cazarra estarían al cabo de todo. Parte de la influencia que ejercían sobre sus amos consistía en averiguar sus secretos, sus debilidades, los pecados de sus años jóvenes y las locuras privadas, para esgrimir las más adelante, cuando la ocasión se deparara.

Puso el caballo a galope y se separó de sus vasallos, que se quedaron viéndole dejarse. Cuando estuvo fuera del alcance de su vista, se quitó el anillo del dedo y lo colocó en un bolsillo de la chaqueta. Dio un tirón de riendas al caballo, que adoptó un trote más cómodo, mientras *Sir Richard* sentía que sus labios temblaban ligeramente. ¿Dónde encontraría fuerzas que le sustentaran y consejo para orientarse? Se hallaba solo y aislado, como todo gobernante debe de encontrarse —debe, no, tiene— porque, ¿cómo podía él rebajarse a pedir la ayuda que necesitaba? En esta materia no reconocía a alguien que fuera su igual ni mucho menos superior... ningún ser viviente. Sólo sus antepasados podrían infundirle valor y hacia ellos se dirigió.

Eligió el camino que conducía a la villa de Starborough y a la iglesia que había sido construida en el pasado para satisfacer la piedad de los soberanos y de la corte. Yacían en el mismo las cenizas de todos los Sedgeley, desde la fecha en que habían recibido autorización para celebrar en aquel templo sus enterramientos. Conocía de antemano el emplazamiento de su propio sepulcro en aquel rincón de la iglesia, alumbrado por un rayo de sol que se filtraba por uno de los vidrios del rosetón central.

Se apeó de la montura, sujetó el caballo al poste y entró en el templo sombrío y silencioso; estaba vacío y caminó a lo largo de la nave, pero pronto se cercioró de que no se hallaba solo; el anciano vicario se hallaba ante el altar, ocupado con uno de los altos candelabros de plata.

Dio la vuelta asustado y extendió su mano.

—*Sir Richard*, su presencia aquí es inesperada, pero agradable; en este momento estoy tratando de reparar uno de los brazos de estos candelabros que un monaguillo tiró al suelo ayer, durante la función de la noche; si pudiera arreglarlo... porque son tan caros...

—Déjeme que le ayude —dijo *Sir Richard*.

—No se moleste —replicó el vicario—. Aunque creo que podría hacerlo si usted sostuviera el candelabro mientras yo...

Sir Richard sujetó con ambas manos el pesado candelabro, mientras él párroco encendía un cabo de vela con el que derretir suficiente cera para cubrir la grieta del mismo. *Sir* Richard contemplaba el rostro venerable de aquel anciano y recordaba los días en que siendo niño, había hecho el joven vicario su presentación en la parroquia de Starborough.

—Ya que está usted aquí he de decirle que el motivo de mi visita era el de reflexionar y meditar junto a las tumbas de mis antepasados para buscar una solución: Me encuentro en un gran apuro.

El vicario no desvió su mirada.

—¿Es cierto? Lo siento infinito, *Sir* Richard. De todos modos, yo no le asocio a usted con disgustos y problemas; siempre ha sido usted una buena persona.

—No me refiero a esa clase de problemas —añadió *Sir* Richard—. No es nada que yo haya hecho.

¿Conque no era nada lo que había hecho? Sí, claro no valía la pena recordar aquel breve episodio de un voluptuoso día de verano, en que se encontró a Elsie en el bosque, recogiendo fresas silvestres, aquel momento precipitado de excitación placentera, una culpa que había cometido él mismo...

—Tu semilla es valiosa, no la desperdicies —le había dicho su padre con acento torvo—. Tú no eres sólo hijo y heredero mío, sino descendiente de una noble estirpe.

Si su padre no se hubiera encontrado impedido por múltiples heridas de guerra, si hubiera tenido más hijos, ¡cuán distintamente le hubiera hablado! Pero no había más vástagos en la familia y su vida era preciosa como la de un príncipe heredero, como la de un ser que proyectara la inmortalidad de sus antepasados.

—Cualquiera que sea su problema —le decía él vicario— me alegraría contribuir a... Ya está, creo que ahora aguantará; déjelo en el suelo con cuidado y vamos a esperar a que se endurezca la cera. Sentémonos, *Sir* Richard, en los asientos del coro y cuénteme...

Pero *Sir* Richard se había dirigido a la capilla en que se hallaban las tumbas de los Sedgeley. Se hallaba mirando el perfil pétreo de la efigie de William, representada con su armadura de hierro. Las manos de granito se hallaban plegadas en actitud de orar, aunque había sido más amante de peleas que de plegarias y, si se ha de hacer caso a los documentos de los archivos, estaba más que probado que había tenido amores con una reina.

—Soy responsable de la suerte del castillo —desgranó *Sir* Richard solemnemente sin dejar de mirar a aquel rostro pétreo, arrogante hasta en la misma muerte—. Soy el responsable —continuó con resolución— del castillo y de los terrenos que le circundan y de la gente que habita en los mismos; ellos confían en mí del mismo modo que sus padres y abuelos confiaban en mis antepasados. Pero me es imposible soportar por más tiempo el peso de este feudo.

El vicario, que le había seguido y que permanecía con sus manos ocultas bajo la túnica, manifestó:

—He oído algo de todo eso, señor, pero confío que no serán más que habladurías.

—Ojalá lo fueran, pero, desgraciadamente, no es así; tendré que vender el castillo para poder

salvar las tierras; no veo otra alternativa. Un americano proyecta comprarlo, pero...

Se detuvo un instante y el vicario, pesimista, movió su cabeza.

—¡Oh, cielos!, ¿un americano? ¿Es que no puede el Gobierno?

—El Gobierno me ha propuesto convertirlo en prisión o en una central atómica, ¡igualmente imposible! El castillo es un tesoro que me ha sido confiado, pero yo puedo mantenerlo. Si tuviera un heredero... pero no lo tengo. Soy un fracasado y me siento responsable del reino que he heredado, si se me permite hablar así. Mi gente depositó su fe en mí, pero yo no he sido capaz de... Se trata, de una historia extraña hasta cierto punto, tan extraña como uno cualquiera de los capítulos de la crónica del castillo en sus tiempos pretéritos.

—Cuéntemela, *Sir Richard*. Tal vez se sentirá usted aliviado.

—Hubo un rey, Carlos V, que buscó refugio en mi castillo. Había perdido Londres, perdió Sussex y corría el riesgo de perder el trono —comenzó *Sir Richard*. Se trataba de una historia conocida por los dos, pero digna ser recordada—. Su pueblo se revolvió contra él porque le defraudó; el pueblo no perdona a los reyes. También yo perdí Londres, ya lo sabe usted, ¡y por mi culpa! Mi esposa a menudo me lo decía: «Tendrías que haberte mantenido en tu puesto de Londres», esto es lo que frecuentemente me repetía... y ahora me parece que he perdido Sussex también y hasta a mi propia gente... —*Sir Richard* permanecía impertérrito junto a la estatua yacente de piedra, sin apartar su vista de ella y prosiguió—: No se ha demostrado hasta la fecha cómo murió *Sir William*; algunos dicen que se envenenó al descubrirse que... —Y extendiendo su mano la colocó sobre las de la escultura—: Húmedas —susurró—, siempre están húmedas; lo recuerdo desde que era niño, frías y húmedas.

—En la iglesia no entra el sol —observó el vicario.

Sir Richard parecía no prestar oídos y hablaba para sí mismo:

—Fue traicionado por alguno de sus servidores, delatado al rey por alguien que conocía la historia, creo su primer ministro, persona en la que él confiaba. Este primer ministro sabía todo lo del niño, un hijo secreto, por supuesto.

—¿Está usted bien, *Sir Richard*? —se interesó mirando el vicario a *Sir Richard* y poniéndole una manó sobre su brazo.

Sir Richard sacudió la mano impaciente.

—Claro que sí... ¿por qué no habría de estarlo?... Todo esto es cierto. Su mujer nunca tuvo un niño, y sé lo reprochaba; insistía ella que si no tenían hijos la culpa no era suya. Pero él estaba seguro de que podía tener un hijo...

—Temo no comprenderle bien, *Sir Richard* —dijo el vicario desconcertado—. ¿Cómo podía saber el rey que podría tener un niño? ¿Quién es el tal niño?

Sir Richard se dirigió al vicario. Sus ojos se habían reducido de tamaño y la voz era apenas un

ligero bisbiseo.

—¡Porque la reina le había dado un niño! Y ésa era la prueba, ¿no es verdad?

Prorrumpió en una risotada extemporánea para volver a calmarse repentinamente. De un modo brusco se distanció de la tumba y dirigióse al altar. Permaneció ante el mismo mirando fijo al rosetón y con la espalda vuelta al vicario.

—Dígame una cosa... ¿hay algún lugar mejor que el castillo para los espíritus?

—Creo que no he entendido bien —replicó con dulzura el vicario—. ¿Quiere aclararme lo que acaba de decir?

—Bien, mire usted, ¿qué diría usted si *ellos* vivieran realmente en el castillo?

—¿*Ellos*?

—Mi esposa jura que los oye. Y si *ellos* habitan allí, ¿qué es lo que les ocurrirá si derrumban el castillo?; ¿no se producirá alguna represalia, o algo por el estilo, quizás un desastre, del que se me achacará la responsabilidad?

El vicario permanecía atónito.

—Realmente, *Sir* Richard, haría usted muy bien en tomar una taza de té y en descansar un rato. Le ruego que venga conmigo a la vicaría y...

Sir Richard no le prestaba atención:

—Dígame, ¿qué es lo que haría usted, por ejemplo, si esta iglesia se derrumbara, por un error suyo, no intencionado, por supuesto?

—Rezaría para merecer el perdón —contestó el vicario con toda sencillez—; y, acto seguido, desempeñaría mis funciones al aire libre.

Sir Richard no continuó. Se separó del vicario que atónito, le siguió con la mirada; abandonó el templo, montó sobre el impaciente corcel y se alejó al galope.

Súbitamente, en el interior de su cerebro, despertaron las dolorosas palpitaciones que tan pronto repercutían en la parte alta de la cabeza como detrás de los glóbulos oculares. Haría un alto en la hospedería del pueblo y tomaría una cerveza.

Al acercarse al albergue, las sombras de la tarde envolvían los muros de aquél. La puerta se hallaba abierta y cuando desmontó, oyó voces recias, interrumpidas por fuertes risotadas despectivas. «Alguien que estará riñendo» y *Sir Richard* oyó cómo pronunciaban su nombre. Se detuvo junto al poste en que había atado al caballo y escuchó: «Era el mesonero, sí; aquélla era la voz áspera de George Bowen».

—¡No me importa lo que diga *Sir Richard*! Lo que yo digo es que os marchéis al infierno. ¡Llevároslo o dejadlo en su sitio! ¡Marchaos a vuestras casas, americanos! Os hemos aguantado demasiado a vosotros y a vuestros semejantes. ¡Hartos de vosotros es lo que estamos, eso mismo! ¡Es una vergüenza y un pecado tener que escuchar semejante conversación! ¡Quererse llevar el castillo lejos de nosotros! ¡Jamás la reina lo consentirá, confió en ella!

La voz amistosa de un americano replicaba en tono conciliador.

—¡No se sulfure usted, hombre! Nosotros no tenemos que ver nada con todo eso. Ha contratado nuestros servicios y eso es todo. De todos modos, el trato ha ido al agua; su querido *Sir Richard* nos ha echado a la calle.

—¡Gracias sean dadas a Dios por el gesto de *Sir Richard*, digo yo! —exclamó George, dirigiéndose a los americanos—. ¡Él no nos abandonará! No vendrían aquí los turistas, y los niños ingleses no tendrían donde aprender su propia historia, si no fuese por él y su castillo. Vendrán a centenares... las gentes desde Londres...

—Así es, y usted no podría tener abierto su albergue si no acudieran —le interrumpió el americano.

Sir Richard no pudo contenerse más tiempo; extrajo la sortija del bolsillo, se la puso en el dedo y entró en el albergue.

El dueño de la hospedería dio un grito de alegría:

—¡Aquí está él mismo en persona! ¿Qué quiere tomar usted, *Sir Richard*?

—Un vaso de cerveza, gracias —dijo con displicencia.

Sus ojos, se fijaron con detención en los rostros de todos los presentes; algunos de los mismos eran sus aparceros y se sintieron cohibidos al enfrentarse con su mirada. ¡No así los americanos! Soportaban su presencia en aquel lugar mientras permaneció en el bar.

—¡Necios y fanfarrones! —murmuró George por lo bajo—. Si no fuera porque son buenos bebedores, los hubiera echado a todos a la calle. Hubiera hecho eso, *Sir Richard*, porque estoy cansado de tanto oír que si compran el castillo y que si se lo llevan a su país. Invasores, es como los llamo yo...

El tabernero era muy gordo, y el espacio que había tras el mostrador se hacía cada vez más angosto para aquella humanidad adiposa. Se estiró para alcanzar una botella que había en un anaquel especial y profirió un hondo suspiro:

—O soy yo o es el mostrador... no lo sé seguro, pero no me queda otro remedio que cambiar el

mostrador o encogerme de tripa.

—Eh, George —vociferó uno de aquellos americanos—, ¿qué es lo que has sacado de aquel escondite?

George dio la vuelta con dificultad, manteniendo toda su dignidad. Abrió la botella, vertió su contenido en un vaso grande y lo colocó delante de *Sir* Richard, antes de contestar.

—Agradecería al americano si no prodigara mi nombre con tanta familiaridad; sírvase recordar que estamos en Inglaterra y que el señor que se halla aquí presente es *Sir* Richard Sedgeley, dueño de la villa y del terreno en que ésta radica. Hablando en unos términos especiales, él es nuestro amo; nosotros confiamos a él la defensa de nuestros intereses, extremo que siempre ha llevado a cabo al igual que sus antepasados. Mi familia se halla bajo la tutela de los Sedgeley desde hace muchos siglos y confío que todavía seguirá siendo así durante otros muchos más, según se lo digo a mi hijo George... Le estamos muy agradecidos, *Sir* Richard.

Sir Richard inclinó la cabeza, pero no habló; alzó el vaso con su mano izquierda y el gran anillo se hizo patente.

—Al diablo contigo, George —exclamó un americano en tono de buen humor—. Yo estuve aquí durante la guerra y entonces no peleamos, ni lo haremos ahora; hasta me atrevo a decir que una vez salí con una chica inglesa, una virtuosa del amor, por supuesto. No me agradaba su dentadura —e hizo una pausa y se dirigió a sus compañeros—, ¿pero creéis que hizo algo con sus dientes? «Sácatelos le dije, que yo te abonaré un nuevo aparato». ¿Creéis que lo hizo? ¡Pues no!, y apostararía que todavía sigue igual. Testarudos ingleses... Estoy contento de volver a casa.

—Dudo de que lo esté más que nosotros —replicó George—. Y os quedaré muy agradecido si lo hacéis pronto, cuanto antes mejor. Quiero limpiar mi casa y no puedo hacerlo hasta tanto no os *hayáis marchado*.

El americano alzó su vaso y vació el contenido.

—Vamos muchachos, aquí no hay nada que hacer. El que va a perder vas a ser tú, George, cuando nos hayamos marchado. Mr. John P. Blayne invertirá su dinero en otra parte... ¡Adiós, Mr. *Sir* Richard Sedgeley! Sentimos no haber podido llegar a un acuerdo.

Sir Richard había permanecido durante todo aquel tiempo saboreando lentamente su cerveza, sin dar muestra alguna de que escuchaba la conversación. Ahora, sin embargo, miró al americano y dijo:

—Yo no he sido quien le ha despachado a usted. Creo que usted trabaja para Mr. Blayne. ¿No nos encontramos ayer en el castillo? Yo no sé que...

—Son muchas las cosas que ustedes desconocen —le interrumpió jovialmente el americano encaminándose hacia la puerta—. ¡Adiós, George! ¡Adiós, Inglaterra!

—Gangsters, eso es lo que sois —manifestó el hostelero cuando se hubieron alejado—. Vaya una gente; pero siéntese usted *Sir* Richard.

—He de regresar al castillo —manifestó, aunque no se movió.

Los aparceros que pululaban por el albergue comenzaron a desfilarse hacia la puerta de la calle; no habían tomado partido alguno en la discusión y cuando desfilaron ante *Sir* Richard pronunciaron palabras entrecortadas.

—... tardes, *Sir* Richard.

—Ya nos marchamos, *Sir*.

—Mi mujer estará enfadada porque no sabe donde estoy.

—La cena estará esperando.

A cada uno de ellos inclinaba la cabeza en señal de reconocimiento. Sí, conocía a éstos también, y los conocía desde su más tierna edad, cuando recorría los campos en compañía de su padre; fue entonces cuando montó por primera vez a caballo, una yegua negra, y le producía enorme satisfacción ver que las gentes se ponían de pie a su paso y sacudían hacia atrás el flequillo de sus cabezas. Los más viejos todavía lo seguían haciendo, lo que le causaba un placer más hondo, ya que su sentido de responsabilidad había aumentado con el pasar de los años... «la responsabilidad de su reino», como a él le gustaba decir.

—¿Le lleno otro vaso, *Sir* Richard? —preguntó George.

—No, muchas gracias, se está haciendo tarde. —Abonó la cerveza y, al llegar a la puerta, se volvió atrás—. ¿Sabes, George? Los americanos tenían razón —le dijo—. Por muchas vueltas que le demos, somos nosotros quienes llevamos las de perder. Si el castillo se cerrara, ¿qué te gustaría a ti más, una prisión o una central atómica?

George se quedó viendo visiones.

—¿Qué está usted diciendo, señor?

Sir Richard trató de sonreír.

—Los turistas mantienen próspero tu negocio, pero un castillo es algo completamente distinto. Sé que necesita algo más que el turismo... y fijate como te portas con los americanos, George, cuando vuelvan. Me temo que el trato, como ellos dicen, no se haya cerrado todavía.

Abandonó el bar y George, con sus ojos redondos más dilatados que nunca; se quedó mirándolo hasta que desapareció. Su esposa, una mujer pequeña y delgada, con una nariz grande y un pelo gris ralo, apareció bajo el dintel de una puerta interior.

—¡La cena ya está lista, George! ¿Qué escándalo era ése? ¡George!, ¿me oyes? ¡Pareces un pasmado, ahí quieto y sin decir nada!

—Es él quien está pasmado, creo yo —dijo George—. *Sir* Richard ha debido perder la cabeza y habla de prisiones y de centrales atómicas.

—Has estado bebiendo todo el día —le reprochó su mujer con amargura—. Deja eso ya y entra

dentro a meter algo que no sea cerveza en ese estómago, que es donde van a parar todos los beneficios, ¡creo yo!

La mujer desapareció y él la siguió, transcurrido un momento de confusión.

Mientras tanto, *Sir* Richard cabalgaba lentamente hacia casa. Había aflojado las riendas al caballo y, a medida que andaba, su vista erraba por los campos y bosques de aquel paisaje ondulado. La luz vespertina, que alargaba las sombras, daba un tono más profundo al oro de los sauces y al verde tierno del trigo recién nacido. Más a lo lejos, la silueta del castillo, de una belleza imponente, se perfilaba en el horizonte de una puesta solar. Era su casa, su herencia y ¿cómo iba a poder abandonarla?

Trato de imaginar aquel mismo paisaje sin castillo y, en su lugar, y sobre aquellos valles amplios y suaves colinas, una granja moderna provista de maquinaria nueva, las tierras labradas y fértiles, los graneros reconstruidos: un sueño de granja.

A sus oídos llegaban ahora las voces de gentes que cantaban; eran sus aparceros, que regresaban a sus hogares por un camino vecino. Le habían visto a él cabalgar hacia el castillo y como se hallaban muy distantes para poder saludarle, entonaban la canción: «Puesto que es una excelente persona...».

Sintió cómo las lágrimas brotaban de sus ojos: le amaban. *Sir* Richard alzó su mano en señal de reconocimiento, mientras ellos proseguían su camino y el eco de las voces resonaba en la quietud de los valles.

Sí, podía figurarse la granja, la nueva y hermosa granja levantada sobre aquella vieja tierra, campos ubérrimos y bosques tupidos extendiéndose hasta el horizonte y toda su gente dichosa y satisfecha. Pero ¿y él...?, ¿qué sería de él? ¿Cómo podría ser feliz, si el castillo había desaparecido? Un rey sin alcázar no es rey.

Oleadas de torturantes punzadas invadieron su cerebro y se apresuró a dar un tirón de riendas a su caballo. Todo cuanto importaba ahora era alcanzar el castillo. El sol se había ocultado tras el horizonte y, a la escasa luz del crepúsculo, aquél destacaba como algo solitario y desamparado.

—Lo siento Mr. Blayne —dijo Kate—. No le hubiera llamado al teléfono, de no haberse tratado de su padre, que pregunta por usted desde Nueva York; al menos, ésa es mi impresión.

Se hallaba él solo, fuera del castillo y contemplaba la puesta del sol y su desaparición lenta detrás de los torreones, cuando la divisó, bajo la puerta central del salón principal, ataviada su linda figura con un vaporoso vestido del color de los narcisos.

—¿De qué humor estaba? —preguntó sonriente.

—Si he de decir la verdad, se parecía al toro de Bashan rugiendo a través del océano.

Blayne soltó una carcajada mientras iba con ella en dirección a la biblioteca.

—Es mi padre. —Y cogió el auricular—. ¡Halo!, ¡halo! —Nadie contestó—. Ha debido colgar, probablemente se habrá enfadado porque no estaba yo aquí esperando la llamada.

—A lo mejor es sólo una tormenta en el mar —y Kate se hizo cargo del teléfono—. Central, ¿quiere usted volverme a poner Nueva York? La persona interesada se halla aquí... Muy bien, le diré que espere. —Colgó y se dirigió a él mientras sus ojos despedían unos reflejos azules—. Dice que volverá a darnos línea tan pronto como pueda, pero tiene instrucciones de que no lo haga, a menos que su condenado hijo se halle en... y dígame ¿es su padre siempre de este modo?

—Siempre lo ha sido y siempre lo será, ¡bendito sea!

—Y cómo es que su madre... —Kate se calló y se mordió los labios. «Atrevida, ¿quién te da derecho a hacer esas preguntas?».

—¿Le aguantaba? —completó Blayne la frase—. Mi madre le adoraba, se reía mucho con él y no se asustaba lo más mínimo. Por esta razón él estaba loco por ella y cuando murió creí que perdería él juicio. Todo cuanto había sido de ella eran objetos sagrados y nadie podía tocar lo que mi madre había usado. Las pinturas, por ejemplo, quería tenerlas cerradas.

—Me agrada oír que dos seres llegan a quererse hasta ese extremo —dijo Kate reflexivamente cuando Blayne dejó de hablar.

La muchacha permanecía en pie y, mientras le observaba, se apoyaba en una consola maciza de caoba. Blayne alcanzó una talla pequeña en marfil, que representaba un elefante y como no hablaba, ella, sin apartar los ojos de sus manos, bien trazadas, finas, poderosas y limpias, prosiguió con su voz de ensueño:

—No es que yo sepa algo de estas cosas, si no es cuanto oí a mis padres. Mi mamá quería mucho a mi padre, de lo contrario no se hubieran casado; él tenía una categoría social inferior a la de ella —Kate vaciló y dijo a continuación—: Mi mamá era una señorita, aunque no sé por qué le digo a usted todas estas cosas.

—¿Y por qué no? —repuso Blayne dirigiéndole una rápida mirada—. Yo ignoraba que usted era... lo que me ha hecho creer.

—Sí, pero lo soy —insistió—. Mi padre era hijo del dispensero de este castillo, ¿se acuerda usted?

—¿De Wells? —exclamó con voz incrédula.

Kate asintió con la cabeza.

—Él es mi abuelo.

Intercambiaron una larga mirada, y John Blayne se distanció de ella.

—¿Y eso qué importa? —Observó impaciente.

—Yo creo que aquí en el castillo sí importa —replicó con dulzura—, aunque a mí, no.

John Blayne comenzó a dar pasos en aquella estancia, completamente consciente, por vez primera, de querer averiguar la causa de su permanencia en aquel castillo; hubiera deseado que no le hubiera dicho cosa alguna sobre sus padres, pero al mismo tiempo experimentaba el deseo de saber más cosas.

—¿Cómo eran ellos, en realidad?

—Por lo que se me ha dicho —prosiguió ella con calma—, mi padre era alto, guapo y muy orgulloso; he podido ver muchas fotografías suyas, primero de niño, y luego cuando era ya mayor, con su uniforme de las Fuerzas Aéreas. Nunca quiso ser criado y, por lo mismo, escapó a Londres cuando cumplió veinte años. Deseaba ser artista y hasta llegó a presentar una exposición de cuadros en Londres; la mayoría de los temas se referían al castillo.

—¿Los vio usted alguna vez?

—No, desaparecieron en los bombardeos. Después contrajo matrimonio y... —Su voz se interrumpió repentinamente.

—¿Y?

—Eso es todo cuanto sé de la historia, excepto mi persona.

—¿Cómo era su madre?

—Se llamaba Diana Knowles. Mi abuelo siempre decía que era una dama, pero yo nunca vi una foto suya y dejé de hacer preguntas porque mi abuelo no las hubiera contestado. Me parece que era menuda, de aspecto esbelto, morena y de aire abstraído.

—¿Por qué?

—Quizá por una cosa, ya que mi abuelo me confesó que pertenecía a una familia estirada que desaprobaba las relaciones con Colin Wells.

Mientras hablaba, dirigía su vista a un punto indefinido, pero ahora, que había dicho todo, su mirada buscaba la de Blayne; éste sonrió y atravesó la estancia para contemplar el paisaje desde una ventana. Kate le siguió con ojos pensativos.

Al observarlo, sacó la conclusión de que era un muchacho con personalidad y atractivo. «Cuando se es mujer, y muy especialmente en mi caso, ocupando una posición extraña en aquel castillo, unas veces considerada cual si fuera una hija y otras como una camarera o la nieta del despensero, había que extremar las precauciones».

«Muy bien —pensó con serenidad—, ahora ya le había contado toda la verdad; es él quien había preguntado: ahora que ya la conocía podía pensar cuanto gustara». Mientras se hacía estas reflexiones amargas, Kate no dejaba de pensar y admirar a aquel extranjero; su silueta se recortaba en aquel momento contra el fondo del castillo: un tipo alto y fornido, que no perdía nada de su elegancia a pesar de vestir unos pantalones grises de material corriente y una camisa con el cuello desabrochado.

—Usted se parece a un inglés —le dijo con dulzura—. Tal y como le veo a usted enmarcado en este paisaje, da la impresión de que el castillo pudiera pertenecerle.

—Yo he permanecido gran parte de mi vida en Inglaterra —dijo—. Mi madre y yo solíamos pasar los veranos aquí, donde teníamos una casa en Costwoods, que mi padre vendió al morir ella: no podía soportar la presencia de aquel hogar vacío. Al parecer, se habían conocido en este lugar y la familia de mi madre era de origen inglés, de la misma región.

—Eso lo explica todo.

—Yo no lo creo así, yo me considero americano, tanto por elección como por mentalidad.

—¿Pero por qué insiste usted tanto en eso? —preguntó Kate—. ¿Es acaso una desgracia ser inglés?

—Claro que no, pero a mí me agradan los métodos americanos, la rapidez, la simplicidad y hasta el desinterés, si se quiere, una especie de desinterés infantil e inocente. Mi padre —y rompió a reír con una especie de oculta simpatía— conoce lo que necesita, y procura que todo el mundo lo sepa.

—Pues es usted igual a él en eso, ¿lo sabía? —añadió Kate apasionada.

—¿Yo? ¿Lo mismo que mi padre? Vamos, vamos...

—Sí, es usted idéntico; es usted mejor hablado y todo eso, pero cuando quiere algo, lo dice y no me aventuraría yo a negárselo.

Blayne dio la vuelta al oír esto y ambos se enfrentaron, si bien sus ojos miraban de soslayo. Qué cosa más bonita era aquella niña, con los tirabuzones de su pelo negro rizado que desbordaban aquella carita, las simas profundas de sus ojos azules, ¡una auténtica belleza inglesa surgida de Dios sabe qué contradictorios orígenes! Aunque, si bien se consideraba, todo cuanto en aquel castillo crecía era bello, pero no obstante esta virtud, era imposible que tal alcázar regio hubiera podido modelar la delicadeza de aquellos labios, lo recortado de su nariz clásica y el arco bien, trazado de sus cejas.

Sintió un latido alarmante en su corazón, la sangre adquirió una temperatura febril y Blayne se sobresaltó. ¡Cómo si no tuviera bastantes complicaciones para ir ahora a embrollarse con un cariño

romántico, aunque sólo fuera pasajero! Había descubierto hacía mucho tiempo que las mujeres buscaban su querencia, y después de una o dos comprobaciones en la universidad, puso en práctica un sistema jocoso y discreto de propia defensa. Pero ¡ay!, que la dificultad en este caso no estribaba en precaverse de ella: él no había percibido signo alguno de acercamiento por parte de ella; al contrario, había puesto un interés marcado en precisar que ella no era otra cosa que una camarera del castillo, lo que provocó en él un desdén inevitable. Sin embargo no dejó de advertir con cierto amargo placer que, por encima de lo que hubieran sido los padres de Kate, él permanecía impassible. ¡Como si tales timbres se cotizaran en su propio país!

No, lo que él debía tener presente era su Louise; y lo que debía aclarar era si respecto a ella tenía alguna obligación que comprometiera su honor. Su padre y el de Louise, si bien eran enemigos mercantiles, se profesaban una amistad entrañable desde toda la vida. Se tenía por descontado que el hijo de uno y la hija del otro, que habían jugado juntos desde niños, llegarían a casarse algún día. «Una identificación de intereses», lo había denominado el viejo Blayne.

Al reflexionar sobre Louise, John advirtió que, aunque había besado a menudo a su amiga, nunca lo había hecho espontáneamente, o, por haber perdido la serenidad o el control propio; como ahora, condenación, estaría dispuesto a hacer con Kate.

Se volvió hacia ella.

—¿No sería su madre una princesa, por casualidad? —Inquirió en un gesto desesperado de buen humor. La muchacha se sentó en una otomana, que había enfrente la chimenea.

—Quizá... no hay que descartar la posibilidad, nunca se saben con certeza las historias de las princesas... —Comenzó a explicar y, de repente, interrumpió aquella manifestación de humorismo—. Habíamos comenzado a hablar de usted —le hizo presente— y no de mí; le decía que usted se parece a su padre.

—Y yo le digo a usted que no. Aunque... —Y al mencionar en este instante a su formidable padre, se olvidó de ella y, con las manos hundidas en los bolsillos y el ceño fruncido, trató de recordar—. Yo deseaba ser lo mismo que él cuando empecé a ser mayor; intenté interesarme por sus negocios y dificultades, por todo, hasta el mismo fútbol. Mi padre tiene siempre que ganar y salir adelante con sus proyectos. Pues bien, si trataba de ser como él, no tenía otra alternativa que hacerle frente o dejarme gobernar como un esclavo. Yo tenía que transformarme un ser testarudo y amigo de litigios...

Cesó de hablar y la miró a la cara, cual si nunca la hubiera visto.

—Es usted muy inteligente —observó— porque tiene usted razón. Si se admiten ciertas salvedades es cierto que me parezco a mi padre. ¿Le desagrada esto?

Kate miró hacia arriba, hacia aquel hombre inmensamente alto que la dominaba, y se sobresaltó al descubrir que ansiaba ahora mismo... ¿qué?, su contacto, que sus manos alcanzaran las de ella; y qué atrajeran su cuerpo a... a...

—Oh, no —exclamó con prontitud—. ¿Desagradar?, por puesto que no. Jamás se me ocurrió tal idea.

¿Y qué pasaría si él adivinara lo que ella estaba pensando? ¿Cómo podría ocultar la vergüenza, si él conociera que no estaba dispuesta a moverse de allí sin que sus manos hubieran tocado las de él?

—No guarda relación alguna —dijo él—, pero nunca he visto unos ojos como los suyos; tienen la hondura y el color de la profundidad del mar.

Kate permaneció callada, inmóvil, semihipnotizada, hasta que el timbre brusco del teléfono la despertó.

—Ah —suspiró sobresaltada—. Debe ser su padre.

Se escabulló de su lado, sintiendo un alivio enorme al haber conjurado el peligro: «pero ¡cómo he podido —pensaba—, como he podido, si sólo le conozco desde anteayer!».

—Sí —dijo en voz alta—, sí, aquí está. De veras, Mr. Blayne... ¿Louise? No, yo no soy Louise... Sí, sí, ha estado aquí todo este tiempo a la espera...

Pasó el teléfono a Blayne y se dirigió en puntillas hacia puerta enteramente desanimada. ¿Louise? ¿Quién era Louise?, ¿tendría él alguna hermana? O... y se detuvo sobresaltada al oír un rugido que salía del teléfono.

—¡Johnny! ¿Dónde demonios estás? ¡Trato de localizarte desde hace seis horas!

Aquella voz poderosa rugía a través del océano Atlántico y perturbaba la paz de Inglaterra. John, parpadeando, tenía el auricular lo más alejado posible del pabellón de su oído.

—Sí, papá, sí. También yo he estado esperando horas enteras.

Tropezó con la vista de Kate, que se hallaba junto a la puerta, y le hizo señas de que volviera a su sitio. La muchacha obediente, permaneció en pie.

—¿Quién era la, chica que ha contestado? —preguntó la voz áspera.

—Se trata de una persona de aquí, del castillo —replicó con mansedumbre—. Nadie a quien tú conozcas...

—Bien, pero no olvides a Louise. Holt me ha dicho que el viejo del castillo no permite que lo traigan aquí y que el trato se ha anulado. ¡Ya has tenido un descalabro a las primeras de cambio! Presenta mis respetos a *Sir* Richard y dile que le felicito por su sentido común.

John Blayne hizo crujir sus mandíbulas y sus ojos se convirtieron en un puro acero.

—El contrato no está cancelado todavía; Holt no tiene derecho a hablar de ese modo. ¡Todavía yo no he desistido; debes figurártelo! Si no consigo este castillo, buscaré otro donde sea.

—¿Y qué hay de Louise? Cuando yo era joven no jugaba al «quiero y no quiero» con las chicas, como haces tú.

—Dile a ella...

—El lunes de la próxima semana es la fecha que hemos fijado para formar el trust. Su padre llegará de Pittsburgo acompañado de sus abogados. Es una oportunidad para las dos firmas y para nuestras familias. ¡Y quiero que estés aquí, eso es todo, que estés aquí!

John Blayne estalló.

—¡Escucha, papá; yo tomo mi trabajo en serio! Tú me hiciste responsable de la fundación. Si no te gusta el modo de administrarla, busca a otra persona pero no obres como si esto no fuera una ocupación seria y me digas que vuelva a casa cuando a ti te parezca... ¡porque no puedes hacerlo! La fundación no es un recurso para evadir el pago de las cargas fiscales, es un homenaje a la memoria de mi madre y de un modo más particular todavía, a las grandes obras de arte que nos legó. Ocúpate tú del trust y yo me dedicaré a la fundación.

Un arrebató de cólera, que cruzó el Atlántico y se encañonó a través del auricular que tenía en las manos, le interrumpió.

—¡Johnny, tengo muchísimo dinero invertido en eso —y la voz hizo un alto para continuar—, en las pinturas de tu madre! Para cuando tú hayas comprado tus castillos y tus tonterías, habré yo construido un edificio moderno y más seguro que Fort Knox...

John cortó el diálogo, colgando el teléfono. Su rostro color escarlata estaba congestionado por la violencia de la conversación.

—Demonio de viejo... ¡Yo puedo permanecer para siempre aquí en Inglaterra, recuérdalo! Prometo que traeré todas las pinturas aquí... y haré si... —Entonces se acordó de Kate—: Lo siento, excúseme.

La muchacha le miraba con admiración.

—Es tan valiente como su padre —le dijo con afecto—. Sería difícil poder precisar quién de los dos tiene la voz más fuerte y peor genio. ¡Ha resultado un soberbio espectáculo!

Blayne soltó una carcajada forzada y torva.

—Haré cuanto he dicho; no cederé. Recorreré Francia, Alemania o cualquier otro lugar, aunque tarde varios años... ¡El lunes, en Nueva York, para encontrarme con Louise y ser testigo del trust!

Kate alisó con cuidado su falda sobre las rodillas.

—¿Quién es Louise? —preguntó con fingida candidez.

Blayne, que recorría la estancia a grandes zancadas, se detuvo enfrente de la chimenea.

—¿Louise? —repitió desconcertado.

—Sí, Louise —insistió Kate con firmeza.

—Louise... bueno... —dijo haciéndose el remolón—. Louise es la hija de un millonario de

Pittsburgo y el mejor amigo de mi padre. Desde hace muchos años proyectan unificar sus compañías y nuestras familias; siempre han deseado que nosotros también nos identifiquemos: ¡Louise, Carbón; el Acero, Yo! —Se encogió de hombros artificialmente y examinó la pintura que había sobre la chimenea, una duquesa de Rommey—: Es una muchacha muy bella y hermosa, ataviada con muy buenos vestidos que entonan con...

Kate comprendía que él se esforzaba en decir algo, y ella, a su vez, se imaginaba a Louise como una de aquellas chicas americanas; finas y esbeltas... pero, por favor, ¿qué clase de dolor repentino le había aparecido bajo el esternón y que tanto le dolía al respirar? «¡Ay, Kate!, eres una tonta».

Decidida, y sacando un registro de voz bajo y extraño le preguntó:

—Ha dicho que podía permanecer en Inglaterra, ¿entonces, por qué no deja el castillo aquí, como nosotros habíamos pensado? El museo podría radicar aquí y nosotros no quedaríamos desamparados.

Blayne se dirigió hacia la ventana, recorriendo la estancia a grandes zancadas, y permaneció de pie bajo su marco, contemplando las onduladas colinas y el valle solitario. Un rayo de sol poniente brilló en la veleta de la iglesia y su reflejo, en forma de cruz, fue a proyectarse contra el cielo ensombrecido.

—Son muchas las razones en contra —dijo impaciente—. ¿Cruzar el mar con millones de dólares en pintura? Todos los ladrones de ambos continentes estarían alerta...; además existen disposiciones que impiden la donación de obras de arte a otros países... Tiene que haber alguna solución, sin embargo, y si yo pudiera...

Giró sobre sus talones y fue a sentarse sobre un arcón que había arrimado a la pared enfrente de ella.

—¡Hermosa pieza, pero no para sentarse!

Kate no pudo reprimir una carcajada al ver su rostro angustiado.

—Es el arcón del rey Juan, en que guardaba sus objetos valiosos: una corona que le entregaron los escoceses y un cetro con gemas incrustadas.

—Está cerrado —confirmó tras intentar levantar la tapa—, ¿se hallan aún dentro?

—¡Lo ignoro! Las llaves se perdieron hace ya tiempo... ¿a qué se refería cuando aludía a una solución?

De nuevo enderezó sus pasos hacia la ventana, sentándose en su antepecho, de espaldas al paisaje.

—Pensaba yo en voz alta...; puede que yo sea un idealita: lo que verdaderamente ansío es que los americanos vean algo hermoso, pero no en un edificio de la Quinta Avenida, que se parezca a una máquina de lavar. Yo quiero que los cuadros se expongan en un ambiente adecuado, un castillo. Pero nosotros no tenemos castillos en Nueva Inglaterra, por lo menos auténticos como lo es éste, que ya de por sí es una obra de arte. Nosotros, los americanos, necesitamos cosas de éstas... nosotros carecemos del sentido de la historia... ¿Me puede usted comprender, Kate?

«Cosas de éstas» sabía Kate que significaban las paredes cubiertas de madera de roble, la gigantesca chimenea de piedra, en la que podían arder ocho troncos, los altos y labrados artesonados de madera, el carácter de nobleza del edificio, la pátina de los siglos...

—Por favor —dijo ella cariñosamente, mientras pensaba lo dulce que era oírse llamar por el nombre de Kate—, no trate de llevar a cabo aquello que no le guste hacer.

—Eso es fácil. Lo difícil es conocer lo que deseo hacer.

Antes que pudiera contestar, sonó el teléfono; tomó el auricular, escuchó y se lo pasó a él.

—Es para usted, del albergue.

Se oyó una algarabía de voces, prevaleciendo al final la de su abogado.

—Sí, Holt —contestó—. Sí, estoy aquí, en el castillo. Todos ustedes deben permanecer en el hotel hasta que yo... Sí, ya he hablado con mi padre. Usted debería haber esperado mis instrucciones antes de haber hecho nada. Sí, ya sé que tengo que tomar una resolución... ¡No me importa que mañana lleguen otras treinta y cinco personas! También ellos pueden esperar... Ya sé que usted desea ayudarme... ha sido muy valiosa su ayuda y la agradezco, pero hubiera sido mejor esperar... No lo sé todavía; ya se lo comunicaré. Tengo que reflexionar... Sí, la espera costará mucho dinero... Muy bien, llámele locura, pero las acciones en un principio disparatadas, pueden conducir al camino de la sabiduría... Existe una solución, pero no está resuelta todavía. No, no sé qué haremos; ¡todavía no! Cuando lo sepa, se lo comunicaré.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Kate.

—¡Condenado y estúpido consejero!

Pero ella no estaba allí; se había desvanecido en aquella luz crepuscular, lo mismo que si hubiera sido un jirón de niebla. Abandonó la estancia a través de la puerta, junto a la que se encontraba ella, y desembocó por un pasadizo en un amplio corredor recubierto de piedra. No había nadie en el pasillo y sus pasos resonaban cual si el castillo estuviera deshabitado. Fijó su vista en los vastos espacios sumidos en la penumbra de la noche que se acercaba. ¿Qué puerta exterior habría utilizado para escaparse y cómo podría haberse alejado tanto? Se puso a escuchar y se imaginó que oía voces demasiado distantes para ser reconocidas, la de un hombre y, en contestación a la misma, otra muy débil y apenas perceptible. Se dirigió al extremo de una sala y abrió una pequeña puerta de madera recubierta con planchas de hierro. Salió a un corto pasadizo en el que también había otra puerta abierta, ésta grande y pesada y de cara a un muro; a ambos lados de la misma una callejuela sombría, con pavimento de guijarros, ceñía parte del edificio y, al final de aquélla, advirtió una escalera de caracol de gruesos tablones de madera que conducía al piso superior de una de las torres. Al pie de esta escalera, alumbrada por un farol de hierro forjado que pendía de una viga, se recortaban las siluetas doblegadas de Wells y Kate, que se apoyaba contra una puerta de roble carcomido.

Se quedó quieto durante un momento, imaginándose las cual fantasmas de una época pretérita.

Esta callejuela empedrada que bordeaba unas naves bajas, supuso que deberían haber sido en otros tiempos las viviendas de los servidores reales y de las doncellas y damas que rodearían a las reinas y cuyas vidas privadas se desenvolverían paralelas a las de sus amos. Wells podía pertenecer a cualquier época del castillo y, en cuanto a Kate, quien hace sólo unos instantes encuadraba perfectamente como encargada de la biblioteca, no era menester hacer grandes esfuerzos imaginativos para identificarla con aquel ambiente feudal.

Blayne sintió frío en aquel instante y cuando, deprimido iba a regresar al salón, se dio cuenta de que Kate había advertido su presencia. La muchacha hizo un gesto con su cabeza a Wells, quien subió escaleras arriba, y con pie firme, sobre aquellos guijarros, humedecidos por relente vespertino, se encaminó hacia Blayne.

—¿Puedo servirle en algo, Mr. Blayne? —inquirió al llegar junto a él.

—No gracias, *Miss Wells* —replicó él.

—Sería entonces mejor que entráramos dentro. Hay humedad en la atmósfera.

Kate iba la primera y él no tenía apenas ánimos para seguirla; cuando llegó a la sala, todavía no había reaccionado y, no sabiendo qué decir, optó por callarse. Kate comenzó a encender las velas altas que había sobre la mesa; el resplandor de las llamas daba a su cara un encanto especial, el atractivo de un rostro juvenil, ingenuo y absorto en su faena... Llegó a contar veinticuatro velas en total y había encendido cuatro.

—¿Quiere usted a Louise? —preguntó ella con voz tan segura como la mano que encendía una de aquellas velas.

—No estoy capacitado para hablar sobre eso, pero lo que sí puedo decir es que estoy comenzando a apreciar la diferencia que existe entre un compromiso matrimonial y un matrimonio por amor.

—Desconozco lo primero y el sentido que encierra «un matrimonio por intereses» tal como dicen se celebran en América.

—Pues es la fórmula que nosotros especificamos con el término «merge» —explicó Blayne con aire ausente, mientras miraba las manos que cuidaban el encendido de las velas—, un «merge» es la unión de dos firmas. Nada tiene que ver con el matrimonio, excepto en casos como el mío, en que ocurre que una de las firmas comerciales tiene un hijo heredero y la otra empresa, una hija única. Mi padre posee la compañía de acero más grande de... —pero qué demonios, esto no hace al caso— y su padre tiene la empresa de carbón más poderosa. Pero creo que ya he hablado de esto, ¿no es verdad? Y el carbón y el acero van juntos de la mano, lo mismo que el amor y la boda, según canta la copla. Ahora ya sabe lo que quiere decir la palabra «merge»: ¿comprendido?

Y Kate encendió la octava vela.

—Sí.

Él se puso en pie y apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Estoy contento, ¿sabe?, sin saber a punto fijo por qué. En este momento creo que todo me es indiferente; ¿le pasa a usted igual?

—Si, por supuesto que sí... —contestó Kate con serenidad, sin distraer su atención de las velas—. Los príncipes en Inglaterra se casan con princesas, sólo que, en lugar de llamar a eso «merge», lo designamos como «matrimonio de conveniencia».

Y mientras así hablaba, encendió la última vela, pero él no la escuchaba, porque se hallaba absorto contemplando la iluminación de tanta bujía y el rostro que aparecía tras ellas.

—Y ahora, si usted me lo permite... —dijo Kate con lentitud deliberada.

Blayne lanzó un suspiro, irguió su figura y durante unos segundos permaneció semidesconcertado. ¿Cómo podría él impedir que se alejara? ¿Cómo podría él explicarle? Pero ¿qué es lo que iba él a explicarle? Sus ojos se fijaron en su cartera de mano. Cruzó la habitación y la abrió con cierto reparo.

—Tengo aquí algunas fotografías que he traído para enseñárselas a Mr. Richard —susurró—. Quizá le agradará a usted verlas también.

Blayne se acercó a la mesa en que estaba ella y extendió ante ella una colección de panorámicas:

—Son de Connecticut; el paisaje no difiere mucho del de Inglaterra, como se puede apreciar; quizás, un poco más escarpado. El castillo se montaría sobre esta colina que se halla junto al río, con el bosque al fondo... Éste es el croquis que yo mismo he hecho: imaginario, como es natural. —Barajó varias cartulinas—: Aquí está, éste es el salón principal... Bastante aceptable, puesto que no lo había visto, ¿no te parece? Lo mismo digo de la lámpara central...

Y como si se tratara de un sueño quimérico, Kate vio el castillo trasplantado al paisaje de Connecticut. El salón central se hallaba invadido por extranjeros, americanos, que dirigían sus miradas a los artesonados del techo; aparecían dibujados en el croquis en tamaño reducido y con rostros blancos.

—Esta lámpara —comentó la muchacha— no es precisamente una lámpara. Hay que tener mucho cuidado de que no se ponga nadie debajo. Yo tiemblo al pensar en ello.

—¿Porqué?

—Es muy peligroso —replicó en voz baja—. *Lady Mary* dice que una voz afirma: «La tiraré, la tiraré», —y remedó esta frase con un ligero acento escocés y en tono muy desvaído—. No se ría usted —dijo Kate al verle sonreír—. *Lady Mary* insiste en que ella la ha oído.

Al oír esto, Blayne soltó una carcajada.

—¿Qué aliciente tan grande para los turistas! ¿Y usted ha oído la voz?

—No, ¡pero he visto cómo la lámpara oscilaba y sus cristales entrechocaban!

—¡No hablará en serio!

—Quizás esté...

—Vamos a ver, míreme a los ojos y dígame la verdad.

Blayne la sujetó por los hombros sin dejar de reír; ella también estaba a punto de reír en este momento, pero, antes de que pudiera replicar, oyeron las recias pisadas de *Sir Richard*, quien, plantado en el umbral de la puerta los estaba mirando. John Blayne soltó a Kate, quien retrocedió varios pasos.

—Trataba de sugerir una idea a Mr. Blayne —dijo ésta.

—¿De veras? —Pero *Sir Richard* no modificó su expresión.

Kate comprendió que esto no era suficiente para aplacar a su amo y continuó:

—Le he dicho que considerara de nuevo la idea que teníamos al principio, la de hacer un museo aquí, *Sir Richard*, usted ya lo sabe.

Sir Richard alzó sus cejas espesas, se adelantó y se puso junto a ellos.

—¿Y qué es lo que ha dicho ahora?

—Ha rehusado de nuevo, aunque no con tanta energía —respondió Kate, echando una mirada a John Blayne.

Antes de que John Blayne pudiera contestar, entró *Lady Mary* en la sala; se había cambiado su vestido de tarde por una larga falda de satén gris pálido y se había dado en las mejillas unos ligeros toques de color rosa pálido que la favorecían.

—¿Dónde te has metido, Richard? —inquirió con su voz dulce de tono infantil—. He estado tremendamente preocupada por ti, pero... ¿qué es lo que haces aquí, vestido con traje de montar y a una hora tan intempestiva? Es ya casi la hora de cenar y Wells se enfadará si entramos tarde al comedor, Richard.

Sir Richard se acercó a su esposa y, cogiendo su mano, la besó galantemente.

—Había entrado para verte a ti y decirte que ya había vuelto; parece que en el ínterin Kate ha hecho los honores, con toda dignidad a Mr. Blayne. Han encendido todas las velas, ya que, por haber anochecido, no se podían ver, y, además, Kate le ha hecho una propuesta.

Sorprendida, *Lady Mary* exclamó con delicadeza:

—¡Cómo!, ¿tú estás loco, Richard?

—¡No, no, no deduzcas conclusiones! —exhortó *Sir Richard* alzando una mano—. Kate le ha propuesto sencillamente que acepte nuestra idea original y que traiga aquí los cuadros. El castillo se convertiría en un museo, tal y como entendimos nosotros desde el primer momento.

—Espléndida idea —dijo *Lady Mary*—. Siempre lo fue y no acierto a explicarme por qué usted desistió, Mister Blayne.

John Blayne, desconcertado, miraba a los tres alternativamente.

La fantasía, pensó, hace soñar a las gentes que viven en otra edad. ¿Cómo podría traerlos a la realidad de la vida? Comenzó a explicarse lenta y lo más explícitamente posible.

—*Lady Mary, Sir Richard...* y... —Miró a Kate y apartó en el acto su vista de ella—. Me gustaría poder coincidir con ustedes en que la idea es buena, pero *Lady Mary...* me temo que no sea así. El castillo se encuentra muy apartado de las rutas importantes y ni siquiera se halla en la que conduce a Londres. —Titubeó unos instantes embarazosamente; Kate se hallaba un tanto distanciada, pero *Sir Richard* y *Lady Mary* le estaban mirando embargados de tristeza; tendría que extremar la atención para no hacerlos sufrir. Prosiguió con evidente desaliento—. Los castillos, según tengo entendido, pertenecieron a determinada época en que los hombres los construyeron para defensa propia. Hoy las fortalezas ya no sirven para proteger; tienen un cierto parecido con la Gran Muralla china que el pueblo de aquel país construyó para defenderse de los invasores del Norte; pero ahora el enemigo puede venir del cielo, o del mar, así como de la tierra. ¡Estamos cercados! Los castillos, por lo tanto, se han convertido, allá donde se encuentren, en un objeto de museo. El Nuevo Mundo tiene, con toda probabilidad, una necesidad evidente de estas fortalezas, ya que carece de historia propia, aunque en este compacto mundo de hoy día, la historia general es patrimonio de todo ciudadano.

Sir Richard rechazó toda esta disquisición con un movimiento de su mano.

—¡Socialismo! El castillo me pertenece, Mr. Blayne; atengámonos a los hechos si a usted le parece bien.

—Muy bien —asintió John Blayne dirigiéndose a él—; le expondré los hechos. *Sir Richard*. Mis abogados han hecho una investigación. En el supuesto de que el castillo permaneciera abierto al público un día por semana la recaudación anual ascenderla a unos doscientos dólares aproximadamente; en libras inglesas, cerca de dieciocho. ¿Cuántos visitantes?, unos cuantos centenares, cantidad suficiente para dar trabajo a un albergue pero no para costear los gastos de un castillo. Seré sincero con ustedes. ¿No sería una equivocación trasladar grandes obras de arte aquí, donde nadie vendría a visitarlas...? ¿Sería justo desposeer a un país joven como el mío, hambriento de arte y cosas bellas, de sus joyas y tesoros para desplazarlas a un lugar que nadie conoce? —Blayne dirigió su vista al matrimonio, pero no apreció otra cosa que unos rostros serios e inexpresivos—. ¿O es que estoy yo equivocado? —inquirió.

—¿Y qué hay de equívoco, por favor, en un museo en exclusiva? —replicó *Lady Mary* con vivacidad inusitada—. Sería tan bonito tener solamente turistas con botas limpias... Expóngale esta idea a su padre.

Sir Richard se despojó de sus guantes de montar. Sonreía, aunque de un modo vago, cual si no prestara atención, y sus ojos y pensamiento parecían absortos; se había abstraído de todos los allí presentes y murmuraba:

—De acuerdo, de acuerdo. —Al cabo de unos instantes su mirada se posó en la figura de *Lady Mary*—. Veo que ya estás preparada para la cena, querida; estás muy elegante. Espero que Philip

bajaré pronto. Nos reuniremos con vosotros dentro de unos minutos... Mr. Blayne, es hora que nos vistamos para la cena.

Abandonó la sala, invertido de dignidad, y John Blayne siguió tras él. Se sentía descorazonado. ¿Qué otra cosa podría hacer sino abandonarlos a su sino? Y esto es lo que hubiera hecho, si no hubiera sido por Kate, criatura joven y hermosa, cuyo destino y porvenir se hallaban vinculados a este antiguo castillo y a sus tres visionarios moradores. ¿Qué le tendría deparado el destino?

—Siéntate, Kate —ordenó *Lady Mary* cuando todos se hubieron marchado.

La dueña del castillo tomó asiento, mientras hablaba en el gran sillón de roble labrado, junto a la chimenea, y plegó las manos sobre el regazo. Se sentía sola y desorientada. Ella, la dueña de Starborough, no había sido informada de cuanto sucedía. ¿Dónde había ido cabalgando *Sir Richard* durante horas enteras? ¿Por qué Kate había estado hablando a solas con el americano? ¿Quién era el que tramaba lo que fuera, sin que a ella se le dijera? Aquella tarde había sido insoportablemente larga, mientras se hallaba sentada haciendo ganchillo y presa de terrible ansiedad. Wells, con la disculpa de un invitado a cenar, era inabordable y estaba nervioso, y ella misma, so pretexto del huésped, se había vestido media hora antes y puesto aquella falda larga que no había llevado desde que se vio privada de su propia doncella, y que tan difícil era de entallar.

—Ahora, Kate, dime —comenzó ella—, ¿qué es lo le has estado diciendo a este joven?

Kate se sentó en un escabel al lado de *Lady Mary*.

—En realidad, no le he dicho otra cosa, *Milady*, sino que sería mi deseo que el museo se quedara aquí, como desde un principio pensábamos.

—Tal y como veo las cosas ahora, considero ese proyecto como un verdadero absurdo —dijo *Lady Mary* con impaciencia—. Blayne no es la clase de persona que encontraría su dicha aquí.

—¿Por qué no, por favor?

—¿Un americano? Además, Kate, que no creo que a *ellos* les gustase; tú ya lo sabes, sería tan incómodo para *ellos* rozarse con un americano continuamente...; eso, sin mencionar a los otros americanos que, aun tratándose de grupos pequeños, pudieran acudir al castillo. Se encontrarían desplazados y fuera de su ambiente; yo no me responsabilizaría de las consecuencias. Después de todo, *ellos* han permanecido aquí desde mucho antes que todos nosotros y no se les puede desdeñar.

Kate cogió una mano de *Lady Mary*, una mano inquieta y fina, delicadamente surcada de venas, que traslucían una red de hilos azules.

—Querida —le dijo—, ¿está completamente segura que los oye?, ¿no podría tratarse de un mero sueño? Pienso, a veces, que lleva una vida demasiado solitaria, rehuyendo la presencia de la gente y hasta la de los mismos turistas.

—¡Claro que los oigo! —aseguró *Lady Mary* retirando su mano—. Y no soy yo sola, Kate. Recuerda que la madre de Richard. Llegó al castillo siendo novia y, ya la primera noche, aunque

nadie le había hablado de *ello*, al descender la escalera, preguntó al padre quién era aquella dama tan hermosa que se hallaba en la parte superior de la escalinata. El viejo *Sir* Richard le dijo imperturbable: «¡Ah!, ¿es que la has visto? Es la dama de compañía de una reina que fue asesinada por un palafrenero enamorado de ella». Es cierto que no sueño, Kate, y me ofende mucho esa muestra de desconfianza.

—Yo no desconfío, *Milady*. Lo que me ocurre es que no puedo verlos... u oírlos —y se levantó para acercarse a *Lady* Mary.

—Eso quiere decir que dudas de *ellos* —replicó la castellana— porque si creyeras en *ellos*, los verías o, al menos podrías oírlos. Yo te puedo asegurar que cuando estoy sola, *ellos* se me hacen presentes, puedes tenerlo por seguro.

—¿Pero, ahora, en la actualidad, los ve todavía?

—Los veo con tanta claridad como a las velas que lucen sobre la mesa. Si apagaras las bujías, es muy posible que llegaras a pensar que nunca se habían encendido, ¿no es cierto? Permanecen apagadas hasta que alguien les aplica una llama. Pues bien, así es como ocurre con *ellos*. Si estoy sola y me concentro durante breves momentos, algunas veces tardeo media hora, y pienso en *ellos* y me sienten, salen de las sombras y allí permanecen todo el tiempo. —*Lady* Mary miró a Kate inquisitivamente—. ¿A ti te parece imposible todo eso?

—Nada es imposible —replicó Kate con dulzura—. Yo la creo a usted, pero ¿ha hablado con *Sir* Richard de *ellos*?

—Claro que sí, muchas veces.

—¿Y él cree en *ellos*?

—No es asunto de creer o dejar de creer, sino de verlos.

—Si él *los* ve, ¿por qué no habla de *ellos* como usted lo hace? —preguntó Kate.

—Quizás es que no vemos los mismos —dijo *Lady* susurrando al oído de Kate—. ¿Qué te parece si él viera sólo a los malos?

Lady Mary echó una mirada por encima de su hombro y Kate apreció, en el rostro de aquella dama venerable una expresión de terror.

—¿Qué es lo que le pasa, *Lady* Mary, querida?

Kate estrechó entre las suyas las manos de *Lady* Mary y las retuvo con cariño, acariciándolas y haciéndolas entrar en calor. *Lady* Mary le dirigió una mirada extraviada y prosiguió en el mismo tono de susurro:

—Ayer mismo dije a Richard que estaba segura de que hay un rey en el castillo, porque la voz de la lámpara parece a la de nuestro querido rey Juan. Se dice que este personaje poseía una voz atiplada muy alta. Y Richard contestó que hubo un rey en el castillo, y me miró de un modo tan... tan...

sombrío; de todos modos, puede que no se tratara del mismo rey... Quizá vio uno de los decapitados. No estoy segura... Me alegraría de que viera a los buenos, que son los que permanecen junto a mí y desean ayudarnos.

—¿Y qué le dijo usted entonces, querida?

—Dije, ¡Richard, entonces es que tú los ves! Y él contestó, y esto es muy raro, Kate, ¡muy raro!, contestó: ¿qué te parecería a ti si fueras una reina?

—¿Qué quería decir con eso?

—Sencillamente, me supongo que no quería hablar sobre esto. Siempre que me propongo hablar de ellos, siempre habla de otras cosas, para desviar la conversación. —*Lady Mary* retiró sus manos de entre las de Kate y permaneció silenciosa un momento antes de reanudar su coloquio—. Kate, estoy segura de que ellos pueden ayudarnos si quieren.

—¿Cómo? —preguntó la joven.

Aquella conversación la había conmovido. Sabía desde que era muy pequeña que *Lady Mary* creía en los espíritus que habían habitado el castillo y hasta ahora había aceptado la posibilidad de la supervivencia después de la muerte. El puente levadizo sobre el foso había sido izado muchas veces tras sañudas peleas contra daneses y normandos; los reyes habían hallado refugio entre sus muros, diversos príncipes habían sido asesinados y algunas reinas habían cobijado en sus habitaciones a secretos amantes. Aquel castillo era un almacén en el que se guardaban rencores, ambiciones, pasiones y proyectos inspirados. Solamente ahora que el mundo se hallaba sumido en un caos inconfundible de confusión, aquella fortaleza había dejado de tener sentido, si se exceptuaba el puñado de personas que lo habitaban y entre las cuales se hallaba ella.

¿Pero vivía Kate, en realidad, en el castillo? Aquella llamada telefónica de esta tarde, que provenía de otro mundo, aquella voz arrogante, exigente y poderosa de un americano, ¡cómo se había parecido, en la silenciosa biblioteca, llena de libros que nadie leía, a la voz de un enemigo! ¿Y no podría haber sido un grito de vida que representara a un mundo del que ella se ocultaba? ¡No, no, ocultarse no! Ellos la necesitaban en el castillo, aquellos dos soñadores a los que tanto amaba. ¡Ay, si hubiera sido hombre!, entonces sí que les hubiera ayudado. Pero era mujer y ni siquiera conocía aquello en que creía; puede que fuera porque había rehusado prestar atención a cuanto le rodeaba. Ella ni había oído ni visto a los muertos pero la verdad sería seguramente que estaba siempre ocupada y era joven y fuerte. *Lady Mary* se hallaba enferma muy a menudo y sus horas transcurrían frecuentemente en una completa soledad o acompañada por *Sir Richard*, y su espíritu alternaba entre momentos de calma y de depresión, durante los cuales se reconcentraba en sí misma o desaparecía durante horas completas. En tales ocasiones *Lady Mary* experimentaba vagas inquietudes y presentimientos. Hacía mucho tiempo que no había habido huésped alguno en el castillo y es cierto que, cuando afluía público al mismo, *Lady Mary* se aislaba en sus habitaciones privadas y allí esperaba hasta que se hubieran ido.

—Debe haber un tesoro en el castillo —insistía *Lady Mary*—. Alguien, durante todos aquellos

siglos, tenía que haber ocultado joyas, o plata y oro. ¡Aquellos reyes y reinas! *Ellos* deben conocer el lugar en que se halla. Si nosotros fuéramos capaces de creer en *ellos*, nos guiarían allí.

¿Qué podría Kate decir? Se levantó de su asiento y permaneció mirando y sonriendo a *Lady Mary*, con tristeza. Extendió a continuación su mano y dijo con ternura.

—Vamos, querida. Los señores estarán esperando y yo debo cambiarme; debe ser casi la hora de la cena y mi abuelito se enfada si llego tarde.

Caminaron dándose el brazo hasta la puerta; al llegar allí *Lady Mary* se detuvo y volvió la cabeza para mirar:

—Apaga esas velas, Kate. Cuestan dos chelines cada una: ¡son unas bujías muy grandes!

Lady Mary prosiguió sola su camino mientras Kate obediente, cogió el apagador con capuchón de plata maciza y sofocó las llamas, una a una. El gran salón quedó sumergido en la oscuridad y ella permaneció extraviada en sus sombras... escuchando y percibiendo sensaciones. El viento había vuelto a levantarse tras la puesta del sol, aquel viento que iba acompañado de lluvia y que ahora mugía al soplar sobre las torres y permanecía en vigilia constante. No se oía sonido alguno de voces o pisadas humanas. Cree, había dicho *Lady Mary*, cree y la ayuda llegará. Pero ¿cómo puede uno sugestionarse para llegar a creer, y la tal creencia, si no ha sido otra cosa que una sugestión, cómo puede llegar a ser verdadera? Kate dobló su cabeza y la apoyó fuertemente sobre sus manos mientras abría los ojos y miraba en aquella oscuridad.

—¡Ayudadnos! —susurró—. ¡Por favor, todos *vosotros*, cualquiera de *vosotros*, alguno!

Esperó durante un minuto y algo más, hasta que el ruido del viento se le hizo insoportable. Nadie contestó. Sus manos se relajaron, soltaron su cabecita y, a través de la oscuridad, se dirigió hacia la puerta que conducía a su habitación.

Los hombres esperaban a *Lady Mary* en la salita pequeña. Era una estancia gratamente acogedora para reuniones nocturnas: las grandes cortinas carmesí que cubrían los ventanales, la hoguera que ardía en la chimenea y la mesa puesta para la cena. Un jarrón de plata con tulipanes encarnados recibía la luz de dos candelabros altos, también de plata, y el mantel de damasco irlandés daba aspecto de suntuosidad medieval al comedor. Wells servía el jerez y los hombres paladeaban el vino mientras permanecían en pie junto a la hoguera.

John Blayne levantó su copa y la puso al contraluz.

—Oro líquido. ¿Cuántos años tiene este vino, *Sir Richard*?

—No he rellenado las bodegas desde la guerra —contestó *Sir Richard*.

—Si sus bodegas estuvieran llenas de esta clase de vino, no necesitaría usted vender el castillo —observó Philip Webster, y chasqueó los labios.

—Sí, pero no están llenas —replicó *Sir Richard*—. Están casi vacías, como casi todo lo demás.

—Supongo que no habrá pensado usted en vender los otros tesoros —prosiguió Webster.

—No —contestó lacónico *Sir Richard*—. No tengo derecho.

—¿Quién otro que usted puede detentar semejante derecho? —objetó Webster.

—Existen otros habitantes —dijo *Sir Richard*.

—¿No serán los espíritus? —preguntó Webster en tono de mofa.

—Los antepasados —dijo *Sir Richard* con gravedad.

Lady Mary apareció en la puerta: esbelta figura llena de gracia, vistiendo una falda gris plateada.

—¿Les he hecho esperar mucho tiempo?

—No, querida —*Sir Richard* salió a su encuentro y, tomó su mano con una elegancia a la antigua—.

Estábamos tomando una copa mientras hablábamos de diversas cosas.

Retiró su silla para que se acomodara y, a continuación, fue a sentarse a la cabecera de la mesa.

—Usted, Mr. Blayne, siéntese a la derecha de *Lady Mary*; Philip, a su izquierda.

Se acomodaron, y Wells sirvió la sopa de una soperera que había sobre el buffet. John Blayne dirigió una mirada en tomo a la habitación.

—¿Dónde está Kate?

Cual si se tratara de una disculpa, Wells rompió el silencio para decir:

—Estará aquí en seguida; algo que la ha distraído esta tarde, le ha impedido estar aquí a la hora. Lo siento *Milady*.

Webster probó la sopa, insertó a continuación un ángulo de su servilleta en el cuello de la camisa y dijo con entusiasmo:

—Excelente sopa, *Lady Mary*.

—Sí, Wells prepara muy buenos caldos; tengo entendido que emplea huesos —comentó *Lady Mary*.

Tomaba su sopa con cierto remilgo, acercando escasamente sus labios al borde de la cuchara. El resplandor de los candelabros daba a su rostro pálido un toque de color y sus ojos ofrecían un aspecto místico.

John Blayne prosiguió con el tema de Kate, con una especie de obstinación indiscreta:

—Kate es una especie de secretaria, ¿no es así?

—De todo punto indispensable, sea lo que sea —contestó *Lady Mary* con amabilidad.

—Y bastante agraciada —sugirió John Blayne.

Wells dio la vuelta para enfrentarse con los comensales y, sin mirar particularmente a ninguno de ellos y con un aire tan abstraído cual sí se tratará de hacer una presentación, habló:

—Mi nieta es la camarera, señor —y sin más comentarios, abandonó la estancia.

—Me complace que ustedes dos, caballeros, hayan de permanecer en el castillo esta noche —advirtió *Sir Richard* como si no hubiera prestado atención—. No me agrada hablar de negocios después de la cena; será mucho mejor dejarlo para mañana, sobre todo después de la jornada agotadora que hemos tenido hoy.

—Será siempre un placer —observó Philip.

—Gracias, *Sir Richard* —contestó Blayne—. No sé si sabrá que todavía no he visto el castillo y me gustaría recorrerlo, no por razones de negocio, sino porque se trata del lugar más encantador que he visto en mi vida, encantador y encantado. Estoy seguro de que dentro de sus muros podría suceder cualquier cosa...

Lady Mary inclinó su cuerpo adelante y su rostro padecía iluminado.

—¿Opina usted así, Mr. Blayne? Entonces es cierto. Todo se reduce a creer, lo que el buen libro denomina «fe». Le aseguro a usted que yo misma he visto...

—Por favor, *Sir Richard*.

Kate se hallaba a la puerta; se había puesto un vestido negro, y un delantalito con adornos; su cabeza lucía un cofia blanca y su rostro daba la sensación de que acababa de lavarlo con agua muy fría. John Blayne no podía apartar su vista de ella. La noche última había aceptado su atuendo cual si se tratara de alguien que desempeñaba un papel: esta noche, en cambio, le desagradaba. Se rebelaba interiormente contra aquella indulgencia que establecía semejantes distinciones de clases. Kate, en América, se hubiera preocupado de su propio destino y porvenir, independiente de las relaciones familiares que pudiera tener.

—Llaman desde Nueva York —dijo—. Me parece que se trata de nuevo del padre de Mr. Blayne, señor.

Se incorporó y depositó la servilleta sobre la mesa.

—¿Mi padre? No puedo imaginarme qué es lo que tiene que decirme, ya me ha dicho todo hace una hora escasa. Discúlpeme, *Lady Mary*.

Lady Mary parecía sobresaltada.

—Oh, por supuesto, pero me causa admiración que alguien pueda hablar desde el otro lado del continente —contempló a los dos jóvenes hasta que desaparecieron de su vista y prosiguió—: Richard, no puedo comprender te extrañe el que yo *los* oiga hablar, desde el más allá, cuando alguien, desde casi tan lejos, habla con nosotros en el castillo, ¡y esto, un americano completamente ajeno a todo!

—No creo que haya nada extraordinario en estos tiempos —comentó *Sir Richard* con un aire ausente.

Wells entró con una fuente de plata llena de gallos silvestres.

—¡Deliciosos! —exclamó Webster—. Mi caza favorita; aunque no es todavía la época.

—Por favor, señor —dijo Wells con voz adusta. Sirvió los pajaritos y vertió salsa sobre cada uno.

—Muy bien —Webster rió en voz alta—, no haré observación alguna; todo el mundo tiene derecho a su ración de caza.

—¡No tolero la caza furtiva, Wells! —exclamó *Sir* Richard.

—No señor —replicó Wells—. Eso mismo dije al cazador cuando le quité los pajaritos.

—Deberías habérselos entregado al guarda, Wells —dijo *Lady* Mary en tono de reproche.

—Me atrevo a opinar que nosotros tenemos tanto derecho a comérmolos como el guarda —observó Webster alegremente—; al menos, ahora que los tenemos ante nosotros.

—Sí señor —comentó Wells, y abandonó la estancia.

Durante un buen rato estuvieron comiendo en silencio. Webster tomó entre sus dedos un frágil hueso y mordisqueó con placer su carne; lo depositó sobre el plato, se limpió los dedos en la servilleta y dijo en tono confidencial:

—Debo comunicarles, ahora que nuestro huésped se halla fuera del comedor, que he hecho otro intento desesperado para vender el castillo cual si se tratara de un tesoro nacional. Hay infinitos castillos. ¿Vieron ustedes el anuncio de la semana pasada en el *Times*?: «Castillo con doscientas cincuenta habitaciones y diez baños se alquila por un chelín al año»; y el mantenimiento, por supuesto, asciende a veinte mil libras. Es cierto que los castillos de mil años de antigüedad no abundan y, aunque no confío gran cosa, todavía tengo un débil rayo de esperanza. Celebro que haya rogado a Blayne que se quedara con nosotros, Richard.

—Estoy segura de que sucederá algo —observó *Lady* Mary.

Webster limpió los huesos de otro pajarillo, que desmenuzó entre sus labios y se apoltronó en espera del asado.

—¿Qué es lo que puede suceder, *Lady* Mary?

—Ocurrirá algo —insistió *Lady* Mary. Sus dulces ojos azules adoptaban una mirada absorta y en sus labios se dibujaba una débil sonrisa. Se había limitado a rozar con las púas del tenedor su ración de pajaritos y ahora había renunciado a todo simulacro de comida. La sortija de diamantes que llevaba en una de sus manos brilló a luz de las velas, al depositar el cuchillo y tenedor sobre su plato —. Tengo fe que así será —repitió.

—Puede que sí —comentó *Sir* Richard abstraído—. Es muy posible: el derecho divino de los reyes.

Webster, estupefacto, dirigía sus miradas de uno a otro.

—¿Pero es que ocurre algo que yo no comprenda?

Ninguno de los dos replicó y Wells entró con el asado, colocó la bandeja en el buffet y comenzó con

mucho cuidado a trinchar grandes tajadas de carne.

—A Mr. Webster le gusta el «beef» poco hecho, Wells —dijo *Lady Mary*.

—Sí, *Milady* —replicó Wells—. Ya lo sé.

—Oh, tú siempre lo sabes todo, Wells —exclamó *Lady Mary*, contrariada.

John Blayne, en la biblioteca, mantenía el auricular lo más lejos posible de sus oídos y Kate, que permanecía en el umbral de la puerta, se reía con el mayor disimulo posible:

—Escucha cómo habla —le dijo al sorprender su mirada.

—No me queda otro remedio —replicó Kate—. No tenías que haberle dicho nada de montar el museo aquí; sufrirá un ataque de apoplejía. Ha sido un desacierto por parte tuya desde el momento en que ni tú mismo lo deseas aquí.

John Blayne se mordió los labios y parpadeó mientras que aquella voz seguía rugiendo.

—¿Qué es eso de vivir a mis expensas? Todavía no he tenido una oportunidad de decírtelo cara a cara, pero tú no debes estar bien de la cabeza. ¡No debería haberte autorizado a que viajaras solo, Johnny! ¡No consentiré por nada en el mundo que las pinturas salgan del país! Ni tampoco se las entregaré a nadie, ni siquiera al Metropolitano, ¡he pagado muy buenos dineros por ellas!, y antes disolvería la fundación.

John Blayne miró otra vez a Kate e hizo girar su brazo como las aspas de un molino, cual si pretendiera amordazar su genio. Acto seguido vociferó a través del auricular.

—¡Ahora me toca a mí, papá! ¡Escucha esto que te voy a decir! ¡Estoy de acuerdo contigo!... ¿Qué cómo es eso? Sí, ya te he dicho que estoy de acuerdo contigo. —Lanzó un suspiro de resignación al hacerse un momento de silencio y prosiguió de nuevo—: Sí, ya sé que no sabes qué hacer de ellas... estoy de acuerdo contigo, pero por diferentes razones; no porque hayas pagado buenos dineros por ellas, aunque el dinero siempre es bueno; ni porque sea reprobable tirar las cosas por la ventana porque eso no es... pero bueno, quiero decirte que coincido contigo... y digo esto porque deseo que la gente vea los cuadros durante todo el día, domingos y festivos incluidos, y ésta es la causa por la que quiero que los cuadros permanezcan en Connecticut, en el punto más cercano a diversas ciudades y con una buena red de comunicaciones y con sillas confortables para que la gente pueda descansar mientras contempla los cuadros. Y como la gente no puede llegar hasta aquí, pues no las traeremos. ¿Qué te parece? ¿Qué es eso? ¿Está cayendo alguna tormenta en Nueva York?... ¡Ah!, ¿conque me ordenas que me calle?... ¡Muy bien, señor! Adiós, y con muchos cariños... ¿has oído esto, papá? Firmo esta despedida, «con amor, Johnny».

Colgó el teléfono y a continuación prorrumpió en fuertes risotadas.

—¡Oh Dios, pero qué padre, qué inaguantable, irreprimible, inextinguible, endemoniado y querido ejemplar de padre! —Sus ojos se fijaron de nuevo en la figura que con aquel uniforme increíble se hallaba enmarcada por la puerta. Introdujo las manos en los bolsillos para contenerse y no abalanzarse sobre ella—. ¡Tengo una idea, y tú puedes ayudarme!

Kate le miró con un rostro sonriente.

—No sé trata de si puedo, sino de sí *quiero*...

—Oh, pero lo querrás, ¡debes hacerlo!

—Si debo hacerlo, lo haré por supuesto... ¡pero a condición de que me guste!

—Entonces persuade a *Sir* Richard para que me venda el castillo, Kate..., ¡y tú dentro del mismo!

—¿Yo...? ¿Me has confundido tú con un mueble? —Y su sonrisa se congeló.

—El castillo sin ti no estaría completo —le dijo. Blayne observó en su rostro una mirada de duda, de desconcierto, ¿ofendida...?, y prosiguió a toda prisa—: Tú podrías ser una especie de asesora o cosa parecida... lo que tú quisieras.

Kate retrocedió un paso.

—Te pagaré —le decía mientras iba tras ella—, te pagaré todo cuanto quieras.

—¿Pagarme? —repetía ella—. Tú jamás podrías pagarme... yo no me vendo... como el castillo.

—Oh, no, tú no me conoces bien... yo no soy ni mucho menos... lo que te figuras que soy —y cruzando la habitación, se dirigió a la ventana mientras la veía alejarse y se fijaba por primera vez en la línea de su cuello blanco, oculto por el suave vellón de sus rizos negros. ¿Pero, qué había dicho para enojarla de este modo?

La luna había hecho su aparición; una luna prematura que pugnaba por asomarse entre las nubes, que el vendaval arrastraba; su fulgor pálido la envolvió.

—Tú no tienes idea alguna del castillo y de cuanto significa —le dijo profundamente conmovida—. ¡Este castillo es un mundo! No son solamente piedras y muebles... es la historia de un país vivida por gente; la historia no se puede comprar ni transportar a otro país diferente; tampoco es posible contratar a los moradores que en él habitaron, ni mucho menos cambiarlos de lugar... Tú eres un mercader y nada más; no tienes sentimientos. *Lady* Mary tiene razón: «Antes de conocer hay que sentir». Tú sólo conoces lo que puedes ver y contar, pero ella conoce mucho más, muchísimo más. Ella ejerce aquí cierta influencia y tiene que haber otro procedimiento para solventar esto.

Blayne se mantuvo a distancia contemplándola. ¡Cuán extraña era aquella mujer! ¿Pero quién podría ser? De ningún modo la muchacha con la que había estado hacía una hora, ni siquiera la misma con la que había estado riendo... ¡hacía sólo unos minutos! ¿Cómo podía hallarse tan desorientado?

Kate giró sobre sí misma y miró a la luna. Blayne se aproximó a ella y contempló su rostro pálido, hermoso y... ausente. Quienquiera que fuese, nunca olvidaría el aspecto que en estos instantes ofrecía. Su aspecto casi le sobrecogía; se sentía imantado por ella, ansiaba tocarla, volver a la amistad de antes y, sin embargo, adivinaba que este deseo no podría realizarse mientras no partiera de ella. ¿Sabría ella misma qué clase de persona era? Quizás un ser bastardo, un vástago de sangre real abandonado en algún vericuetto de la historia, distinto a los Wells —oh, completamente descartada esta procedencia—. No existía el más remoto parecido con el abuelo en este perfil puro, en la gracia gentil de su menuda cabecita que erguía con tanta dignidad.

—Márchate, por favor —repetía—, márchate y déjame en el castillo y con nuestras costumbres. ¡Déjanos encomendados a nuestro propio destino! Llevamos aquí muchos años en paz y en soledad.

Vuelve al país a que perteneces y déjanos permanecer en este viejo rincón donde hemos nacido.

—Kate —exclamó—, Kate, ¿estás soñando?

—No —dijo con voz grave—, yo nunca sueño.

No se dignó dar la vuelta para contestarle; esperó y todavía seguía en la misma postura, sin volverse hacia él, por lo que, transcurridos unos instantes, la abandonó, dejándola junto a la ventana y bañada en la luz de la luna.

Se alegró hasta cierto punto de volver al comedor caldeado con troncos de leña en el que *Sir Richard*, *Lady Mary* y Webster saboreaban el *roast-beef* acompañado de patatas y col hervida.

Philip Webster estaba leyendo un telegrama y, cuando John Blayne se sentó, dirigió su mirada hacia él.

—Me temo que no haya esperanzas, *Sir Richard* —decía en aquel momento—. Parece ser que no están dispuestos a considerar por ahora la adquisición de otro castillo. Hay unos tres millones de desocupados, etcétera... se necesitan unas ocho mil escuelas elementales y así por el estilo... —Y cortó en seco.

—¿Interrumpo? —inquirió John Blayne.

—De ningún modo —contestó *Sir Richard*—; a estas alturas ya no tenemos secretos que comunicamos... ¡Adelante, Webster! El Gobierno otorga en estos tiempos más importancia a cualquier cosa que a los castillos que datan de hace mil años.

Lady Mary cesó de comer el *roast-beef* y colocó juntos el tenedor y el cuchillo encima del plato.

—Existe otra posibilidad, Philip.

—Con toda seguridad que no se refería usted concretamente a los fantasmas, *Lady Mary* —dijo John Blayne jovialmente.

Wells puso el plato de *roast-beef* ante él y le sirvió patatas y col.

—Nunca —dijo *Lady Mary*, y su rostro cambió de color—. ¡Odio semejante palabra! Son espíritus tan reales como nosotros, que estamos aquí. ¡No los llame fantasmas, al menos en mi presencia, por favor! Están vivos; ésta es *su* casa y no se *les* puede despojar de ella; existen y tú Richard, ¡haz el favor de hablar sobre esto de una vez para siempre! *Ellos* existen... tú sabes que sí, ¿no es cierto? ¿No es verdad que existen? ¡Contesta, sí o no!

Sir Richard, que saboreaba su vino rojo, se quedó un momento pensativo, limpió sus labios escrupulosamente y añadió:

—Bueno, en todo caso lo único que puedo decir es que no me incumbe su responsabilidad, querida. Yo sólo me debo a ti y a mí, lo mismo que a nuestras posesiones y a sus aparceros. Yo debo adoptar decisiones sobre objetos tangibles.

—Muy bien —replicó *Lady Mary*—, dadme vosotros unos cuantos días; en este castillo hay ciento cincuenta habitaciones, lugares que nosotros nunca hemos visto, ¡quizás algún tesoro escondido!

John Blayne rió, estimulado por el sesgo de la conversación y, para caldear el ambiente, la hostigó un poquito más.

—Vamos, vamos, *Lady Mary*; usted no puede estar hablando en serio; todos los castillos tienen su historia de tesoros ocultos.

Lady Mary se dirigió a él con una mirada llena de sosiego.

—Aunque no esté segura si en realidad vale la pena, intentaré explicarme; el que usted pueda comprenderme es cosa distinta. Uno tiene que ser, y no sé decirlo de otro modo, «puro de corazón», si uno ha de *verlos*, a los buenos me refiero, a aquellos que servirán de ayuda. De otro modo, los malos nos dominarían: fíjense ustedes que empleo el pronombre «uno».

—*Lady Mary* —dijo John Blayne—, usted me confunde y, hablando claro, he de decirle que no tengo la más mínima idea de cuanto está explicando.

—Porqué no lo intenta —le contestó—. Usted debe esforzarse por conocer el más allá; debe renunciar a sí mismo. Entonces oirá usted acentos desconocidos anteriormente, un eco quizás, una nota musical clara y entonada. También verá, no sé cómo explicarlo, pero es algo parecido a lo que nos sucedería si estuviéramos en un largo túnel y distinguiéramos en el extremo opuesto, una lucecita pequeña. Concéntrese con todas sus potencias en aquella luz y pida aquello que necesite. Podrá ver a alguien o no verlo, pero recibirá una contestación o, quizás, experimentará un sentimiento de paz y alivio. Y si usted no oye, ni ve, espere entonces. Quizá dentro de unos días... —*Lady Mary* fijó sobre Blayne aquélla su inverosímil mirada y sonrió débilmente—. Usted no lo comprende, pobrecito, ¿no es verdad? Pero es completamente cierto. En países más antiguos que el nuestro, en Asia, es una práctica conocida. Se le denomina con el nombre de *prana* y existe una abundante bibliografía sobre ello. No se trata de fantasmas ni bobadas por el estilo, sino simplemente de aprender el modo de conocer un nivel de vida diferente. Clara que primero hay que conocer el procedimiento, y para eso uno debe desear algo, experimentar una necesidad antes de que desee su realización. Y por fin tenemos que hacer nuestra petición.

Lady Mary se expresó con tal simplicidad y tal convicción que John, insensiblemente, se conmovió y le vino a la memoria, con gran sorpresa suya, una conversación que mantuvo con el ministro anciano que ofició en los funerales de su madre.

—Era una buena mujer —había dicho aquel anciano, junto a la tumba recién estrenada cuando todos los demás, excepto el ministro, se hubieron, alejado—. Pero lo que más me sorprendía en ella era su prodigiosa capacidad perceptiva. Era universal en la vida y será eterna en la muerte.

—¿Qué quiere decir usted? —le había preguntado Blayne, ansiando con toda su alma en aquel momento de reciente separación, que su madre se hallara al alcance de su mano—. ¿Es que los muertos viven todavía? —En aquel momento, rodeado del silencio que reinaba en el camposanto, estuvo a punto de creerlo.

El ministro, cuyo rostro se sonrojó ligeramente, titubeó y dijo:

—Sólo sé decir que por la fe llego a conseguir lo que espero que los sabios demostrarán algún día. Para abreviar, mi querido hijo, tengo fe en que la muerte sólo concierne al cuerpo. Tu madre prosigue su camino con la habitual alegría, pero con una longitud de onda peculiar, si me es permitido recurrir a un símil científico, que es cierto no poseo en la actualidad.

Blayne se dirigió ahora a *Sir* Richard, quien estaba sentado con una expresión remota, sin dejar por eso de paladear su copa de vino.

—*Sir Richard*, ¿cree usted lo mismo que su esposa?

Sir Richard retiró el vaso y se atusó el bigote con la servilleta.

—Bueno, en el castillo han vivido veinte generaciones de reyes y un par de reinas, sin hacer mención a los cinco siglos que ha sido habitado por mi familia. ¿Quién soy yo para decir que mi esposa está equivocada? El año pasado sin ir más lejos, hallé un rubí en el campo de tenis. Desde luego que yo no lo puse; no lo había visto nunca hasta entonces y jamás me dediqué a buscar tesoros.

—Ni tampoco los hemos pedido —observó a su vez *Lady Mary*.

—Ni tampoco los hemos pedido —añadió *Sir Richard*—. Pero permanezca usted unos cuantos días y vera por sí mismo.

—Gracias —dijo John Blayne, y de repente se sintió turbado, aunque reacio a contemporizar con un desasosiego interior que le invadía. Hacía mucho tiempo que había renunciado a sus secretos y humillantes intentos de establecer contacto con su madre. Reconocía como algo incuestionable que el hecho de la muerte era algo total; pero aquí, sin embargo, la divisoria entre la vida y la muerte no era tan definida—. Me quedaré —exclamó con resolución— con tal de que me permitan hacer indagaciones...; no creo que ustedes vayan a encontrar tesoro alguno, al menos si siguen ese sistema, aunque sería bastante posible que si nosotros hiciéramos una exploración sistemática, piedra a piedra...

Lady Mary se alzó del asiento con brusquedad.

—Les ruego que me disculpen —dijo, abandonando la habitación.

Los tres hombres permanecieron en silencio durante unos instantes. Como aquella situación se hacía penosa, John Blayne dijo:

—*Lady Mary* es encantadora en su sinceridad, *Sir Richard*, pero estas fantasmagorías...

Hizo una pausa sin que *Sir Richard* se dignara mirarlo. Había cogido su vaso y le daba vueltas entre sus dedos con morosa lentitud, mientras contemplaba al trasluz de la hoguera su profundo color, muy parecido a la a sangre.

—¿Usted no cree en *ellos*? —dijo por fin.

—¿Usted sí? —replicó John Blayne.

Sir Richard se encogió de hombros y levantó la garrafa.

—¿Un poco más de oporto? ¿No..., Webster?

—No, gracias —contestó Webster— y con su permiso voy a la cama, Ha sido un día muy largo.

—Para todos nosotros —asintió John Blayne, y se quedó cortado como si de repente se hubiera cerrado una puerta ante sus narices.

Se levantaron de sus asientos y *Sir Richard* tiró de la campanilla para llamar a Wells.

—Lleve a los señores a sus habitaciones —ordenó.

—A mí no —dijo Webster—. Yo ya sé el camino. Buenas noches, Richard.

—También yo le deseo una buena noche. *Sir* Richard —agregó John Blayne.

No quedó muy seguro de que *Sir* Richard le hubiera oído. Webster se había marchado y él permaneció abstraído, junto a la hoguera semiextinguida, con la cabeza inclinada.

—Por aquí, Mr. Blayne —dijo Wells.

Le siguió automáticamente. Los corredores ya no eran tan desconocidos para él, especialmente los que arrancaban del salón principal y de la fachada del castillo, hacia el ala del Este. Sin embargo comprendía que le sería muy fácil extraviarse. El pavimento era de piedra gris y las ventanas muy estrechas y profundas; sus paredes, pensaba Blayne, deberían tener un grosor de tres pies.

Comenzó a hablar con Wells.

—¿Usted cree, Wells, en estas historias de duendes?

Wells no se dignó torcer la cabeza ni reducir su paso.

—Yo nunca escucho lo que se habla en la mesa, señor.

—¿Aún cuando se halle dentro del comedor?

—No, Mr. Blayne.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted viviendo aquí?

—Toda mi vida, señor —se detuvo junto a una mesa de roble que había al pie de la escalera y encendió una palmatoria que allí había—. Desde este lado del castillo llegaremos a la habitación del duque subiendo sol dos tramos de escaleras.

—¿El duque de que, Wells?

—El duque de Starborough, señor. Creo que era un favorito de Ricardo Segundo. Su habitación no es tan húmeda como algunas de la planta inferior y creo que usted disfrutará de la vista sobre el río y del pueblo, cuando se asome al balcón mañana.

—Así lo haré.

Ascendieron unos escalones de piedra gastada y se detuvieron ante la puerta ya conocida. Wells hizo girar el pomo de bronce y la puerta chirrió, pero no cedió. La llama de la vela osciló al sentir una bocanada de viento.

—Deben estar abiertas las ventanas —observó John.

—No lo creo así, señor —dijo Wells—. Cuando se entra de noche en esta habitación, siempre se siente un sople de viento.

—¿A qué es debido, Wells?

—No lo sé, señor. Siempre ha sido así... ya lo está viendo, la vela se ha apagado. Estese quieto, por favor, señor. Siempre llevo fósforos conmigo.

John Blayne se detuvo en la oscuridad y percibió al unísono un mugido de viento bajo la puerta y el raspado de la cerilla.

—Aguánteme la palmatoria, por favor, señor —dijo Wells conteniendo el aliento—. Tengo que ponerme de espaldas y sujetar la puerta para que no golpee con violencia delante de nuestras caras. Aguante la vela, cerca de mí, señor, y no haga ruido.

John Blayne, al hacerse cargo de la palmatoria, sonrió con bastante inseguridad.

—¿Está usted haciendo algún juego de prestidigitación, Wells?

Ya estaban ahora en la habitación y la puerta dio un golpe violento mientras que la vela se apagaba como si su llama hubiera sido sofocada por dos dedos. Blayne oyó murmurar a Wells en la oscuridad.

—¡Oh, qué criaturas tan molestas!... ya basta de bromas... Aquí, señor, deme la vela por favor. La pondré sobre la mesa.

Sintió cómo los dedos fríos y húmedos de Wells rehusaban entre sus propias manos y soltó a toda prisa la vela, permaneciendo en la oscuridad. El aire había cesado y fueran lo que fuesen aquellas bocanadas de viento, todo permanecía en calma.

—Ya está —dijo Wells triunfalmente—. Ahora ya no molestarán, señor. *Ellos* saben lo que yo quiero decirles cuando les hablo...

—¿*Ellos*?

—Sí, señor: *ellos*, y nunca molestan a un extranjero, señor. Es solamente a los que conocen, como a nosotros, a quienes *ellos* toman el pelo; puede que sea porque son solamente los niños. Me atrevería a decir que los primeros años murieron muchos niños, aquí en este castillo.

—¿Niños? —«¿Pero qué es lo que estaba diciendo este viejo?».

—Si la vela le produce alguna molestia, señor, tiene junto a la cama la luz eléctrica: aquí está —y al revisar la habitación hablaba amistosamente—. He abierto la cama, señor, y he puesto una botella de agua caliente entre las sábanas para combatir la humedad: nosotros la llamamos «un cerdo de piedra». Se mantendrá caliente toda la noche. En esta ala del castillo no hay cuarto de baño, siento decírselo, señor, pero buscaré un cubo de goma y un jarro de agua caliente y se lo entraré cuando Kate le traiga el té y las tostadas... Buenas noches, señor.

Se hallaba junto a la puerta y se detuvo para echar un postrer vistazo.

Ya no hacía viento y la vela ardía sin vacilaciones, uniendo su llama a la mortecina de la luz que había junto a la cama.

—Confío que los tañidos de la capilla no le despierten señor; suelen sonar a menudo a eso de las

cuatro.

—¿Capilla? Ah, sí, ella me lo dijo... su...

Y cortó en seco, al no saber qué decir de Kate, pero Wells prosiguió afable:

—El salón principal, señor, que se halla bajo esta misma habitación, era la capilla cuando el castillo era mansión real. Algunas personas pueden oír el tintineo la campana: yo mismo, a menudo, lo escucho; y también *Lady Mary*. *Sir Richard* creo que también lo oye, aunque nunca lo dice. Buenas noches otra vez, Mr. Blayne.

—Buenas noches, Wells.

La puerta pesada giró sobre sus goznes lanzando un chirrido y se produjo un silencio mortal; John Blayne pensó que era el más profundo que había conocido en su vida, puesto que le daba la impresión de algo sólido en torno a su cuerpo.

«¿Qué es lo que *Lady Mary* había dicho? Examínate, reflexiona y a continuación concéntrate en la luz que aparece al final del túnel, una luz diminuta, y pide cuanto necesites». Tonterías, ¡cómo si él tuviera necesidad de alguna cosa! Y sin embargo... y sin embargo... comenzaba a darse cuenta de que había algo que ansiaba con vehemencia, algo que el dinero no podía adquirir.

Se desvistió y fue al lavabo de estilo antiguo. La jarra grande de plata que se hallaba dentro de la palangana estaba llena de agua caliente.

Llenó la aljofaina, dobló la toalla dentro del recipiente de agua hirviente y se frotó todo el cuerpo antes de ponerse el pijama. Humorísticamente se imaginó que aquel tipo de ablución lo debían haber realizado en otros tiempos las reinas y los mismos reyes, sin dejar de mencionar los duques.

—No está mal de todo, duque, viejo amigo —exclamó en voz alta, y le invadió de repente un humor extraño al que dio rienda suelta silboteando una canción.

Apagó la vela pero tuvo el cuidado de colocarla junto a la mesita de su cama por si fallaba la luz eléctrica.

«Porque es un chico excelente...» y se encaramó a un lecho enorme, que se hallaba bajo un conopeo de carmesí satinado. Recordó entonces que había dejado las cerillas sobre la mesa. Sería mejor que las tuviera a su lado, para mayor precaución.

—Por si piensas aparecer, duque —murmuró coloquialmente— y ensayar de nuevo tus trucos.

Una vez reintegrado a la cama, se acomodó confortablemente en los blandos colchones y en las enormes almohadas, que cedieron bajo el peso de su cabeza. Un débil aroma de «mildeu» le trajo a la memoria el olor que había percibido en algún otro lugar.

Respiró con fuerza tratando de recordar. ¡Ah, sí, Cambodia y las ruinas de Angkor!

La cama del hotel exhalaba el mismo olor de ruina vieja y decadente. Y se había imaginado también que aquellas ruinas se hallaban invadidas, no por seres tan descabezados como los fantasmas, sino

por algo irreal, por la presencia compacta de densidad humana, que allí se había acumulado durante infinitos siglos.

¿No sería posible y hasta inevitable, que la materia física humana, la masa, dejara tras sí un rastro migratorio de energía?

Mientras en estos momentos musitaba, sintió cierta impresión de desasosiego, un ahogo más bien de tipo físico que le produjo un estremecimiento, no exento de pánico, y procuró contrarrestarlo prorrumpiendo en una fuerte carcajada. «¡Vamos a pensar en algo que sea agradable el segundo día de mi permanencia en este curioso castillo!». Le habían sucedido demasiadas cosas en muy pocas horas y, ¿qué estampa había sido la más agradable que había visto?

Esponáneamente, y en medio de aquella oscuridad, se le presentó el rostro sonriente de Kate, un rostro gracioso, dulce e ingenuo, animado por unos ojos benévolo y puros.

Un verdadero talismán que desafiaba a los reyes y reinas del pasado, a los duques con ganas de travesuras, pensó para sus adentros Blayne, y se durmió mecido por este pensamiento.

SEGUNDA PARTE

Lady Mary se movió en su lecho, cubierto por amplio dosel. Abrió los ojos, miró a la oscuridad y permaneció inmóvil. Algo la había despertado, un ruido, una voz quizá. ¿La habría llamado *Sir Richard*? Se sentó en el lecho, bostezó delicadamente, ocultando la boca con el revés de su mano, y encendió la luz que había sobre la mesita. Los blancos cortinones de la habitación, que protegían los ventanales, ondulaban con suavidad, y el aire era húmedo. La lluvia que se esperaba había aparecido y la niebla procedente del río debía invadirlo todo. Retiró las mantas de su cuerpo y se puso a tientos las zapatillas de satén que estaban en el suelo. Tenía que ir en el acto junto a *Richard* y ver si necesitaba algo. Se deslizó en el interior de su blanco «negligée», encendió una vela que le alumbrara a través del pasillo, carente de luz eléctrica, y con pasos quedos se dirigió a la habitación de *Sir Richard*. Giró con facilidad las dos hojas de la puerta, entró en la habitación y, dirigiéndose hacia la cama, se apostó a su lado y lo observó, utilizando como pantalla una mano para que la oscilación de la llama no lo despertará.

—*Richard* —murmuró con suavidad.

No contestó. Estaba dormido y su respiración era profunda y regular. No era él entonces quien la había llamado. ¿Quién podría haberla despertado? Salió de la alcoba de puntillas y cerró las puertas. ¿Volvería de nuevo al lecho? Se quedó titubeando, mientras temblaba de frío en aquella atmósfera tan húmeda. Por fin, como siempre le ocurría cuando estaba indecisa, recurrió al ensimismamiento y cerró los ojos hasta que al otro extremo del túnel distinguió la lucecita que le daba conciencia de cuanto tenía que hacer...

Un sentimiento familiar de alivio y tranquilidad se apoderó de su ánimo. No, no debía ir a la cama; tenía que ponerse encima algo caliente, el batín de franela, y ¿después, qué? Caminar quizá, reflexionando sobre todo y esperando el momento oportuno, ¿esperar hasta que *ellos* la avisaran? Pudiera ser que no oyera la voz, aunque algunas veces obraba por inspiración, cual si unas manos invisibles, más ingravidas que el aliento, rozaran sus mejillas, sus manos, los hombros y la condujeran a algún lugar. Sí, ahora estaba segura de que los sentía y que la guiaban a través del corredor hacia el salón principal. Se dejó fluir hasta encontrarse bajo la lámpara y advirtió que la detenían. Espera, sintió, espera a oír la voz, la voz del rey *Juan*; si fuera la suya —pobrecito rey *Juan*—, la de quien una noche falleció en este castillo de un atracón de melocotones maduros y de unos tragos de sidra fría... No obstante esta vulgaridad, el rey siempre había sido uno de sus favoritos. El conocimiento de su persona había llegado a ella a través de la lectura de un libro de la biblioteca.

Alto y recio de contextura, con fieros ojos azules, pelo rubio revuelto; voraz y siempre con un hambre atroz, llegó tarde al amor y no sentía reparo ni vergüenza en estar bebiendo día y noche.

Esto del «llegó tarde al amor» había hecho pensar *Lady Mary* en su esposo *Richard*, quien también «llegó tarde al amor», posiblemente a causa de alguna otra mujer. *Lady Mary* nunca se atrevió a preguntárselo y durante algún tiempo los celos la devoraron por su obstinado silencio en contarle sus previos amores.

Miró con expectación a la lámpara y vio cómo los cristales tintineaban y brillaban débilmente a la luz de la vela, cual si fuera un rostro con mil ojos.

—Muy bien —susurró en voz muy baja—, si ha llegado el momento, entonces dime algo, por favor, rey Juan, ¡dime donde está el tesoro!

Miró hacia arriba con la cabeza echada para atrás, atenta la mirada, despierto el oído, y su larga cabellera de plata colgando de la espalda.

—O si no, ¿de qué se trata? —preguntó a la luz.

También Kate estaba dormida, aunque ligeramente. Había dejado encendida una vela encima de su tocador, bujía pequeña dentro de un gran tubo de cristal, en evitación de posibles incendios. La vela permanecía siempre encendida por si *Lady Mary* la llamaba de noche. Reposaba ahora en sosiego, con su cabellera rizada desparramada sobre la almohada y un brazo desnudo doblado sobre su cabeza. La otra mano permanecía con la palma abierta y apoyada sobre su pecho. Aunque nadie la contemplaba, su dormir era hermoso, con una sonrisa entreabierta que posiblemente delataba recientes aventuras: el estanque de los nenúfares, la salida del sol, la hoguera de troncos en el salón principal y el tipo bizarro de John junto a la ventana.

Rechinó una puerta y sus ojos se abrieron; solía despertarse al más ligero ruido, consciente, entre sueños, de la responsabilidad que la afectaba de aquellos dos viejos queridos.

—¿Sí? —exclamó.

Nadie contestó. Se incorporó levemente apoyándose en el codo y divisó una silueta oscura, una sombra en la habitación. El susto cortó su respiración y alcanzó con una mano su boca para ahogar el grito que involuntariamente estuvo a punto de proferir. *Lady Mary* entró en la habitación.

—Soy yo, Kate. La bujía se me ha apagado y he olvidado coger las cerillas.

Lady Mary avanzó hasta la cama y miró a Kate a los ojos.

—¿Qué te pasa, hija mía?, ¿también tú has visto algo?

—No, *Milady*, pero no esperaba verla aquí.

—Yo tampoco —dijo *Lady Mary*—, pero me han llamado. Me he levantado de la cama, he esperado instrucciones y ahora me doy perfecta cuenta, Kate, de que éste es el momento de actuar.

Kate, que miraba asombrada a *Lady Mary*, sintió miedo de repente... ¿de quién?

—¿Ha oído alguna voz, *Milady*?

—No lo sé —replicó *Lady Mary*—. Tengo la certeza de que he oído a alguien, aunque no estoy completamente segura de que he oído algo... o a alguien. Me sentí completamente influida, si eres capaz de comprender lo que esto significa.

—No muy bien —exclamó Kate confusa.

Lady Mary se sentía impaciente.

—No puedo estar aquí dando explicaciones, Kate. Ocurre simplemente que siento cómo dan vueltas en torno a mí; están alborotados. Levántate en seguida, Kate. Puede que *ellos* encuentren dificultades si desean decirnos algo y no los esperamos; se desvanecerán como un soplo. Ya sabes que para *ellos* es bastante difícil encontrarnos; casi diría que les cuesta tanto como a nosotros.

Kate se puso encima su batín color rosa, alisó su pelo revuelto y procuró serenarse. *Lady Mary* ofrecía un aspecto extraño, resuelta, reconcentrada y ausente... sobre todo su mirada.

—¿No deberíamos llevar a alguien con nosotros, *Milady*? —preguntó Kate—. Voy a avisar a mi abuelo, ¿le parece?

—De ningún modo —respondió—. Es demasiado viejo y no sabemos dónde tendremos que ir, quizás a los calazos; él podría dar un resbalón en aquellas piedras húmedas y tendríamos que traerlo a hombros.

—Podría llamar a *Sir Richard*, o también a Mr. Webster y si no al americano...

—Escépticos —manifestó *Lady Mary*—. Sólo emiten impulsos negativos y nos expondríamos a perder todo contacto. No... no... sólo tú y yo, Kate, y apresúrate, sé buena chica. Trae la vela y los fósforos.

No le quedaba otro remedio que obedecer. Se puso sus zapatillas blancas de piel y siguió a *Lady Mary* pasillo adelante; atravesaron el salón principal y bajaron a las bodegas. Al llegar a éstas, *Lady Mary* se detuvo ante un gran armario, del que extrajo una gran llave de bronce con la que abrió una estrecha portezuela que conducía a un pasillo circular.

—*Milady* —exclamó Kate llena de ansiedad—, ¿está segura de que no va a resfriarse? Hace siglos que aquí no ha bajado nadie y el aire está corrompido cómo la misma muerte.

—La muerte no existe, de verdad que no —dijo *Lady Mary*—. No es más que una transición, como ya te lo he dicho otras veces, a otro mundo o lo que sea, que llamamos vida. Es sólo un cambio de energías, ¿me comprendes? ¡Trata de hacerlo, por favor, Kate! Sería tan agradable para mí si alguien lo hiciera.

Lady Mary se detuvo en el lóbrego corredor. Su rostro resplandecía de hermosura, sus ojos estaban impregnados de ternura y su voz era cálida. Kate sentía un profundo deseo de creer en ella y un impulso simultáneo de echar a correr, de volar hacia el salón principal, de encontrar a alguna persona joven y exenta de excentricidades, alguien como ella. Pero ¿quién era joven en el castillo, si se exceptuaba a John Blayne? Y éste era un extraño que pertenecía a otro mundo.

—Te digo que esto es lo mismo que un aparato de radio —decía *Lady Mary*—. Existe en todos nosotros un instrumento transmisor aunque no todo el mundo conoce su manejo. Algún día lo comprenderemos perfectamente y entonces nadie se extrañará ni hablará de espíritus. Todo sucede porque no lo conocemos suficientemente bien, por lo menos algunos de...

Por la mente de Kate cruzó en estos momentos la terrible idea de que *Lady Mary* hubiera perdido el juicio. Instintivamente levantó la palmatoria de modo que alumbrara su rostro. *Milady* dio un paso hacia atrás.

—No hagas eso —gritó—. Me hace daño.

«Se va a volver loca», pensó Kate desesperada, y las lágrimas afluyeron a sus ojos. A través de las mismas, vio, o creyó ver un nimbo que aureolaba la cabeza de *Lady Mary*, cual si fuera una madona de una vieja tabla.

Colocó la palmatoria en una hornacina del muro y rodeó con sus brazos a *Lady Mary*.

—No está bien, querida —le dijo—. Tiene un aspecto tan extraño... posiblemente estará fatigada por la ansiedad... después de todo es natural.

—Deja de temblar, niña —ordenó *Lady Mary* apartándola de sí con suavidad y firmeza—. No estoy loca y comprendo muy bien cuanto piensas. No hay nada raro en esto, todo es de sentido común, aunque todavía no empezaré a actuar. Recuerda para qué hemos venido aquí: ha sido para preguntarles que nos indiquen el lugar en que se halla el tesoro, si es que lo hay.

Se distanció de Kate y comenzó a andar a lo largo de un pasaje circular que descendía casi imperceptiblemente. Caminaba cual si fuera una sonámbula, decidida, con paso seguro y con un porte erguido. Le pareció a Kate que su señora hablaba, no precisamente a ella, sino a algún otro ser que marchaba delante de ella.

—Necesitamos un millón de dólares. Esto es cuanto el americano nos ofrece. ¿A cuánto equivale esta cantidad en libras? Sí; son muchas libras, de todos modos más de las que pudiéramos conseguir todos juntos, y el Gobierno no hará nada por nosotros. Y por favor, que no sean rubíes como el del campo de tenis, por favor, nos encontramos en un apuro. Se trata del castillo, de todo el castillo, ¿y dónde iremos a parar si lo perdemos? ¿Qué será de nosotros?

Kate se sentía conmovida y alarmada.

—¡Por los cielos benditos, *Lady Mary*, volvamos atrás en busca de alguien!

—Tonterías —replicó *Lady Mary* con resolución—. Sigamos adelante. *Ellos* hablarán cuando les sea posible.

Y siguió descendiendo hacia los calabozos.

Sir Richard abrió los ojos y echó un vistazo en torno a la habitación. Todavía era oscuro, la oscuridad intensa que precede al alba. Una voz resonó en sus oídos, la voz de una mujer.

—¿Quién es? —gritó.

Nadie contestó. Le había parecido, sin embargo, que había oído respirar a alguien, el soplo de un aliento, el roce de ropas muy cerca de la ventana. Buscó a tientas las cerillas que se hallaban sobre la mesita y, de un golpe inadvertido, las tiró al suelo.

«Condenadas», exclamó en voz alta. Dio la luz del conmutador para encontrar los fósforos, por si necesitaba utilizar la palmatoria. Saltó de la cama y, envuelto en su camisón de estilo antiguo, se arrodilló en el pavimento de piedra; sentía frío en las piernas y tanteó con los pies cuanto la largura de aquéllas se lo permitieron. ¡Las cerillas no aparecían!

«Condenadas, malditas», refunfuñó entre dientes. Se puso en pie con dificultad, exploró el suelo hasta dar con las zapatillas y se dirigió renqueando hacia la ventana, no sin haber tropezado con un ángulo de la mesa de su despacho. El postigo de la ventana se hallaba abierto y la luz de la luna, próxima a ocultarse, brillaba pálidamente sobre los tejos y el césped del jardín. La masa de los elefantes, que proyectaban sus sombras a distancia, sobresalía monstruosamente. Como no podía ver ninguna otra cosa, dijo en voz alta:

—¡Tú, quienquiera que seas, habla!

Nadie contestó, pero una bandada de pájaros que estaban refugiados entre las yedras, huyeron asustados. *Sir* Richard hizo un gesto de risa.

—¡Erais entonces vosotros, granujas! —Permaneció un rato junto a la ventana aspirando el aire fresco purificado por los recientes aguaceros, bostezó y, renqueando, volvió hacia el lecho, dando un puntapié a la escurridiza caja de cerillas. Se metió en la cama, atrajo las mantas hacia sí y trató de reconciliar el sueño. Imposible de todo punto. Los sucesos de aquellos dos días afluyeron a su mente y de nuevo comenzó a revivirlos. «¡Este americano!». Envidiaba su juventud, la alegría y la seguridad y confianza en sí mismo. Un presentimiento se apoderó de su ánimo. Una y otra vez Inglaterra había sido fortalecida por la juventud de otros países. Aquí mismo, en su propio castillo erigido sobre cimientos romanos, gentes de Dinamarca, que en plan de conquistadores habían venido desde Francia, dieron un nuevo impulso a la nación. Encendió la luz de la mesita y alcanzó un libro que estaba leyendo.

«Oh, Francia —relataba el cronista—, yaces postrada y derribada en el suelo... pero, mira, de Dinamarca vendrá un nuevo pueblo... entre tú y esta raza estableceréis una alianza, y tu nombre y dominios se elevarán hasta los cielos».

¡«Y cuán grande resultó aquella alianza! —seguía diciendo el libro—, el antiguo orden romano dando la mano a un pueblo juvenil henchido de energías».

Lanzó un suspiro y comprendió que no podría dormir. «¿No pertenecería él a una generación caduca? ¿Y no sería John Blayne la persona predestinada a aportar la nueva savia?». Dejó el libro a

un lado y apagó la luz. Temblando de frío, se arrebujó bajo las ropas del lecho y, vencido por la fatiga, cayó en un sueño lleno de pesadillas.

Horas más tarde, quizá no fueran más que minutos, despertó de nuevo o soñó que había sido despertado por cierto sentimiento profundo de melancolía, muy conocido por él, y que siempre antecedía a los latidos dolorosos que atormentaban su cerebro. «Aquí lo tenía de nuevo... ¿y cómo podría evitarlo? Sentía pánico por las tinieblas que se apoderaban de su mente. ¡Luz!, necesitaba luz». ¿Dónde estaba la luz? No podía respirar, se esforzó por abrir los ojos y, un instante después, cual si se hallara fuertemente encadenado, logró salir de la cama. Buscó a tientas la luz y, al no poder encontrarla, exploró la mesita para encender la palmatoria; aunque el intento resultó estéril.

Le vino a la memoria que detrás del panel giratorio guardaba una vela y cerillas y hacia allá se encaminó a duras penas. Tanteó el punto indicado, el centro de una estrella repujada en la plancha de madera, y lo oprimió. La pared, desconocida para todos excepto Wells y él mismo, dio un chirrido y giró hacia fuera. La cruzó y volvió a cerrar con cuidado. Caminó a tientas a lo largo del muro y encontró la hornacina y la caja de fósforos. Los tres primeros, impregnados de humedad, no dieron llama, pero rebuscó en el fondo otra cerilla, que ardió mortecinamente. Encendió la vela y, cegado por el dolor, echó a andar por el pasadizo que conducía a la escalera de caracol sin propósito alguno definido; cual si se hallara hipnotizado ascendió por la misma hasta llegar al final; en este punto el corredor se estrechaba inverosímilmente, terminando ante una puerta muy baja, con arco de medio punto y de la anchura de una persona. La abrió y entró en una estancia octogonal.

La luz de la vela alumbró la figura de Wells, cubierto de telarañas y con el pelo en desorden.

Hincó una rodilla en tierra.

—Buenas noches, Majestad. Ahora iba a despertarle.

Sir Richard alargó su mano. Wells la besó.

—Levántese, Lord Dunsten —dijo *Sir* Richard.

Wells se incorporó, hizo una inclinación profunda y, como si se tratara de un rito establecido hacía mucho tiempo, tomó la vela de manos de *Sir* Richard y la colocó sobre la mesa.

—Ruego a Su Majestad que tome asiento —dijo Wells.

Al pronunciar estas palabras, separó de la mesa una silla de roble macizo; se hallaba cubierta por una túnica de terciopelo hecha jirones, que colocó sobre los hombros de *Sir* Richard, quien esperó en silencio a que Wells se dirigiera a un cofre largo, también de roble, que estaba adosado a la pared. Con gran esfuerzo abrió la tapa del arcón, que arrimó contra la pared; extrajo del mismo un gran libro forrado en cuero con cierres de plata, que con ambas manos llevó junto a *Sir* Richard.

Una vez más, Wells volvió hacia el cofre y retiró de su interior una corona de oro cincelada, rematada por cinco ángulos, en cuyos vértices había sendas estrellas de plata y que colocó sobre la cabeza de *Sir* Richard.

Volvió a hacer otra inclinación profunda.

—¿Desea algo más Su Majestad? —preguntó.

—Nada más, Lord Dunsten —replicó *Sir Richard*—. Puede retirarse.

—Gracias, Majestad —contestó Wells.

Había retrocedido unos cuantos pasos hacia la puerta, cuando *Sir Richard* levantó la mano izquierda para que se detuviera.

—Una pregunta, Lord Dunsten.

—Diga, Su Majestad.

—En calidad de primer ministro leal a mis órdenes, ¿has logrado desbaratar el complot armado para desposeerme de la corona?

—Su Majestad no tiene nada que temer —dijo Wells, y esperó con una mirada de inquietud y ansia, en aquél su rostro de mejillas hundidas, a que *Sir Richard* hiciera algún comentario.

Sir Richard exhaló un suspiro profundo y descorazonador.

—¡Pobre de mí, mis enemigos buscan mi perdición! ¡Acabarán con todos los reyes, ya lo verás, ya lo verás! Asesinarán a Ricardo IV, del mismo modo que mataron a los otros reyes.

—Nadie sabe que usted se halla aquí, Majestad.

—Nadie, excepto tú —dijo *Sir Richard*.

Wells hizo una inclinación profunda.

—Estamos bien escondidos, señor, y nunca traicionaré a mi señor.

Sir Richard torció su bien formada cabeza, dirigió a Wells una mirada regia y extendió su diestra. En uno de sus dedos lucía una sortija de oro que llevaba incrustado un rubí desproporcionado. Wells se aproximó y, haciendo una inclinación, dio un ósculo al mismo.

Sir Richard habló con dignidad impresionante.

—Mereces que te nombre Lord Protector; un día lo haré. Sé cómo, tengo que premiar tu lealtad, cuanto hiciste por mí en cierta ocasión, hace mucho tiempo...

—Dígnese Su Majestad —interrumpió Wells estrujando sus manos escuálidas—. Quedamos de acuerdo en que nunca se volvería a hablar de esto. El muchacho ha muerto.

—El príncipe ha muerto —intervino *Sir Richard*—, y yo... nunca, nunca lo olvidaré.

Hundió su mentón en el pecho durante un instante y sus ojos se cerraron. ¡El dolor, el dolor! Hizo un esfuerzo para contenerse; se hundía de nuevo en la oscuridad, en la muerte y permanecía vivo para el dolor. Se estremeció de repente, alzó la cabeza, acercó un candelabro junto a sí, abrió el libro y empezó a leer. Wells lo contempló en silencio durante breves instantes y retrocedió hacia la puerta.

Allí permaneció durante otro momento. La luz del candelabro se derramó sobre aquella figura revestida de púrpura sobre aquel rostro de noble continente, sobre la corona y el cetro y sobre el alto respaldo de la silla.

Era un trono.

En las profundidades de los calabozos resonó el eco de un rumor. Kate alzó los ojos, alarmada y temblorosa.

—¿Qué es eso, *Milady*?

—Un simple portazo —dijo *Lady Mary* con aire ausente, prosiguiendo, imperturbable, el examen de las grietas de aquella pared.

—Se asemejaba al golpe de la tapa de un ataúd —replicó Kate.

—Tonterías —contestó *Lady Mary*. Había encontrado entre dos grandes bloques de piedra otra pequeña que estaba removida; la sacó de su sitio y miró dentro hueco—. Aquí hay algo —exclamó. Introdujo la mano en aquella abertura y extrajo una cuchara retorcida, de plata, cubierta de cardenillo—. No es nada importante —volvió a decir—. Algún desgraciado prisionero, me supongo, que escondía aquí su cuchara para no tener que comer con los dedos.

Volvieron a oír, a distancia y encima de sus cabezas, un estrépito de metal que hizo exclamar a Kate:

—¡*Milady*, no me diga ahora que ese ruido no tiene importancia!

Lady Mary prestó atención.

—Suena como si fueran monedas de oro —observó. Su rostro se iluminó de entusiasmo, y alzando la cabeza, dijo voz alta—: Quienquiera que seas y dondequiera que estés, ¿hacia dónde debo encaminarme?

Inmóviles, permanecieron a la escucha, mientras Kate, pasmada, confiaba en que la contestación no se haría esperar; pero no ocurrió nada. El silencio se hizo más profundo y el ambiente de los sótanos, cargado de humedad y de olor a tierra, se hacía irrespirable. Kate, a quien la exaltación había hasta ahora mantenido electrizada, se sintió de repente deprimida y asustada. Fijó los ojos en *Lady Mary*; el color de su rostro era ceniciento, y los ojos azules, a la luz de la vela, habían degenerado en un gris pálido.

—¡*Milady* —exclamó Kate—, vámonos de aquí! ¡La atmósfera aquí es mortal; nos ahogaremos! ¡Por Dios, no vaya ahora a desmayarse! ¿No se lo decía? —*Lady Mary* estaba, en realidad, a punto de desvanecerse. Se apoyó en el hombro de Kate, respirando con dificultad—. Déjeme que abra aquella puerta —gritó, y mientras sostenía con un brazo a *Lady Mary* y con el otro la palmatoria, dirigiéndose a una puerta que había enfrente de la escalera y colocando la vela encima de una roca que sobresalía, intentó forzar la puerta. Por mucho que se esforzó, la puerta no cedió. La cerradura era vieja y oxidada—. No se puede hacer nada —decidió con rapidez—. Tendremos que subir por la escalera. Agárrese a mí, *Milady*, ya nos arreglaremos de algún modo... Por aquí, querida. Las piedras aquí son más lisas, a causa de que algún desgraciado prisionero las recorrió, posiblemente, adelante y atrás durante toda su vida... La culpa ha sido mía por haberle consentido bajar aquí; debía haberlo adivinado.

Con hartas dificultadas escalaron los peldaños de piedra hasta llegar al rellano. Bajo una ventana

alta y acuchillada se advertía un saliente en forma de cornisa.

—Siéntese durante unos instantes, *Milady* —dijo Kate—. Voy a ir en busca de mi abuelo para que nos ayude... ¿Puedo dejarla aquí?

—Esperaré —contestó *Lady Mary* con voz débil pero resuelta.

—Volveré inmediatamente —dijo Kate— y entonces se acostará y le prepararé un té muy caliente.

Dio un beso a *Lady Mary* en la mejilla y echó a correr a través de pasillos y corredores hacia la habitación de su abuelo.

Lady Mary permaneció sentada en el borde que hacía la pared; mantenía recogidas sus manos sobre el regazo, pero, en lugar de tenerlas entrelazadas, las mantenía juntas y con las palmas hacia arriba en forma de cuenco, como si esperara recibir algo. Haciendo acopio de energías y con los ojos cerrados se había concentrado en la visión familiar del largo túnel oscuro y en la lucecita que brillaba a su extremo.

—Voy a renunciar —exclamó con nitidez en voz baja—. No tengo nada; estoy esperando..., esperando..., esperando.

Irguió la cabeza para escuchar mejor y abrió los ojos. Se oía una voz..., sí; no había duda que era una voz... No, eran dos y en algún lugar que no estaba muy lejos. «Hacia la izquierda. ¡No; hacia la derecha, aunque difícil de precisar!». El eco de aquellas voces resonaba de un modo extraño, tan pronto encima de su cabeza como en todos los ángulos de la fortaleza. No le era posible distinguir las palabras..., no del todo, pero cuando percibió con perfecta claridad la frase «Su Majestad» creyó desfallecer. Luego era verdad y no una mera fantasía suya. Algo diferente al sonido del viento que rozaba los muros exteriores, cubiertos por la yedra.

—¡Abuelo! —llamaba Kate.

No se recibió respuesta alguna; abrió la puerta de par en par; el claror del alba comenzaba a alumbrar la habitación. Entró y se asomó tras las cortinas del lecho de estilo antiguo en que dormía Wells. No estaba allí.

—¿Será posible? —murmuró Kate en voz baja—. No puede haber ido a la cocina a una hora tan temprana.

Salió de la habitación a toda prisa y, apenas había andado veinte pies, cuando llegó a sus oídos un grito fuerte que provenía de la habitación del duque. La campanilla sonó con violencia y oyó que se abría una puerta.

—¡Qué demonios! —rugió John Blayne.

—Espera —gritó ella—. Voy allá.

Kate se dirigió rápidamente hada la habitación del duque. John se hallaba en la puerta. Echó el pelo hacia atrás y se ciñó el cinturón que rodeaba su batín.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó, sin dejar de advertir lo bien que le caía su bata de noche y el aspecto juvenil y lozano que ofrecía, a pesar de su pelo revuelto y ojos soñolientos.

John esbozó una sonrisa.

—Estupideces, pero he visto una especie de cabeza flotante junto a la ventana. Alguno que estará haciendo bromas.

—Estabas soñando —contestó Kate.

Deslizó sus manos a través de la maraña de su pelo y arqueó las cejas.

—Puede que así sea, pero ¿de dónde vienes, por ejemplo?

—Estoy buscando a mi abuelo. ¿Le has visto?

—¿A estas horas? No... ¿pasa algo?

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no lo sabes? ¿Está alguien enfermo?

—No lo creo, aunque...

—¡Tú estás enferma! —Se dirigió hacia ella y colocó las manos sobre sus hombros—. Tú estás temblando; ¡sí de verdad! Si no estás enferma o asustada, ¿cómo explicarse que andes errando por el castillo a estas de la noche?

Y retenía ahora con todo cariño las manos de entre las suyas.

—Puede que estuviera un poco asustada —confesó la muchacha.

—Lo que es perfectamente comprensible —prosiguió él—, puesto que yo he de decirte que el

castillo, a estas horas de la noche, me produce escalofríos. No creo una palabra de cuanto dice *Lady Mary*, fijate, pero a pesar de todo siento estremecimientos; y hasta no creo haber visto una cabeza sin cuerpo que flotaba junto a mi ventana, pero la he visto. ¿Cómo demonios has podido vivir aquí toda tu vida y conservarte como eres?

Kate, sonriente, le miraba a los ojos mientras aspiraba las frases que le dirigía.

—¿Cómo puedes saber tú lo que soy yo? ¡Tú nunca me viste hasta ayer!

—Cuando veo una rosa sé distinguirla —dijo John medio en broma—. Y una rosa con nombre diferente al tuyo no es tan suave y dulce, aunque Shakespeare diga lo contrario.

Kate se estremecía, y no del frío reinante. Tenía que cortar esto al instante, esta conversación tan estéril, este modo absurdo de derretirse y disolverse interiormente.

—¡Oh! —exclamó en voz baja—. ¿Qué estoy haciendo? ¡Me he olvidado de *Lady Mary*!

Hurtó las manos de entre las suyas y echó a correr.

La desaparición fue tan rápida que si no hubiera sido porque el suelo era de losas recias hubiera creído que la había tragado la tierra. Como la forma de los pasillos era curva, pudo ocultarse al instante; John fue tras ella y todo fue en vano, extraviándose en aquel laberinto de pasajes y corredores. Había dejado la puerta de su habitación entreabierta, pero como el viento que reinaba en aquellos pasillos no toleraba puerta alguna abierta, se consideró prácticamente perdido.

«¿Qué demonios es lo que pasa en esta casa?», murmuraba para sus adentros, mientras erraba de acá para allá.

Y puesto que mentaba a los diablos, pensó, ¿dónde se hallaría Wells? El cordón de la campanilla, que pendía a lo largo de la pared, le trajo a la memoria esta persona. Dio un tirón violento y oyó a lo lejos un débil campanilleo, pero nadie acudió. Volvió a estirar de la cuerda con más fuerza y ésta se desprendió del techo aristado, cayendo sobre sus hombros y rodeándole cual si fuera una serpiente. Disgustado, la arrojó contra el suelo; no le quedaba otro remedio que vagabundear por los pasillos hasta encontrar un fin a aquel peregrinaje.

Caminó durante algunos minutos a lo largo de un pasaje que bruscamente cambió de dirección. Se detuvo un momento y miró hacia delante; el corredor carecía de ventanas y, al final del mismo, a unos cincuenta o sesenta pies, distinguió la silueta inmóvil de una persona.

—¡Wells!

Nadie contestó: aquella figura no se movió. Con paso incierto, avanzó hasta poder casi tocarla con la mano. Se trataba, ni más ni menos, ¡de una armadura de guerrero! No pudiendo contenerse, prorrumpió en una carcajada.

—Creo que me voy a volver más loco que tú, viejo —exclamó en voz baja; el eco de estas palabras resonó de un modo tan extraño bajo aquellas bóvedas que, aunque intentó reírse de nuevo, no pudo hacerlo—. Un cascarón de persona, eso es lo que tú eres —dijo en alta voz—, y en esto nos convertiremos todos si permanecemos mucho tiempo aquí —dio la vuelta y desanduvo otra vez el pasillo.

No había ido muy lejos, sin embargo, cuando oyó un gemido profundo, que terminó en un suspiro entrecortado. Se detuvo; el ruido provenía de detrás de una puerta que se hallaba a unos veinte pies de distancia. Se acercó y llamó: nadie replicó. Empujó la puerta con cuidado y ésta cedió. Una vela ardía sobre una mesa, que estaba junto a un pesado lecho cubierto por cortinas; en el mismo y bajo una andrajosa colcha de seda estaba Webster durmiendo tripa arriba y con la barba rubia apuntando al techo. El ronquido y los gorgoritos se habían dado cita nuevamente en su gahzate, dispuestos a estallar.

Corrió apresuradamente las cortinas a la vista de aquel espectáculo desagradable. ¡Deja a Webster que duerma, si es capaz de dormir, en esta morada infestada de fantasmas! John volvería a su habitación, fuera como fuese, aunque bien pudiera hallarse más extraviado de lo que imaginaba en semejante desconcierto a lo Julio Verne, un retroceso al pasado y una confusión secular. Aunque... ¿por qué evocar a Julio Verne cuando el mismo Einstein había demostrado la eternidad del tiempo?

La manifestación de que la Historia no es sino una repetición de hechos, no dejaba de ser un axioma bien elemental, hasta que Einstein hizo sus portentosas demostraciones. ¿Y por qué el tiempo no podría ser algo así como un círculo, un vaivén sin fin que se repitiera siempre de idéntica manera? ¿Y por qué este escenario medieval no podría ser un residuo del tiempo, una especie de protón neutro, un residuo de ceniza de algo que sucedió hace mucho tiempo?

«¡Detente! —se dijo a sí mismo—. ¡Contrólate y no pienses en estás antiguallas! Éstos eran los pensamientos que poblaban el cerebro cuando el consciente se abandonaba y perdía el gobierno ¡Pesadillas!».

John interrumpió su auto-admonición. Observó que, bajo sus pies, una ancha línea blanca rodeaba la cama de Webster. Cogió la vela y siguió el trazado del círculo; se trataba de una raya desigual sobre el pavimento antiguo, una línea hecha con tiza, interrumpida acá y acullá por cruces toscas. Recorrió la totalidad de la circunferencia y volvió a dejar la vela sobre la mesa. ¡Una raya de yeso... y cruces! ¿Dónde había oído contar esta vieja superstición? ¡En Irlanda, el último verano que vivió su madre! Había ella deseado de nuevo ver la Isla Verde y la había llevado al condado de Wicklow, donde habían permanecido dos semanas recorriendo las suaves colinas y merodeando junto a los lagos de algún valle hermoso. La esposa de un granjero les dijo, una noche, en una casa de campo, cuyo techo estaba revestido de paja, que aunque los espíritus rondaran el lugar y osaran entrar en el hogar, de ningún modo, señor, podrán tocarle a usted, si tiene él cuidado de hacer una raya blanca con tiza alrededor de la cama y pone muchas cruces en ella.

¡Webster, por lo tanto, era irlandés! Claro que sí, eso lo explicaba todo y... ¿qué era esto que había sobre la mesa? Una botella de agua que sin duda alguna habría sido bendecida por algún sacerdote. El suelo se hallaba salpicado de manchas húmedas... sí, y aquí también estaba la Biblia; hombre precavido este Webster, que no había olvidado de colocar sobre los Evangelios una pistola de traza antigua, sin duda alguna una reliquia que quizás encontrara en algún rincón del castillo y que se habría apropiado para proteger el sueño de aquella noche.

John esbozó una sonrisa. Valiente Webster que simulaba mucho coraje cuando se hallaba con otros, un escepticismo displicente, pero que cuando estaba, solo, ¡recurría a los métodos más arcaicos de protección! Levantó el apagavelas de plata que había en la mesa y extinguió la llama de la bujía, antes de encaminarse hacia la puerta. Cuando trataba de entornarla con todo cuidado, una ráfaga inexplicable de viento la cerró de golpe. John oyó una voz fuerte en el interior del cuarto; Webster se había despertado. Abrió de nuevo la puerta para dar una explicación y se encontró con un jarro de agua fría en medio de la cara. Acongojado, lanzó un suspiro y retrocedió varios pasos.

—¡Webster! —exclamó—. ¿Qué hace? Soy yo... yo John Blayne.

—¡Dios nos valga! —Oyó como Webster murmuraba mientras intentaba encender una cerilla. Webster se hallaba en pie, junto a la cama, y le miraba asombrado.

—¿Qué hace usted aquí, hombre, a estas horas de la noche?

—Ya no es de noche —replicó Blayne—. Ya es casi de día, como hubiera visto si no se hubiera

parapetado tras esas marcas, y la Biblia y una pistola y otras cosas más, por no mencionar el remojo de agua fresca que me ha dado.

—El agua bendita no hace daño a nadie —replicó Webster— y si usted deja de reír, explíqueme por qué se halla levantado y recorriendo el castillo a estas horas. Me supongo que, al igual que yo, no se levanta nunca con el lucero del alba.

—Si quiere usted saber la verdad, he de decirle que he tenido una pesadilla esta noche —dijo John Blayne mientras se enjugaba el agua que le chorreaba por cara y cuello.

—¿Ha sido una pesadilla? —repetía Webster.

—Sólo una pesadilla... una especie de cabeza separada del tronco que flotaba ante mi ventana, pero le suplico que no se deje llevar por fantasmagorías. Fuera de mi ventana hay una terraza y me atrevería a decir que alguien, puede que Wells, que parece una momia disecada, estaba dando un paseo a medianoche.

—Voy a volver a la cama —dijo Webster—. A mi edad es fácil pillar un resfriado.

John Blayne comenzaba a divertirse.

—¿De veras? Y yo que quería pedirle a usted que viniera a mi habitación a investigar lo de la cabeza para ponerlo en claro. Yo no creo más qué en realidades. Si usted tiene miedo y, puesto que ha gastado toda el agua bendita sobre mí, podría llevar la Biblia en una mano y la pistola en la otra.

—Yo no temo a nadie —gritó Webster—. Es el frío el que me causa este temblor, ¡y nada más!

—Vamos juntos, entonces, aunque he de advertirle que está lejos. Hace horas que me hallo perdido.

—Tonterías —exclamó Webster con acento desabrido—. Su habitación se halla debajo de mi corredor.

Asió a Webster por el brazo y abandonaron el cuarto a grandes zancadas, haciendo Webster de guía.

—He tenido suerte —dijo Blayne—, juraría que he estado buscando mi habitación durante una hora y media; ahora usted me viene diciendo que Sólo se halla a dos minutos de su cuarto. Ah, sí... ¡tiene razón! Ahora recuerdo que la puerta lleva esculpido un escudo de armas, hermosa puerta, de paso, aunque pesada como...

Se apoyó contra la misma mientras hablaba, pero cedió con facilidad como si alguien desde dentro ayudara a abrirla, por lo que estuvieron a punto de caer de bruces. Wells, erguido y correcto, aunque con ropas de noche, se hallaba allí dentro.

—Mr. Blayne —exclamó—. ¿Dónde ha estado? Le he estado buscando por todas partes. Me ha parecido oír su llamada.

John Blayne lo miró de hito en hito.

—¿Ha paseado usted por la terraza que hay delante mi ventana?

—¿Qué terraza, señor?

—¡No haga bromas, Wells! Admito las novatadas, ¡pero de ninguna manera que cabezas flotantes paseen ante mi ventana!

John Blayne pronunció estas palabras con celeridad y se quedó sorprendido del cambio súbito que advirtió en aquel viejo. Las mandíbulas se le contrajeron, los ojos se le comprimieron hasta quedar reducidos al taladro de sus pupilas y sus cejas grises e hirsutas se fruncieron sobre la nariz.

—¡Cómo se atreve usted a hacer bromas con la cabeza del duque!

John Blayne, desconcertado, se echó hacia atrás, pero Wells se dirigió hacia él, farfullando entre dientes y con los puños cerrados.

—¡Si usted supiera quién soy yo, no se atrevería... no se atrevería!

El asombrado John Blayne estaba bien impuesto de la clase de persona que era Wells —abuelo de Kate, dispensero y mayordomo indispensable— pero... ¿qué tenía todo aquello que ver con la cabeza del duque o con un insulto imaginario?

En realidad, Wells —comenzó a explicarse Blayne—, lo siento pero...

Pasó a su lado con porte altanero, se dirigió hacia la puerta, la abrió y desapareció en el corredor.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó John Blayne.

Pero el pasmo de John Blayne no tuvo límites cuando Webster, con toda naturalidad, contestó:

—Loco no, quizás estrafalario. Sí, estoy de acuerdo en que es lo mismo. De cuando en cuando ejecuta escenas teatrales en compañía del viejo de la casa. Creo que esto se le a la cabeza.

—¿*Sir* Richard actor...?

—Sí, y no debería decirlo —exclamó Webster lanzando un suspiro—. Ocurren en el castillo algunas cosas extrañas, debo admitirlo, que no pueden divulgarse.

—¿Quién es Wells? —preguntó John Blayne—. ¿O por quién se toma, si no?

—Él es... el dispensero —dijo Webster con acento inseguro.

—No lo creo —añadió John Blayne, que no apartaba su mirada de Webster.■

Webster carraspeó ligeramente.

—¿Y por qué no?...

—¿Puedo hacerle también otra pregunta? —Y dirigiéndose hacia él, le dio un golpe en el pecho—. ¿Quién es Kate?

Webster retrocedió.

—¿Kate? Lo que usted ve, una chica excepcionalmente activa, que desempeña en el castillo diversas actividades.

—Kate no es sólo atractiva —le interrumpió John Blayne—, sino también hermosa; la consideran como si fuera una hija, y...

—¡Tonterías! —intervino Webster—. Cuando ellos se sientan, la muchacha permanece en pie; tampoco come con ellos en el comedor principal. Es cierto que ella... aunque en Inglaterra se acostumbra a los niños a llamar «sir» a sus padres...

John Blayne adivinó el alcance de esta frase.

—¿Padre? ¿Y a quién?

—Yo creí que usted se refería a *Sir* Richard.

—¡*Sir* Richard!

—Verdaderamente no sé a qué se refiere usted, Blayne —reaccionó Webster al instante—. Lo cierto del caso es que me hallo aquí sin poder explicarme la causa; no me agradan las bromas a estas horas de la noche, o del día, o de lo que sea y si usted me lo permite...

Una explosión de cólera estalló en el pecho de John Blayne que dijo:

—Es usted quien va a disculparme, porque soy yo quien se marcha ahora mismo. La totalidad del proyecto queda anulada por no interesarme ya. Le ruego que comunique a *Sir* Richard tan pronto se levante que me he marchado...

Blayne sintió sobre sus hombros la garra de Webster.

—Usted no se puede marchar así por las buenas, después del revuelo que ha originado. Podríamos llevarle a los tribunales.

Se desembarazó de aquella presa molesta y exclamó:

—¡Llevarme a los tribunales! ¡Atrévanse ustedes! Lo notificaré a mis abogados y haga el favor de salir de mi habitación.

Esperó unos segundos, pero Webster no se marchó; en su lugar se sujetó firmemente el cinturón de su bata de noche, cruzó la habitación y se sentó en un viejo sillón forrado de terciopelo. Profirió una falsa carcajada y añadió:

—Vamos Blayne, va usted a hacerme creer que tiene miedo a los fantasmas y que por esto renuncia al castillo.

Blayne desdeñó aquella risotada y replicó.

—Sabe usted muy bien que a mí no me asusta nada. Lo que simplemente ocurre es que no puedo fiarme de nadie. Durante la cena dijo usted que *Lady* Mary desvariaba... pero ¿qué es lo que he descubierto a mitad de la noche? ¡A usted y a sus trucos supersticiosos! Es un mentiroso, Webster.

Webster de un salto se puso de pie.

—¿Yo, un mentiroso? ¿Vio o no vio usted una cabeza? Dígamelo, sí o no.

—Sí.

—Usted no tenía por qué husmear en mi habitación.

Se hallaban los dos enfrentados como dos gallos de pelea.

Blayne miró fijamente a los ojos de Webster. A la luz lívida del amanecer vio cuán absurda era su cara: la nariz aplastada, la boca pequeña y sin labios y una barba descuidada. Le sobrevino inesperadamente un ataque de risa y extendió su mano.

—Siéntese de nuevo —le ordenó—. No estoy dispuesto a permitirle que se marche ahora que le tengo en mi poder. Ardo en deseos de saber cosas. Dígame...

Plantó sus manos sobre los hombros de Webster, le instó a que se sentara y arrimó junto al sillón un cojín de esparto, recubierto por un lienzo amarillo deshilachado.

—Dígame, honesta, confidencial y totalmente, como a usted le parezca mejor, quién es Wells y quién es Kate. Barrunto un secreto, muy bien encubierto y poco limpio, como todo lo que hay aquí en el castillo. Es posible que también necesite el aire y la luz del sol... ¡Vamos, no finja conmigo, Webster! ¡A pesar de estos tejemanejes, hemos dejado ya de ser niños!

Webster se estremeció ligeramente.

—¡Aquí hace frío, hay mucha humedad! ¡Los dedos de mis pies se me han engurruñado! —Levantó el cuello de la bata y hundió las manos en los bolsillos.

—¡Comience, Mr. Webster, comience! —dijo Blayne.

Webster estornudó varias veces consecutivas, se sonó las narices, dirigió al americano varias miradas furtivas y de nuevo experimentó un acceso de tos, antes de que pudiera contestar.

—Sí; bien, veamos, en respuesta a su pregunta sobre Wells, ¿no es cierto? Pues él, ¿sabe usted?, no es lo que parece. Cuando *Sir* Richard nació, él era un lacayo y gradualmente fue ascendiendo a despensero, se casó con la hija de un granjero llamada Elsie, muy bonita chica, recuerdo, y mucho más joven que él y ésta murió al dar a luz su único hijo, Colin. Éste fue el padre de Kate, por supuesto un muchacho muy revoltoso e inquieto.

—Explíqueme lo de «inquieto».

Webster volvió a toser otra vez.

—Me cogerá aquí la muerte si no abandono este cuarto... ¿Inquieto? Bueno, turbulento, ¿sabe usted? Era un niño despierto y *Sir* Richard lo echó a perder; un muchacho hermoso: se asemejaba mucho a su madre que era irlandesa. ¡Lástima que Richard no tuviera descendencia propia!

—¿A quién hay que achacar la culpa?

—¿Culpa? —Webster arqueó las cejas—. Yo no diría eso exactamente. A nadie en realidad. Ocurre con frecuencia que una pareja no puede tener descendencia por alguna razón oculta y son potentes, sin embargo, con otra persona distinta. ¡Pero no es éste el caso de ninguno de los dos consortes! *Sir*

Richard ha sido siempre leal a su esposa. No, no, era muy explicable que Colin divirtiera a *Sir* Richard. El muchacho se franqueaba con toda espontaneidad a su amo y le seguía a todas partes; aprendió a montar muy bien y a hacer otras cosas, demostró poseer talento para la pintura y *Sir* Richard lo envió a un colegio. Recuerdo que Wells desaprobaba estas atenciones y decía que, al elevar su condición, lo echaban a perder.

—¿Pero *Sir* Richard persistía?

—Bueno, el caso es que en cierto sentido tenía razón. El muchacho era algo... especial, podríamos decir. A los moradores del castillo se les hacía difícil creer que el chico fuera tan sólo hijo del dispensero, ¿sabe usted?

—¿Cómo se dieron cuenta?

—Pues... —Y Webster titubeó.

—Vamos, hombre —dijo John Blayne impaciente—. Creo que no le estoy arrancando las muelas.

—*Sir* Richard lo retenía siempre a su lado, ¿sabe usted?, a las horas de la comida y del té; salía con él de paseo, hacía recitar poemas y así por el estilo.

—¿A pesar de las protestas de Wells?

—Sí, así lo supongo. El muchacho era a todas luces de una clase superior y muy afecto a *Sir* Richard, como consecuencia de la educación recibida.

—A *Sir* Richard no le agradaba ver a Colin convertido en criado. En consecuencia, éste huyó a Londres, se transformó en artista y más tarde la guerra le deparó la oportunidad de convertirse en un héroe. Contrajo matrimonio, como gusta usted decir con claridad, con una chica de «clase superior» y...

John Blayne se alzó del asiento y recorrió varias veces la habitación.

—Comienzo a comprender.

—¿Quién le contó esta parte de la historia? —preguntó Webster sorprendido.

—No se preocupe; me enteré del final antes que del principio; pero es cierta, ¿no es verdad?

Webster se encogió de hombros y se hundió todavía más en el sillón, en busca de calor.

—Oh... sí; tan cierto como cualquier otro capítulo de la vida.

—Lo que es verdad, es verdad: es usted abogado y estas cosas no pueden escapar a su percepción. ¿Y cómo es que *Lady* Mary pasó por todo esto?

—¿Por qué no había de hacerlo? —Y Webster reaccionó cual si asumiera la defensa de un cliente—. *Sir* Richard y *Lady* Mary son dos personas encantadoras. Estoy seguro que ansiaban tener descendencia legítima y con toda certeza afirmo que *Sir* Richard deplora la carencia de un heredero.

—Me pregunto yo qué es lo que pensará un hombre cuando carece de hijos por culpa propia.

Correspondió ahora a Webster levantarse del sillón y recorrer la habitación.

—Verdaderamente, Mr. Blayne, no acierto a explicarme cómo hemos abordado este tema. Yo... bueno, permítame decirle que no fue culpa de *Sir* Richard, como usted insinúa... aunque repudio esa palabra.

—¿Se habló alguna vez de divorcio?

—¡Por supuesto que no! Jamás él hubiera humillado a su esposa, aunque no le hubiera dado un heredero. ¿Le confunde usted con el *Sha* de Persia? Son solamente los reyes quienes tienen que producir retoños.

Blayne prosiguió implacable:

—¿Quiere usted entonces decir que existe algún otro chico?

Webster vociferó:

—¡No, no, no! Yo no digo semejante cosa... Además, él es demasiado viejo...

—Usted —Blayne le atajó— sabe muy bien, Webster, o debería saberlo, que si hay por medio algún niño, nos enfrentamos con un problema. Le correspondería a él heredar el castillo.

Los dos se miraron a la cara de nuevo.

—No existe tal heredero —exclamó Webster por fin—. Y le agradeceré que me permita volver a mi habitación.

—Por supuesto.

Abrió la puerta con disimulada paciencia y, cuando Webster traspuso el umbral, la cerró y se quedó pensativo con las manos hundidas en los bolsillos del batín.

«No había heredero» es lo que Webster afirmó; esto significaba que no habían tenido descendencia directa, pero ¿y algún otro chico natural...? ¿Y esta persona no podría ser Kate...? Sí, pero faltaba un eslabón, un eslabón esencial. ¿Quién... quién era Colin? ¡No abandonaría el castillo... decididamente no, todavía!

—¡*Lady Mary*! —gritó en voz alta Kate. «Se había escapado de una buena otra vez. Oh, pero era peligroso encontrarse con John Blayne de aquella manera», pensó Kate; los dos completamente solos, él dirigiéndose hacia ella y la pobre Kate experimentando cómo su sangre hervía al mero contacto con la persona del americano. Nunca había estado enamorada, aunque una vez —hace mucho tiempo— se le puso por medio un chico de la localidad y *Sir Richard* atajó el asunto. Podría recordar la fecha como si fuera ayer, puesto que nunca le había visto tan enfadado. La había cogido a solas en la sala principal.

—Ten presente quién eres —había dicho, y sus cejas se habían encrespado hasta ocultar casi por completo sus ojos—. No toleraré a ningún granjero aquí en mi castillo.

—Yo no quería... yo no había pensado en que él habitara aquí —había balbuceado ella.

—Entonces, mucho peor para ti encontrarte con él en secreto —contestó—. No lo volverás a ver; te lo prohíbo.

Kate había echado a correr; tenía tanto miedo... Y la familia del muchacho fue despedida de la granja. Poseía ella una carta en un trozo de papel escrito a lápiz. «Me siento muy triste al no poderte ver más». Había quedado desilusionada por la pobreza de aquel billete y pronto se olvidó de todo, menos del disgusto. ¡Huy!, si se enterara *Sir Richard* de lo que sentía dentro.

Vio en esto a *Lady Mary* esperando donde la había dejado, y apresuró el paso. *Lady Mary* no se movía. Estaba sentada con las palmas de las manos hacia arriba apoyadas en su regazo y los ojos semientornados.

—¡Despierte, querida!... ya estoy de vuelta. Todo va muy bien... y ya es casi de día.

Mientras así hablaba, friccionaba las manos frías de su ama y también alisó hacia atrás el pelo plateado de la anciana. De los labios de aquella figura sentada sobre húmedo el saliente de piedra y cuya cabeza se inclinaba sobre el pecho, no salió respuesta alguna.

—¡Dios nos libre! —murmuró Kate aterrorizada—. ¿La habrán matado *ellos* a quienes había precisamente recurrido en demanda de auxilio?... *Lady Mary*, ¿me escucha, querida?

Lady Mary no contestaba, aunque Kate adivinó que podía oírla.

—Ayúdeme —susurró Kate dirigiéndose a ella. «Tengo que llevarla a algún sitio, de un modo u otro».

Colocó su brazo alrededor de la cintura de *Lady Mary* y la sostuvo mientras marchaban juntas.

—Pobre de mí —musitó para sus adentros Kate. Pesa tan poco, no mucho más que un fantasma. ¡Ay!, este maligno castillo, ¡ay!, querida, querida, cómo querría de verdad...

Y suspirando y llena de aprensiones llevó a *Lady Mary* hasta su habitación y la acostó de nuevo.

A la hora del desayuno de aquella misma mañana, Wells presidía imperturbable el buffet en que se hallaban los platos para el mismo. *Sir Richard* tomó asiento en la cabecera de la mesa con un semblante abstraído pero regio. Philip Webster se mostraba tan chispeante como siempre. *Lady Mary* no ocupaba su lugar habitual, ya que Kate la había servido en sus habitaciones.

El sol inundaba de alegría el gran salón y sus rayos de vida incidían en los tapices que recubrían las paredes y en las losas grises del pavimento. Las ventanas y hasta la misma puerta que daba al jardín se hallaban abiertas de par en par. El aura suave y fresca de la primavera inundaba todo el castillo. John Blayne se preguntaba, inseguro, si las experiencias de la noche pasada no habrían sido otra cosa que sueños. Pero no, rectificó, había recogido fragmentos de una historia que había sucedido dentro de aquellos mismos muros, una historia que para él encerraba tanto sentido como los sucesos del pasado para *Sir Richard* y *Lady Mary*.

—Mr. Blayne —le había dicho *Sir Richard* al encontrarse a la hora del desayuno—: He estado buscando la mejor solución respecto a mi reino, es decir mis aparceros. Hasta que mi decisión sea rotunda, puede usted llamar a su equipo de hombres y proceder a la toma de las medidas que crea pertinentes.

—Me produce una gran satisfacción, *Sir Richard*, poderles ocupar en algo. Han alborotado algo, en el hotel, estos días.

—Es mejor estar ocupados, aunque no lleguemos a acuerdo alguno, que estar bebiendo cerveza todo el día y prestando el oído a chismorrerías —dijo *Sir Richard*.

Se produjo una serie ininterrumpida de llamadas y, antes de que hubiera transcurrido una hora, las habitaciones del castillo bullían de actividad con las idas y venidas de los cuatro jóvenes. Desprovistos de sus americanas, con las mangas de las camisas enrolladas y los cuellos desabrochados, se movían en torno a sus diversos quehaceres con alegría y eficiencia. Ahora eran hombres con una misión, hombres pertrechados de lápices y pliegos, láminas enormes de papel, reglas, cintas métricas y mapas calcados... Un ingeniero miraba a través de un telescopio y se servía como punto de mira de un listón con rayas. Un delineante anotaba sus averiguaciones en cuaderno voluminoso. Entre los mismos, John Blayne se desenvolvía con una seguridad imperturbable mientras daba órdenes concisas. Se mostraba animoso y resuelto; el mentón proyectado hacia delante y sus ojos negros alerta. Las extravagancias de aquella noche ya habían pasado.

—Hay que contar los cristales y numerarlos para saber a qué ventana pertenecen; y éstas, a sus cuartos respectivos. Los cristales, cuando llegue el momento oportuno, se envolverán en algodón; será imposible conseguir vidrios de igual calidad. Vamos adelante a todo vapor, sea cual sea la decisión final —decía a sus hombres—. Si tenemos que interrumpir el trabajo, pararemos. Caso contrario, llevaremos mucho adelantado. ¡No olviden que soy yo quien les paga! Ahora adelante con el trabajo.

Era obvio que aquello le agradaba. Nada podía concertar mejor con su espíritu que la realización de algo grande con un propósito definido y esta meta encerraba ahora el incentivo del misterio de

Kate. Vigilaba él su aparición, pero todavía no se había dejado ver. Esperaría cinco minutos más y si no iría en su busca. Se desprendió de la corbata y americana, y el aire mañanero alborotó su pelo e hizo afluir a sus mejillas una ola de sangre que le produjo escozor. Nunca se había sentido mejor y gritaba sus órdenes entremezcladas con chanzas diversas.

—Si encontráis alguno de los fantasmas a que con tanta frecuencia aluden, ponedle una etiqueta, para saber a qué rincón pertenece. Le volveremos a poner en el mismo agujero, si es que llega a Connecticut. Que todos alrededor vuestro se sientan felices, hasta los mismos espíritus, éstas son mis órdenes. Si se tratara de alguna reina... ¡dejadme primero que le eche un vistazo!... ¡Cuidado ahí, Johnston! Que los cristales de ese crucero de ventana no son para mirar por ellos... tienen un valor superior al de los diamantes.

En medio de aquel bullicio y actividad oyó una voz femenina que provenía de la puerta principal del edificio. Miró hacia allá y vio a Kate, que oprimía la boca con sus manos.

—Ven aquí, rosa de la mañana —le dijo.

Kate avanzó hacia él lentamente, con un semblante gracioso y un vestido de tela azul, protegido por un delantal blanco con encajes.

—¿Qué demonios es lo que estáis haciendo ahora? —preguntó.

—Lo que estás viendo —replicó sonriente.

—Lo que yo veo —dijo con resolución—, lo que sea, todo en absoluto tiene que parar... ¡y en este mismo instante!

Dirigió una mirada a una regla de pie que había junto a una ventana.

—Vamos a ver, dime —manifestó satisfecho—, ¿por qué me hablas en voz alta, si sabes que oigo el más ligero ruido, que no me pasa inadvertido el roce de una mosca, el aleteo de un pájaro, el susurro de una voz juvenil y los sollozos de un fantasma?

Kate interrumpió aquellas insensateces dando una patada contra el suelo.

—¡Di a tus hombres que se marchen del castillo!

—¿Después de pagarles en hermosos dólares por venir a trabajar aquí? ¡Vamos!... —Y garabateó algunas cifras en un papel que había extendido sobre la mesa.

—Si tú no lo haces, lo haré yo —declaró la muchacha.

John Blayne sonrió y prosiguió su escritura, mientras Kate comenzó a batir palmas.

—¡Hombres! —Y su voz límpida y aflautada resonó en aquellas estancias—. ¿Hacen el favor de marcharse?

—¿Qué nos marchemos? —Y uno de ellos se dirigió hacia Blayne. Pero éste no se dignó alzar la vista; se hallaba haciendo una larga suma y continuó hasta totalizarla.

—Claro que no —les dijo—. He dado mis órdenes, ¿no es así?

Los hombres prosiguieron en sus faenas.

John Blayne advirtió por el rabillo del ojo que Kate se aproximaba. Se acercó a su lado y le dijo casi al oído:

—Ahora mismo voy junto a *Sir* Richard.

El americano respondió fingiendo una ausencia mental y absorto en apariencia por las cifras, mientras que todos sus sentidos se hallaban pendientes de su fragancia, de su belleza:

—¿Por qué no fuiste a él en primer lugar? Siempre al de arriba, es lo que yo aconsejo. No sirve para nada recurrir a mí... yo no soy dueño del castillo, eso ya lo sabes.

Kate dio unos golpecitos con el dedo índice sobre su hombro:

—Y tú vendrás conmigo ¡por favor!

John Blayne se irguió y le miró a los ojos ingenuamente.

—¿Por qué he de ir contigo? Después de todo no estoy robando el castillo; ni creo tampoco que mi comportamiento dé lugar a... Yo me limito a dar trabajo a mis hombres y lo que hago está ya comentado con Webster. Actúo dentro de mis derechos.

Su mirada, tan alegre y descarada, era insoportable. Kate abrió la boca para volver a cerrarla, al verse impotente para pronunciar una palabra, limitándose a tartamudear.

—Tú... tú... Yo... yo haré... yo te enseñaré... yo...

—Serénate, pequeña Kate —le dijo.

Interrumpió sus voces entrecortadas, sofocadas por la cólera y, mientras él se reía de ella, Kate echó a correr como un niño a través de la habitación y en dirección a la biblioteca, en cuya puerta llamó. Nadie contestó. Aplicó el oído contra la madera y escuchó; abrió la puerta a continuación. No había nadie.

Cruzó el pasillo y se dirigió a su alcoba. «Pudiera hallarse todavía dormido, había sido aquella una noche tan estafalaria, todo el mundo despierto a una hora u otra». Abrió la puerta del dormitorio; tampoco estaba allí. «¿Dónde estaría Wells? Él quizá lo supiera», y nuevamente emprendió carrera hacia la cocina y la despensa. «Debían haber ido los dos a algún sitio. Algunas veces solían merodear por el castillo como si fueran dos duendes... Nadie sabía para qué». Pero Wells no aparecía por ningún lado. No le quedaba otro remedio que dirigirse junto a *Lady Mary*.

Avanzó en puntillas hacia la puerta y la abrió. *Lady Mary* descansaba todavía. Se hallaba acostada bajo el dosel de seda color rosa desvaído; su delicado perfil y la languidez de su rostro armonizaban con su blanca cabellera, cubierta por una gorrita de encajes, y las manos descansaban, plegadas, sobre el pecho. El ruido que produjeron las bisagras de la pesada puerta la desveló y se sentó en el lecho.

Kate se precipitó sobre el mismo.

—¿*Lady Mary*, querida! ¿Qué es lo que, le pasa? Está pálida como un espíritu. ¿Qué visión ha visto ahora?

—¿Por qué me has despertado?

Su voz era inmensamente triste y Kate quedó desconcertada.

—Buscaba a *Sir Richard, Milady*. Los americanos han invadido el castillo y se hallan por todos los rincones. Le dije a...

—¿A quién?

Kate asió una de sus manos inertes.

—Sus manos están como el hielo, *Milady*. Al americano, a John Blayne... le he dicho: «Tenéis que marcharos al instante». No me ha hecho caso ninguno, *Milady*, y por lo tanto yo misma se lo he dicho a los hombres, que no me han obedecido. He tratado de buscar a *Sir Richard* y, como todo ha sido inútil, he venido corriendo hacia aquí a decírselo. Tiene que hablar con ellos, *Milady*, en realidad es un deber suyo; por su modo de comportarse como si... pero ¿me está oyendo, *Milady*?

Los ojos de *Lady Mary* dejaron ver una extraña mirada glacial; se derrumbó sobre los almohadones y miró fija al ruinoso dosel que encubría el lecho.

—Quizá fuera mejor —susurró débilmente—. Después de lo que he oído no estoy muy segura... no lo creería si no lo hubiera oído con toda claridad, ¿me entiendes? Mientras tú te marchaste tan lejos, Kate, anoche —y no son imaginaciones ni sueños— dos voces, una de las cuales murmuraba «Matarán al rey Ricardo Cuarto...» y la otra. —Oh, qué voz tan quebrada al mismo tiempo que se esforzaba por parecer valerosa—: «Nunca traicionaré a mi señor, Sire»; este tratamiento sólo se aplica a los reyes... pero ¿a qué rey, Kate?

—No lo sé, *Milady* —balbuceó la muchacha.

—Tú no lo sabes —repitió *Lady Mary* con lentitud—. Nadie lo sabe. Pero yo oí dichas voces, tristes, muy tristes, que procedían de más allá de las paredes, Kate... *Ellos* pueden ocultarse detrás de los muros, porque los pobrecitos no tienen cuerpo... ¡Oh... abandonemos el castillo, Kate... o permitamos que el castillo nos abandone!

Miró a Kate en actitud de súplica, y la doncella vio como aquellos ojos que inspiraban compasión se inundaban lágrimas.

—¡Ay, mi querida señora! —exclamó jovialmente—. Toda la noche la ha pasado en una constante pesadilla y todo a pausa de esas fábulas que ha oído durante tantos años. Voy a llamar al doctor; su cabeza arde de fiebre y tiene frías las manos.

Kate tomó entre sus dedos una de las finas muñecas de *Lady Mary*.

—Y el pulso está alterado, *Milady*. ¿Está resfriada?

Lady Mary intentó ocultar su rostro entre los almohadones.

—*Ellos* no nos pueden ayudar, *Kate*; no piensan más que en sí mismos y recuerdan, eso es todo, recuerdan, recuerdan. Quizá no puedan vivir más que de esto; para *ellos* no existe más que el pasado, no el futuro. Por supuesto que el futuro, no.

«Está delirando —pensó *Kate*—, o si no es que ha debido ver algo, pero no, ¡tonterías!». El ambiente de aquella habitación en un día tan hermoso era agobiador. Soltó la diminuta mano que sostenía entre las suyas y recorrió las cortinas de la ventana. El sol de la mañana penetró a través de las cristaleras antiguas, descomponiéndose en una miríada de colores.

—¡Qué día tan espléndido, *Milady*! —prorrumpió animosamente—. ¡Mire cómo luce el sol! ¡Qué bonitos son los cristales tallados de la vidriera!, ¿no es verdad? Voy a prepararle algo de té y tostadas con mantequilla. Cuando haya comido algo se sentirá más reconfortada. ¡Hemos tenido una noche!, ¿no es verdad? Y hoy no lo pasaremos mucho mejor... ¡esos americanos!

Mientras hablaba, trajinaba por el cuarto ordenando los cepillos de plata sobre la mesita-tocador, doblando el bañín de seda que *Lady Mary* había dejado caer sobre un sillón, recogiendo una hoja que había sobre la raída alfombra «Aubusson», que sin duda alguna, el viento de aquella noche...

—¡Si pudiera verlos, *Milady*! —continuó ella—, ¡trepando por el castillo como si fueran cabras montesas! Es cierto que yo nunca he visto cabras montesas, pero de verdad que se reiría. Dos de ellos andan por encima de las almenas y están tomando medidas. ¡Me gustaría verlos en el foso! Ellos pueden con todo, ¿no es cierto?, son de una salud a prueba de bomba, atiborrados de buen jamón, me atrevería a decir, y de bistecs de tantas vitaminas como letras hay en el alfabeto, que toman a horas. Le voy a preparar, cariño mío, un huevo para que lo tome esta misma mañana. Ayer dejé una nota en el gallinero; ¡hay allí una gallina vieja tan sensata! «Un huevecito, por favor», le dije, y me miró primero con un ojo y después con el otro y al instante, se metió en el nido, la pobrecita.

Mientras así hablaba, echó un vistazo a la cama. *Lady Mary* no daba muestras de estar escuchando; miraba fija el dosel y permanecía inmóvil. La mano yacía en el mismo sitio en que había quedado. Inesperadamente, se sintió agitada por un movimiento convulsivo; se sentó en el lecho y dirigió sus ojos hacia la pared oriental. Se llevó las manos a ambas mejillas y comenzó a gemir.

Kate se precipitó a su lado y vertió agua en un vaso.

—Tome esto, *Milady*, beba esto. Sí; de verdad, debe hacerlo. Deje de mirar a la pared, *Milady*... ¿Qué es lo que está viendo? Cuéntemelo, dígame, dígame...

Trató de separarle las manos, pero *Lady Mary* estaba rígida y *Kate* dejó el vaso en el suelo.

—Tendré que... voy a buscar a *Sir Richard*. Estaré de vuelta dentro de un minuto, *Milady*; lo prometo.

Lady Mary ni hablaba ni se movía y *Kate* salió a toda prisa de la habitación; enfiló el corredor y

pasó ante la puerta del dormitorio de *Sir* Richard. No valía la pena buscarle allí pero, al azar, echó un vistazo a las puertas que se hallaban abiertas y, con gran sorpresa suya, vio que se hallaba sentado ante una mesa que había junto la ventana. Se hallaba vestido con su traje corriente, el pelo escrupulosamente peinado y su rostro impasible, cual si de nada estuviera enterado.

—¡*Sir* Richard! —exclamó jadeando—. ¿Cómo ha entrado usted aquí? Hace sólo unos cuantos minutos que yo he estado buscándole.

El castellano no replicó.

Kate se le aproximó.

—¿No oyó cómo le llamaba? ¿Por qué no me ha contestado?

—Tenga usted más respeto, mujer —dijo en tono severo—. ¿Cómo se atreve a entrar en mi habitación sin permiso?

Tales fueron sus palabras, pronunciadas con frialdad y marcada hostilidad. Kate no podía creer lo que oía. Parecía el de siempre, con la misma calma exterior, y sin embargo éste no era *Sir* Richard.

—Quería haberle dicho, aunque me parece que ya debe saberlo, que están invadiendo el castillo y que *Lady* Mary está enferma, muy enferma, y... y...

Sir Richard se puso en pie.

—¿Dónde está Lord Dunsten?

—¿Lord Dunsten?

—¡Apártate de mi vista, estúpida! —le ordenó, empujándola hacia un lado.

A grandes zancadas se dirigió hacia la puerta y gritó:

—¡Dunsten, ven aquí!

Lo mismo que si hubiera surgido del suelo, apareció Wells ante él. Y un instante después *Lady* Mary se deslizó de su lecho y Kate vio como permanecía en pie junto a la puerta opuesta por la que apareció Wells; la muchacha miró de una en una a aquellas tres personas, a las que tan bien conocía y que ahora apenas si podía reconocer.

—¡Aquí estoy *Sir* Richard! —dijo Wells.

—¡Richard! —gritó *Lady* Mary desde la puerta—. Me prometiste que nunca más volverías allí y has vuelto. ¡Puedo ver que has vuelto! ¡Ah... es allí donde estuviste esta noche!

Sir Richard la miró desconcertado.

Se llevó una mano a la frente y murmuró:

—¡He tenido un sueño extraño, muy extraño!

—Has estado allí de nuevo —insistió *Lady* Mary, y se acercó a él sujetándole por un brazo—. ¿Qué

es lo que escondes en aquel lugar? Dímelo, debes decírmelo. He oído a alguien que hablaba y decía cosas extrañas.

—Tú ya sabes lo que hay allí —le dijo. Trató de desprenderse de ella, pero *Lady Mary* le contuvo con energía.

—Tú has estado allí.

—Libros —se excusó—. No hay otra cosa que libros viejos y... y... un rincón privado.

—¡Tú ocultas algo allí!

—¡No tengo nada! —vociferó colérico—. ¡Ni siquiera un niño! ¡No tengo un niño y te lo repito!

Las manos de *Lady Mary* se desplomaron hacia abajo y exclamó:

—Todavía no me lo has perdonado, ¿verdad, Richard?

—Nadie que... ocupe mi puesto... en el trono —rezongó sombríamente.

Wells se adelantó temblando, cual si sufriera un ataque de parálisis.

—*Sir Richard*, por favor, se olvida usted de quién es.

Le condujo a una silla y le ayudó a sentarse.

—*Lady Mary*, si me permite... Kate, telefona al doctor Briggs y busca a Mr. Webster. Aquí hay más cosas que las que tú y yo somos capaces de desembrollar. ¡Y no estés ahí como una piedra!

Kate permanecía inmóvil. Aquella disputa entre estas dos personas, a las que nunca había oído discutir... ¿qué significaba esta discusión? ¿Y qué trono era aquél?

—¡Kate! —gritó Wells.

Le miró a los ojos y, asustada, salió corriendo de la habitación en dirección al teléfono.

—¿Doctor Briggs?, por favor, soy Kate, la del castillo. Nos hallamos en un gran apuro, señor... Los dos... como si estuvieran soñando en algo... No, señor, nunca les vi en este estado... Gracias, señor.

Colgó el auricular y llamó a la puerta de Philip Webster. Abrió la puerta inmediatamente y salió, vestido con el traje arrugado, pero oliendo a jabón.

—¡Hola, buenos días, Kate!

—Por favor, Mr. Webster —dijo casi sin respiración—, los americanos están actuando como si hubieran de tomar posesión del castillo mañana.

—¡Cómo! —exclamó él.

—Sí, señor, y *Sir Richard* y *Lady Mary* están desconcertados.

—¿Dónde se hallan?

—En la habitación de *Sir Richard*.

Se adelantó a grandes zancadas y Kate le siguió. Cuando llegaron a la habitación, Kate no daba crédito a lo que sus ojos veían. Wells se había marchado y *Sir Richard* y *Lady Mary* estaban sentados en la mesita, junto a la ventana, y saboreaban una misma taza de té, cual si no hubiera habido discusión alguna.

Webster se detuvo, inadvertido, en el umbral de la puerta y Kate esperó junto a él. La pareja de castellanos se expresaba con la mayor de las cordialidades.

—Ya te he dicho, querida —explicaba *Sir Richard*— que todo va bien. Blayne tiene mi autorización para tomar las medidas; después de todo, eso no significa que vaya a derribar el castillo. Nada se ha decidido por ahora y es de sentido común que sus hombres no holgazaneen por los alrededores. Mr. Blayne les paga, como comprenderás, y está bien que hagan algo, aun en el supuesto de que las conversaciones se interrumpen. Sin embargo, estoy dispuesto a paralizar todo si ello te molesta.

Lady Mary le pasó la taza de té.

—¿Quieres desprenderte del castillo?

Sir Richard le ofreció la taza de nuevo.

—Acabalo tú, querida —buscó la pipa en los bolsillos—. Eres tú la que me preocupa. Tú no podrías vivir sin el castillo, ¿podrías hacerlo, querida? De verdad que esto me preocupa.

Lady Mary reflexionó:

—Uno nunca sabe —dijo con lentitud—. Uno nunca sabe lo que tiene que hacer, hasta que conoce cómo ha de actuar. En el supuesto de que uno no encontrara el tesoro...

—Confío en que no habrás desistido —observó *Sir Richard*. Prendió fuego a la pipa, de la que extrajo una enorme bocanada de humo—. No podemos abandonar la búsqueda ¿sabes? Nunca creí que desistieras.

—Yo no veo nada anormal aquí —dijo Webster en voz baja a Kate.

A pesar de todo entró en la habitación e inquirió:

—¿Están todos ustedes bien?

Sir Richard elevó la mirada sorprendido:

—¿Yo? ¡Oh, muy bien! ¿Por qué lo pregunta? ¡La mañana es maravillosa! Entra, Kate. No te he visto en toda mañana; parece que estás algo pachucha, ¿no es así querida?

Kate había seguido a Webster dentro de la habitación y medio confusa e intrigada, se había quedado quieta. *Sir Richard* le extendió su mano.

—Tienes que ver al doctor, Kate; sus manos están calientes, Webster —y la acarició suavemente. Todos la estaban mirando y Kate sustrajo la mano con decisión: *Sir Richard* nunca le había cogido la mano.

—*Lady Mary* —dijo Kate con resolución—, usted dijo que noche pasada había oído una voz verdadera.

Lady Mary soltó una leve risita. Lucía en sus mejillas un ligero toque de colorete.

—¿Es cierto eso?

Webster tomó asiento con rapidez.

—Ah, sí, usted tenía que encontrar una especie de tesoro, ¿no es verdad?

Kate no estaba dispuesta a transigir.

—*Milady*, usted dijo...

—¿Encontraste o no encontraste el tesoro, amor mío? —inquirió *Sir Richard*—. Es muy posible, ¿sabe usted, Webster? Uno se encuentra las cosas más extrañas, recuerde lo del rubí. ¿Le dije que lo había engastado en una sortija de oro? Debo enseñársela. Kate, ¿dónde puse la sortija?

—No la he visto nunca —respondió Kate con naturalidad—. Jamás supe que tuviera usted tal anillo, *Sir Richard*.

—Oh... vamos, vamos —dijo *Sir Richard*—. Todo el mundo ha visto esa joya; me siento muy orgulloso de ella. Casi nunca la llevo; es demasiado llamativa, a menos que fuera uno un rey por supuesto... Siempre puede haber una oportunidad.

—¿Qué oportunidad? —preguntó Kate.

Sir Richard sonrió.

—La oportunidad de... algo —contestó—, la oportunidad de hallar un tesoro, por ejemplo... o la de vender el castillo... o dejar de venderlo —y extendió su brazo, haciendo un gesto ampuloso.

Webster se levantó del asiento.

—La próxima diligencia que hemos de hacer es la de extender la escritura y recoger las firmas.

—Quizá sea éste el único procedimiento para romper con el pasado —comentó *Sir Richard*.

—Pero el tesoro...

—Sí, amor mío —y se dirigió a su esposa en tono indulgente—. Se dice que cada castillo tiene un tesoro.

—¿*Milady*, *Sir Richard*! —exclamó Kate, aunque nadie pareció prestarle atención.

—Un hombre tan simpático —comentó *Lady* en voz baja—. A veces pienso que me gustaría poder llamarle John. ¿Estaría bien si hiciera eso, Richard?

—Claro que sí, querida. Después de todo has tenido que vencer algunas dificultades para acordarte de su verdadero nombre.

Lady Mary le dirigió una sonrisa.

—No, por cierto, Richard. Su nombre, Blade, es tan bonito; siempre me hace recordar aquella espada que adorna la tumba de la iglesia, aunque John es más efectivo, tan sencillo, y mucho más fácil de pronunciar.

—¡Kate!, ¿qué es lo que estás esperando? —preguntó *Sir* Richard con severidad e inesperadamente.

Todos se volvieron a mirarla, sonrientes y amables *en apariencia*, pero indiferentes y hasta con cierta frialdad. Comprendió que la despachaban y sintió que entre los castellanos y ella surgía una muralla.

—Puede que me haya equivocado con todos ustedes —explicó lentamente—. Quizá no conozca a ninguno de ustedes... yo... creo que he sido una tonta... al esforzarme tanto... por ser útil. He insultado al americano y después de todo es la única persona amable entre todos. —Oyó cómo alguien emitía un sollozo y se dio cuenta de que era ella misma, por lo que salió precipitadamente de aquella estancia.

A medio camino de su propia habitación, en el ala oriental, medio ciega por las lágrimas que inundaban sus ojos, se encontró inopinadamente cogida por dos brazos robustos.

—¿A dónde tan aprisa? —preguntó Blayne jovialmente.

—Oh... —Se detuvo y desasíóse del joven—. ¡Por favor! Iba a encontrarle a usted lo antes posible: debo decirle que estaba completamente equivocada ésta mañana. —Se estaba enjugando las lágrimas con el borde rizado del delantal. Me excedí; no tenía derecho siendo una simple doncella, a... a... dar órdenes como si fuera...

—Ven aquí —y la llevó a un cuarto en el que había un asiento de piedra bajo una ventana arqueada—. Siéntate.

Le obligó a tomar asiento y le ofreció su gran pañuelo limpio.

—¿No es esto cuanto se espera que haga el héroe? ¿Facilitar un bonito pañuelo limpio para que la heroína se limpie las lágrimas? Aunque pensándolo mejor, es él quien enjuga las lágrimas. Permíteme... ¡Ah, Kate, niña mía, tomas las cosas muy en serio!

«¡Pero qué pestañas rizadas tan largas y negras! Nada tienen que ver con tu carita las mascarillas y todos los otros mejunjes». Dobló nuevamente el pañuelo y se lo puso en el bolsillo.

—Ahora ya estás mejor, ¿no es verdad?

Inclinó su cabeza en sentido afirmativo, mientras se mordía el labio.

John parecía preocupado.

—Kate, has de escucharme; tú no haces más que recordarme que no eres más que una camarera y no quieres que lo olvide, ¿por qué?

—Porque —dijo a punto de romper a llorar— ¡no soy más que eso!

Cogió una de sus manos y la retuvo entre las suyas, examinándola con cariño: «una mano regordeta,

cual la de un niño, pero fuerte».

—No me importa que me lo repitas cuantas veces quieras —le dijo apaciblemente—. Me es totalmente indiferente, Kate. Yo soy americano y nosotros no clasificamos las personas; tú puedes vivir donde quieras, ser lo que quieras, si así lo deseas, siempre que no seas demasiado testaruda. Este dedito pulgar es un cabezón, se tuerce mucho hacia atrás. —Y dobló su dedo pulgar—. Yo también soy testarudo, ¿lo ves? —Y repitió lo mismo con su pulgar—. Mucho más que tú; deberás, por lo tanto, desistir, porque no me harás cambiar de parecer. Pero si así lo deseas, no cambiaré el castillo de emplazamiento. Me marcharé y todo quedará como antes, como siempre ha sido y de nuevo serás feliz.

—No —dijo en voz baja— no volveré a ser ya feliz.

—Te tiemblan las manos, Kate; estás temblando como un pajarillo asustado... Kate, dime quién eres. En este castillo hay un secreto, lo percibo. Y no se refiere a los espíritus sino a alguien que está vivo... déjame que te ayude.

—No hay secreto alguno —y movió su cabeza negativamente.

—¿Te niegas a confesarlo?

—Me he equivocado respecto a ti.

—Pero si no me conoces.

—Me he confundido contigo; pensé que tú eras...

—¿Qué?

John Blayne la miraba fijamente a los ojos sin que Kate pudiera eludir su mirada. Ella intentó sonreír y advirtió que su rostro se sonrojaba y el corazón latía con violencia. El rostro de Blayne estaba muy próximo, muy próximo a sus labios.

—¡Kate!

Era Wells, que se hallaba ante ellos con un rostro desencajado y un mirar inflexible.

—Vuelve a la despensa en seguida —le ordenó—. Las cosas del desayuno están esperando y no quiero decirte que esta tarde habrá reunión pública.

John Blayne se irguió.

—La culpa ha sido mía, Wells, y no creo sea necesario hablarle así, de este modo.

Wells permaneció impasible.

—Y hay una llamada del otro lado del mar para usted, Mr. Blayne; están esperando en la librería.

—Gracias —hizo una pausa para sonreír a Kate y echó a andar hacia la biblioteca.

Wells esperó a que hubiera desaparecido, antes de dirigirse a Kate. La muchacha se hallaba todavía

sentada bajo el arco de la ventana y miraba hacia el paseo de los tejos.

—No quiero que te enredes con ese americano —rezongó—. Bastante revuelo tenemos en el castillo para que vengas tú a complicarlo ahora todo. *Sir* Richard se enfadaría mucho.

Kate no volvió la cabeza.

—El mundo está revuelto, ya lo sé; estoy de acuerdo contigo abuelito. Y yo no soy quien se enreda, como tú dices. Los amos no se preocupan verdaderamente por nosotros; todo cuanto hacen lo llevan a cabo sin que les preocupemos. Jamás* los comprenderemos.

—Y tú —replicó melancólicamente— ignoras de qué estás hablando.

Salió de la estancia, y Kate se quedó mirándolo hasta que su triste figura se desvaneció en el pasillo; él nunca había querido. ¿Quién era Wells?, ¿y quién era ella? ¿Por qué eran los dos tan diferentes y, a causa de qué, ella tampoco le quería? Kate nunca había sentido cariño hacia su abuelo. Siempre se había encontrado muy sola... aunque nunca tanto como ahora... y era esta soledad la que le impelía a seguir los pasos de Blayne, por el mero consuelo de estar junto a él los breves momentos que pudiera todavía permanecer en el castillo.

Se hallaba en la biblioteca sentado detrás de la mesa de roblé, con los ojos cerrados y haciendo visajes con la cara mientras, como de ordinario, mantenía el auricular lo más alejado del oído. La voz de su padre se oía potente y áspera.

—¿Me oyes?... quiero que estés en Nueva York el próximo lunes. ¿Por qué? Para la fusión de las compañías, Johnny. ¿Dónde has estado todos estos días?

John Blayne replicó firme y ponderadamente.

—No es tan sencillo, papá. Han surgido complicaciones aquí... no hemos llegado todavía a entendernos, pero...

La voz le interrumpió bruscamente.

—¿No estarás aquí entonces?

—No.

—¿Comprendes bien lo que dices? —Resumió de nuevo la voz—. El padre de Louise se volverá loco y cuando se enfada, ¡ya sabes cómo es! Cuando él se enfurece, yo pierdo los estribos y entre los dos echamos todo a rodar, como otras veces ha sucedido. ¿Qué quieres que le diga?

—No es necesario que le des explicación alguna de lo que hago. ¿A qué va a conducir, después de todo, esa función de ópera?

Kate entró de puntillas en la habitación sin que él lo advirtiera y permaneció en silencio a la espera.

—La *ópera* —y la voz remachó con énfasis cada sílaba— consiste en que Louise se dedica a rondar con otro hombre, mientras tú rondas en torno al castillo. Si no estás aquí el lunes, la perderás, tan seguro como que me llamo John Preston Blayne, *senior*. Hijo, ¿por qué te empeñas en que fracase esta operación, de mucho más valor que esa pila de piedras? —Y la voz se fue dulcificando—. Se ignora lo que es el amor hasta que se ha perdido, como me ha sucedido a mí. Ahora recuerdo cuántas cosas desagradables dije a tu madre y que ofendieron sus sentimientos; las veces que pude haber estado con ella y no lo hice y las cosas que, en estos momentos, hubiera deseado hacer... —La voz rasposa titubeó y volvió a recuperarse—. ¡Al diablo contigo! —exclamó con energía, y se oyó el estrépito del auricular.

Kate intentó deslizarse sin ser vista, pero él se interpuso entre la puerta y la muchacha.

—Era mi padre.

—Ya me lo imagino.

—Supongo que no te marcharás sin que antes te lo explique.

—¿Lo de los «merger»?

—No, algo mucho más importante.

Kate le miró con altivez, se dirigió hacia la mesa, tomó el auricular y se lo ofreció.

—Aquí está —dijo—, cógelo.

John, desconcertado, se posesionó del mismo.

—¿Para qué? —preguntó.

—¿No tenías que enviar primero un cablegrama?

Kate abandonó la estancia con la cabeza erguida y le dejó confundido, viéndola marcharse. Dio unos pasos hacia ella, se detuvo y retrocedió lentamente hacia el escritorio, tomó asiento y ocultó la cara entre sus manos. Transcurrieron diez minutos en esta actitud. Alcanzó el teléfono, marcó un número y esperó; envió a continuación su mensaje, no a su padre sino a Louise.

Permaneció sentado durante otro rato, sonrió de repente y golpeó la mesa con ambas manos. Se alzó del asiento silboteando los compases de un vals y abandonó el despacho, radiante de satisfacción.

Kate se sentó al llegar a su habitación y rompió a llorar; se hallaba sin alientos y desamparada. La habitación consistía en una torre, el torreón del oeste, con estrechas saeteras por ventanas y un hogar chimenea empotrado en las piedras de la pared. Había pertenecido aquella dependencia a una doncella de honor, una muy joven, cuya familia vivía en Gales y quien, a causa de aquella soledad, había optado por colgarse una noche de la viga central del techo. Nadie la echó de menos y transcurrieron varios días antes de que decidieran hacer averiguaciones. Se llamaba Megan, y Kate, que pensaba en ella a menudo, meditaba en estos momentos cómo sería y si, independientemente de aquella soledad, no habría habido alguna otra razón para ansiar la muerte. Quizá la señora hubiera sido cruel con ella; a lo mejor estaba enamorada, quizá, quizá, pero ¿quién lo sabía?

Ahora le parecía a ella comprender la razón por la que Megan había muerto en esta habitación tan pequeña. Posiblemente aquella desgraciada se había puesto a llorar sobre el mismo escabel que estaba arrimado a la chimenea. Kate no se sentía predispuesta a morir, pero necesitaba llorar, y lloró mucho tiempo con sollozos reconfortantes hasta que no pudo más. Se levantó después a lavarse la cara y arreglarse el pelo; abrió los cajones de la coqueta y todo lo puso en orden. Hecho esto, pegó dos botones que le habían caído de la chaqueta de lana y zurció un siete de su falda de seda. No le vino a las mientes ninguna otra cosa que hacer, por lo que abrió la puerta y se puso a la escucha para ver cómo se las arreglaban en el castillo sin ella. Reinaba un profundo silencio y tras unos momentos de atención, bajó silenciosa las escaleras circulares y se coló con cuidado a lo largo del salón principal, en el que reinaba una gran actividad y bullicio. Se distinguía, entre todas, la voz de John, que hacía preguntas, discutía, contradecía y pedía orientaciones; las otras voces le replicaban.

—Debemos dar algún incentivo —estaba diciendo—. Por ejemplo, ¿qué es lo que podríamos hacer aquí una vez que el castillo estuviera fuera; cómo podríamos explotar esta tierra del modo más ventajoso?

—El incentivo que tú ofreces será en metálico, ¿no es verdad?

La voz pertenecía a David Holt, aquel hombre alto, de pelo gris, que tenía un próspero negocio de confecciones. John y él examinaban cifras que había escritas en un cuaderno negro.

—Yo quiero un estudio —observó John—. El dinero no es una solución en estos tiempos. Algo que ocupara a la gente y produjera ganancias sería lo más indicado.

Uno de los jóvenes interrumpió el diálogo.

—¿Sabe qué, Mr. Blayne? ¡El subsuelo de esta colina está constituido por capas de yeso! Construcciones de cemento sería lo más adecuado. Se podrían reconstruir todas estas chozas viejas. ¡Acuérdese de lo que sucedió en casa con «Park Avenue»! ¡Acero, cristal y cemento! ¡Estupenda combinación!

John soltó una carcajada...

—¿Otro Nueva York? ¿No tenemos bastante con uno?

—Podría hacerse un parque, Mr. Blayne —cantó otro de los jóvenes desde el extremo opuesto del

hall—. ¡Un Disneyland en Inglaterra! Están necesitados de algo que les haga reír, pienso yo. Diversiones públicas.

—Tome nota de las ideas, Holt —dijo John al abogado—. Yo he estado pensando en levantar una granja modelo; eso no estropearía el paisaje. Centrales lecheras, silos, todo cuanto despertara al país, ¿sabe usted?

—¿Habla en serio?

—¡Pues claro que sí! Yo no quiero dejar un desierto tras mí. Hagamos algo en beneficio de esta comarca. Que los delineantes bosquejen algún dibujó en el supuesto de que... calcúlense los costos, la maquinaria más moderna y rebaños Guernesey importados de los Estados Unidos. ¡Hay algo de romanticismo en todo esto! La raza Guernesey procede de la isla del mismo nombre, pero, al igual que nosotros, nuestra permanencia en América nos ha beneficiado. Ahora se lo reintegramos en una versión modernizada. En el ínterin yo no descartaré idea alguna. Disponemos de una semana para...

Al retroceder Kate y dirigirse a la cocina cogió al vuelo esta palabra. ¡Una semana! ¿Iba a permanecer él una semana más? En gesto involuntario se llevó las manos a la boca. ¿Cómo podría ella soportarlo? ¡Que se marchara ahora que todavía mantenía el control de su corazón! Descendió con rapidez por el corredor que conducía a la salita privada de *Lady Mary* y *Sir Richard*. Casi debía ser la hora del almuerzo y ella había estado ausente durante mucho tiempo. Sin duda habrían preguntado por ella. Pero no, se hallaban plácidamente sentados junto a la ventana; él, fumando su pipa y ella, de nuevo con el ganchillo, tan dulcemente cual si aquella mañana no hubiera habido conmoción alguna. Philip Webster recorría el piso de la estancia, sus manos hundidas en los bolsillos y su pelo gris convertido en una maraña, cual si se hubiera pasado las manos a través del mismo con mucha frecuencia.

Lady Mary hizo seña a Kate de que no la necesitaba y Kate dio la vuelta y se encaminó a las faenas que la esperaban en la despensa y cocina.

—Podría vender el Condado en parcelas, *Sir Richard*.

—No lo venderé —dijo *Sir Richard*—. Lucharé hasta final... Querida —y se dirigió a *Lady Mary*— tú mantendrás íntegras todas las posesiones. Se trata de tu reino, ya lo sabes, este pequeño reino; después de todo, todavía existen reinos semejantes: Monaco, Licchtenstein y ahora Starborough, sin que sea ningún despropósito. Confía en mí; no consentiré que los vasallos de este reino se salgan con la suya. He sido a menudo muy blando con ellos. ¿Qué fue lo que dijo John Gomer?: «Tres cosas, las tres de la misma condición, son de una crueldad inaudita cuando logran imponerse: una inundación, un fuego devastador y un tumulto de gente alborotada». El año era el de 1835, pero todo cuanto dijo es todavía cierto.

—No sé de qué estás hablando, Richard —observó *Lady Mary* con aire de persona ausente. Estaba contando los puntos—. ¡Oh, pecado, lo he hecho mal! —Y comenzó a deshacer el ganchillo.

—Si vendiera parcelas y extensiones reducidas de tierra —dijo *Sir Richard*—, la gente se

trasladaría hacia aquí; construirían casas y el castillo permanecería en medio de aquellas construcciones.

—Me supongo que eso es lo que harían —observó *Lady Mary* reanudando su ganchillo.

—Nos cercarían —prosiguió *Sir Richard*—, aunque no sería ésta la primera vez, Webster, pero el castillo puede defenderse. El foso está seco, por supuesto, pero aunque se drenó a causa de los mosquitos, podríamos con facilidad hacer desembocar el arroyo tal como estaba al principio y el foso se llenaría inmediatamente de agua. ¡Es una medida indispensable, puesto que la gente se encaramaría a las almenas en seguida! Hace mucho tiempo que lo tengo previsto.

Webster, al oír esto, tomó asiento y le miró cara a cara:

—Está usted diciendo insensateces, *Sir Richard*.

—Le aseguro a usted que no —replicó *Sir Richard*. Su rostro rugoso se encendió y los ojos brillaron bajo sus cejas espesas—. No es insensatez alguna que un inglés defienda su castillo. Es su derecho; él es el rey. No sería ésta la primera vez que un rey ha permanecido en la torre del homenaje del castillo de Starborough, al frente de sus huestes, hasta obligar al enemigo a retirarse.

Lady Mary le miró por encima de la labor que tenía entre manos y dijo:

—¿Quién se retiró, Richard? —Su voz era apacible, su rostro se tornó lívido de repente.

Sir Richard la miró desconcertado y añadió:

—La gente, ya lo sabes, sus casas...

—¿Qué casas?

—Las casas que la gente construiría.

—Las casas no van a parte alguna —comentó ella— además no son el enemigo.

—¡Lo son! —gritó él—. Las casas me ahogan; ¡ahogan la grandeza! Por esta razón, los reyes edificaban siempre sus castillos en sitios aislados. ¡El vulgo! ¡Ese vulgo! Ése es el enemigo. La gente vulgar, los locos, los siervos, los... los..., te lo vuelvo a decir: ¡defenderé este castillo mientras yo viva! Jamás lo abandonaré...

Lady Mary le interrumpió:

—¿Sabes qué harían entonces? Arrasarían el castillo... o lo convertirían en algo útil para sus propios intereses. Es mucho el tiempo que hace que se construyó y he comenzado ya a darme cuenta.

—Quizá tenga usted razón, *Lady Mary* —observó Webster.

Sir Richard se levantó del asiento. El cerebro comenzaba de nuevo a torturar su pensamiento.

—¡Vosotros dos! —vociferó—, ¡vosotros dos... contra mí! ¿Dónde está Wells?

Abandonó la habitación al instante.

Lady Mary, en silencio, prosiguió con su ganchillo y Webster no abrió tampoco la boca.

—Fue él —dijo *Lady Mary* por fin—, fue Richard quien trajo los americanos aquí, ¿no es verdad?

—Claro que sí; fue él quien me avió para que pusiera un anuncio —contestó Webster.

—Ahora no quiere abandonarlo. Hace un momento dijo que lo hacía por mí; en realidad a mí no me afecta... es sólo por él... Pero parece ser que hay alguna otra cosa... y quizás estemos llegando al fondo de la cuestión.

La respiración de Webster era entrecortada cual si se estuviera ahogando.

—No comprendo nada, *Lady Mary*.

—Ni yo tampoco, Philip, y hablando claro ni al mismo Richard, con quien he vivido durante tantos años. Hemos sido felices o creído que lo éramos, pero ahora ya no estoy tan segura. Y yo, loca de mí, siempre creí, me atrevo decirlo, que de alguna manera... alguien... nos ayudaría. Quizás *ellos* no puedan; quizá sea muy difícil para *ellos*, también. Yo no creo que, a pesar de que hayan muerto, ¿sabe usted?, hayan ido a lugar alguno. Deben encontrarse Philip, en un estado de conciencia diferente, aunque, eso equivale a hallarse en otro país. Por lo tanto, lo siento mucho por *ellos*. Pero como no dependemos de *ellos*, debemos procurar por nosotros mismos.

Webster la contemplaba atónito y con ojos desorbitados.

—Yo... no sé a qué se está usted refiriendo ahora, *Lady Mary*.

—No, ya me hago cargo de que no —y *Lady Mary* suspiró depositando su labor en un pequeño cesto de mimbre.

La puerta se abrió y compareció Wells. Llevaba el pelo cepillado y se había puesto una camisa blanca, debajo del uniforme raído, pero se hallaba avejentado y parecía enfermo.

—Por favor, señora —dijo—, ¿que hay sobre los americanos?; ¿los tendremos a comer todo el día?

Su voz era vacilante y *Lady Mary* se fijó en él.

—¿Qué es lo que pasa, Wells? Parece como si hubieras visto... hubieras visto algo.

Wells se llevó una mano a la boca para ocultar sus labios temblorosos.

—*Milady*, he oído que *Sir* Richard hablaba con usted. En realidad se halla enfadado conmigo, no con usted, estoy seguro. Pero la verdad es que me es imposible llevar a cabo cuando él quiere que se haga. Necesita mejores colaboradores que yo, viejo caduco, *Milady*. Yo ya no puedo protegerle durante más tiempo... —Y acto seguido comenzó a mascullar en voz baja—. El rey necesita ayuda; yo no puedo prestársela solo, no puedo, no puedo...

—¿Qué rey? —inquirió *Lady Mary*.

Wells rebuscó en los bolsillos el pañuelo y lo pasó por sus ojos antes de contestar.

—¿Decía, *Milady*?

—He preguntado «qué rey».

—No sé qué quiere decir usted, *Milady*. Hablaba de *Sir* Richard.

Webster se volvió a Wells:

—Quieres decir que no puedes gobernar este lugar por más tiempo, ¿no es verdad?

—Sí, señor —dijo Wells—. Gracias, señor. Pero si pudiera hablar con usted, *Milady*, sólo durante un minuto...

Lady Mary se sentó con sus manos plegadas sobre el regazo y la cabeza hundida en el pecho. Miró súbitamente hacia arriba y exclamó irritada.

—No, no, Wells; no quiero hablar ahora. Por supuesto tendremos a los americanos. Comeremos juntos.

—Son seis, *Milady*.

—Y tres que seremos nosotros harán un total de nueve, Wells.

Despidió a Wells con una inclinación de cabeza, dirigió otra a Webster, se levantó del asiento y, pasillo abajo, se dirigió a la habitación de *Sir* Richard.

No se encontraba allí pero, aunque hubiera estado, pensó, no se habría detenido en la puerta. Había llegado la hora de descubrir por sí misma cuanto pasaba en la mente y memoria de su esposo. Cruzó la habitación en dirección a la pared revestida de madera y se esforzó por abrirla. Podía moverla, esto lo sabía, aunque sólo de oídas. Oprimió cada panel de la misma, cada relieve y moldura, toda posible marca o señal, pero permanecía inamovible.

—Vamos a ver —murmuraba—. Ábrete, ya lo sabes... ¡no te me resistas, por favor! He vivido aquí durante muchos años.

Como la puerta seguía incommovible y resistía a todas sus tentativas, estaba a punto de abandonar su intento, cuando, inesperadamente, y sin saber a punto fijo el resorte oprimido, el mamparo se deslizó silenciosamente y se encontró cara a cara con *Sir* Richard. Allí estaba él en postura rígida, con los brazos pegados a sus flancos y una expresión fría y de orgullo en su rostro, mirándola cual si fuera una extraña o una importuna. *Lady* Mary se quedó de una pieza; la sangre se le paralizó en las venas y se sintió desfallecer. Intentó hablarle y no pudo. Con un gran esfuerzo, hizo acopio de energías y dijo: /

—¡Gracias a Dios, que por fin he podido encontrarte, Richard! Me da la sensación de que he estado buscándote toda mi vida.

Le dirigió estas palabras con la confianza de que, una vez encontrado, su esposo la acogería benévolo, pero en lugar de esto, extendió la mano y tocó un resorte del mamparo; el lienzo de madera, con rapidez y suavidad, volvió a deslizarse entre los dos esposos, que quedaron de nuevo aislados.

Lady Mary quedó desconcertada durante unos instantes y la cólera galvanizó su sensibilidad: «¡Esto sí que no lo aguantaría!, ¿cómo había osado él despacharla cual si fuera una extraña?, ¿qué es lo que su esposo le ocultaba?». Se sintió presa de un pánico arrollador y golpeó con los puños las maderas gritando.

—¡Richard, déjame entrar! ¡Richard! ¡Richard!

No se oyó contestación alguna. *Lady Mary* aplicó su oído al mamparo: no se oía nada, ¡absolutamente nada! Unos pajarillos, que tenían sus nidos en las yedras próximas a la ventana, atemorizados, emprendieron la desbandada.

—¡He de encontrarlo! —barbotó fuera de sí, mientras intentaba dar con el resorte secreto que abriera aquella puerta, pero por mucho que palpó y oprimió las molduras de la pared, ésta no cedió: ¿No había otro medio de darle la vuelta a aquel muro...? Puede que sí. Cerró los ojos, con las manos pegadas a las sienes, trató de recordar. Hacía mucho tiempo, cuando siendo todavía su novia vino en cierta ocasión al castillo, Richard la llevó un día a la habitación del torreón, la habitación del trono como él la llamaba, a causa de que siendo un muchacho, su padre, su padre inválido, jugaba con él a ser rey. Aunque no recordaba que en aquella dependencia hubiera trono alguno, sólo una vieja silla de mucho peso.

¿Cómo había ido, aquel día, a la habitación? ¿Y por qué causa no había vuelto allí nunca? ¡Ah!, porque ella no lo había querido. *Lady Mary* no había olvidado la expresión de resentimiento y tristeza que se reflejó en el rostro de *Sir Richard* cuando, en cierta ocasión, se refirió a esta estancia. Aún recordaba a través de los años su contestación:

—Estoy contento de que no hubieras visto a mi padre. La guerra le había mutilado de un modo feroz. Menos mal que nací antes de que esto sucediera, de otra manera no hubiera venido al mundo.

Ella era entonces demasiado joven para comprender, demasiado niña para replicar; se había quedado quieta mirándole y él echó a correr.

—Mi padre —también le había dicho— se sentía orgulloso de mí; deseaba que me casara pronto para tener hijos. Yo le dije que esta razón no era suficiente, hasta que te encontré a ti. Ahora es demasiado tarde, él ha muerto y ya no verá a nuestros niños.

Recordaba la congoja que la había invadido al verle sollozar; ella nunca había visto llorar a hombre alguno y, rodeándolo cariñosamente con sus brazos, había tratado de confortarlo.

—¡Richard, querido, tendremos unos niños muy hermosos!, ¡te lo prometo!

Ahora era ella quien lloraba silenciosamente y trataba de sofocar sus sollozos. No había podido mantener la promesa, no habían tenido descendencia. El dolor de este recuerdo era intolerable. Sin saber hacia dónde encaminarse, echó a andar pasillo abajo. Vio a Kate en el umbral de una puerta con una bandeja en las manos y, a la vista de su rostro, lleno de sobresalto, *Lady Mary* emprendió una carrera. Hacía años que no había corrido todo lo aprisa de que era capaz. Sentía el latido de su corazón en las costillas, pero no por eso disminuía el ritmo; enfiló las escaleras que conducían a las

mazmorras, hasta que un gran portalón bloqueó su marcha. Era la misma puerta, detrás de la cual había oído las voces. Prestó atención, oprimiendo con sus manos el pecho, pero no oyó nada. Aporreó la puerta y gritó tan fuerte como pudo.

—¡Richard, Richard!

Nadie contestó. «Pero ¿por qué llamaba a Richard? Las voces no tenían nada que ver con él, ¿o sí? ¡Oh... aquella puerta era inamovible!». Las fuerzas comenzaron a flaquearle, apoyó los brazos contra aquélla, inclinó su cabeza sobre el brazo derecho y cuando creyó que iba a expirar de extenuación sintió la voz de Kate que la sujetaba por la cintura.

—¡*Milady, Milady!*, ¿qué pasa? —Gracias que el doctor había llegado en aquel preciso momento, pensó—. Es el doctor Broomhall, *Milady*; el médico joven, doctor Briggs, dijo que no podría venir porque tenía que ir a Londres. Vine detrás de usted tan pronto como pude desprenderme de la bandeja. Cuando pasó delante de mí, me dio la impresión de que veía a un espectro. Tan pronto llegó el doctor y le hice...

El doctor Broomhall, que se hallaba junto a Kate, interrumpió la conversación.

—En verdad, *Lady Mary*, esto es muy chocante. Se me comunica que está usted en cama y he aquí que la encuentro en este sombrío agujero, corriendo detrás de...

—Richard —suspiró con voz entrecortada—. Busquen a *Sir Richard*, cuiden de él...

—Sí, *Milady* —dijo Kate con voz persuasiva—, sí, de verdad que lo haremos, pero de ninguna manera debía usted haber...

—Hay que llevarla a la habitación al instante —ordenó el médico.

Asió a la enferma por un brazo y Kate por el otro y echaron a andar con la enferma en medio, casi arrastrándola.

—Sois tan desiguales —murmuró *Lady Mary*, semiinconsciente.

—¿Eh...? —preguntó el doctor Broomhall.

—Es usted muy alto —dijo *Lady Mary* enojada— demasiado alto; y Kate es pequeña... como... dos muletas desiguales.

El doctor soltó una vigorosa carcajada.

—Seis pies cuatro; estoy de acuerdo que es mucha altura. Permítame, *Lady Mary* —y de una brazada la levantó en vilo y se la llevó cual si se tratara de un niño; la enferma se sintió al instante aliviada.

—Oh, gracias —murmuró—. Desde mi luna de miel, jamás me llevaron así. No sé si debería consentirlo...

—Opino que no está enferma de cuidado —dijo el doctor a Kate por encima del hombro.

—Es Richard el que necesita cuidados —contestó *Lady Mary*.

—¿Qué sucede? —preguntó el doctor medio en broma—. Tenía muy buen aspecto cuando le vi ayer en la villa galopando por la calle sobre su hermoso caballo gris.

—Estoy asustada —entornó la mirada y repitió susurrando—: Muy asustada; se comporta muy extrañamente.

—¿Extrañamente? —La voz del doctor se había serenado y su jovialidad, desaparecido.

—Richard... me miró como si no me hubiera visto nunca... Y ha cerrado una... una puerta ante mi cara. Cuando le llamé... no me contestó.

—¿Se hallaba en las mazmorras también?

—No. Fui yo quien bajé... al no abrimme... la puerta... hay una escalera muy antigua que conduce a... a...

—¿A dónde?

—No lo sé; una especie de habitación...

Lady Mary se sumió en el silencio. Los ojos del doctor dirigieron una mirada significativa al rostro de Kate. Al llegar al cuarto de *Lady Mary*, Kate abrió la puerta y el doctor la depositó sobre el lecho, pero la castellana enderezó inesperadamente su busto y grito:

—¡Richard!

Porque *Sir Richard*, precisamente, se hallaba en el centro de la estancia, cual si estuviera esperando su llegada.

—Querida —exclamó avanzando—. ¿Dónde has estado? Te he buscado por todos los sitios; uno de los hombres dijo que te había visto venir en esta dirección y por eso he venido aquí para ver que ya te habías ido.

—Richard —susurró mientras le miraba cual si fuera un espectro—, ¿por qué cerraste la puerta?

Su esposo frunció sus cejas.

—¿Puerta?, ¿qué puerta?

—¡Richard, no disimules!

—No disimulo, querida. Eres tú quien, no debe encontrarse bien. Doctor, mi esposa está enferma.

Antes de que el doctor tuviera tiempo para asentir, oyó un ruido en la puerta entreabierta y John Blayne entró dentro.

—Ah, ya la han encontrado —exclamó—. Los hombres me dijeron que se había usted perdido, *Lady Mary*. La hemos estado buscando. ¿Dónde se hallaba, Kate?

—En los sótanos —dijo Kate.

—¡Dios bendito! —clamó *Sir Richard*—. Pero ¿cuando desistirás de buscar ese absurdo tesoro? Podrías haber resbalado; el piso del suelo es resbaladizo y cogerás un resfriado. Acuéstate, querida.

Recostó a *Lady Mary* suavemente contra los almohadones, estrechó entre las suyas las manos de su esposa mientras, no dejaba de reprochar a Kate:

—¿Cómo has podido perderla de vista, Kate?

—*Lady Mary* dijo que usted la había encerrado en algún sitio —contestó la muchacha lisa y llanamente.

—¿Qué la he cerrado yo? ¡Qué absurdo!; yo he estado aquí todo el tiempo —replicó *Sir Richard*—. ¿Para qué tenía que ir a los sótanos?

—Ya habíamos estado allí antes —balbuceó Kate— para encontrar el tesoro.

—¡No habláis en serio! —comentó John—. Yo creí todo era una broma.

—Lo hicimos en serio —dijo Kate, y se sonrojó.

—A la edad de *Lady Mary*... —comentó el doctor, pero *Sir Richard* le atajó.

—No es cuestión de años; lo que ocurre es que tiene unas nociones extrañas sobre... bueno, sí, quizás haya empeorado últimamente... pero Kate, que no se vuelva a mencionar lo del tesoro. No quiero verla preocupada; es mi responsabilidad. ¿Cómo se encuentra, doctor?

El doctor, que había examinado a *Lady Mary*, sus ojos, el pulso y la temperatura, extrajo unos polvos de su maletín.

—Ha sufrido algún choque nervioso y necesita reposo. Tome esto, *Lady Mary*; es sólo un calmante. Dormirá un rato y cuando despierte se encontrará mejor; les sugiero que abandonemos la habitación, está muy excitada.

—Yo no la abandonaré —dijo *Sir Richard* con voz resuelta.

—Muy bien, entonces el resto de nosotros —observó el doctor—. Volveré a visitarla más tarde.

Abrió él la marcha y Kate y John abandonaron la estancia en silencio. *Sir Richard* arrimó una silla junto al lecho y se sentó. Acarició suavemente las manos de su esposa y ésta le miró con ojos suplicantes y recelosos.

—¿Estaba yo soñando, Richard? —pronunció con voz débil—. ¿No eras tú... no estabas tú... detrás de la puerta cuando yo...?

—Querida —le interrumpió *Sir Richard*—, cesa de preocuparte; ya me ocuparé yo de todo a su debido tiempo. Cierra tus ojos, estás segura en tu habitación, en tu propia casa, en nuestro castillo...

—No puedo convencerme de que aquello fuera un sueño.

—Uno tiene muchas clases de sueños y no hay que extrañarse por eso —comentó *Sir Richard*.

Su voz parecía provenir de muy lejos y *Lady Mary* penas si percibía sus palabras. Después de todo, quizá su marido tuviera razón, quizá fuera cierto que lo de ella no había sido más que un sueño... él cuidaría de ella... Y se sumergió en un mundo de paz.

Y *Sir Richard* permaneció sentado a su lado, acariciando rítmicamente su mano con cariño, mientras le murmuraba con ternura sin separar sus ojos de ella.

—Estás tan pálida; pobrecita mía querida... debo ocuparme de ti y puedo hacerlo. No te he comunicado un secreto, pero todavía no puedo decírtelo. —Se inclinó hasta juntar su rostro al de ella—. ¿Me oyes, amor mío?

Sus párpados no se abrían; le pesaban demasiado. No podía hablar; el sopor que sentía era como un peso de plomo que le impedía levantarse o mover sus miembros, sólo podía oír su voz, que resonaba como un eco lejano en los oídos.

—Ya no me oye —se dijo *Sir Richard*—. Del mismo modo que... la corona es de mi responsabilidad... por mi culpa... soy como un alfeñique. Debería haber tratado a mis enemigos del mismo modo que mi padre lo hizo, ¡con una espada!... He esperado demasiado; temí que se me comparara a un monstruo como él lo era, ¡pobrecito rey mutilado! Pero estoy dispuesto a reivindicar por fin mi nombre, ¡Ricardo Cuarto!

Abandonó la mano de su esposa y comenzó a dar pasos desatinados por la estancia, deteniéndose a contemplar un jarrón con rosas que había sobre una mesita, los cepillos de plata de la mesa tocador, su propia fotografía de cuando era joven, enmarcada en oro y pendiente del muro que daba al levante.

«Hermoso, así se me llamaba, sin exceptuar mi padre. Aunque él decía que yo era un débil. No lo era..., no lo soy, él era un monstruo... no, eso no. Mi padre sabía cómo tratar a la gente. Yo no, yo no quiero, pero tú debes ser enérgico... tienes que serlo...».

Se inclinó hacia la fotografía y contempló su propio rostro, lleno de la alegría de los años juveniles.

«¡Eres un cobarde, cobarde!, que no se atreve ni siquiera a decir todo a su reina. La pobre yace en cama, enferma e inconsciente; tu hija está contaminada y tu hijo fue asesinado por extranjeros; tu único hijo, abandonado en Londres cual un proscrito, ¿por qué no residía en el castillo? Hubiera estado seguro. Pero no te atreviste, tú y tus secretos, y el príncipe murió...; ahora el extranjero está aquí... aquí en el castillo que te ha servido de escondite durante tantos años. ¡Te aborrezco!».

Y dio un fuerte puñetazo al cuadro, que cayó hecho añicos al suelo. Cabizbajo, contempló los trozos de cristales.

—La espada de mi padre —murmuró.

Lady Mary percibió débilmente el estrépito de los vidrios. Intentó desprenderse de la modorra que invadía todo cuerpo. Abrió los ojos y, sin que él lo notara, vio cómo se dirigía hacia la puerta con el rostro arrebolado de cólera; trató de llamarlo.

—¡Richard, Richard, estás...!

«Enfermo —es lo que ella quería decir—, Richard, estás enfermo. Ven, deja que te cuide. Que venga alguien a cuidarse de nosotros dos». Pensó ella que había dicho todo esto, pero su voz no pasó de la garganta. Intentó incorporarse para ir tras él, pero no pudo moverse y el sueño y el letargo pudieron más que su voluntad.

Antes de que el doctor Broomhall abandonara el castillo, habló en privado con Kate.

—No es *Lady Mary* quien me preocupa —dijo—; su indisposición es pasajera y resultado de una emoción y enfriamiento, acompañados por cierto estado de depresión anímica. Cuando dentro de unas horas haya despertado se encontrará bien. Procure que no se enfríe y que no sufra inquietudes.

—Haré todo cuanto pueda, doctor Broomhall. ¿Y *Sir Richard*?

—Éste es quien realmente me preocupa, aunque, debo esperar a que el doctor Briggs regrese de Londres, para discutir sobre el caso.

—Pero si parecía...

El doctor Broomhall movió la cabeza.

—Cuanto manifestaba en defensa propia era denegado por la expresión de sus ojos. Es indudable que se halla sujeto a alucinaciones. ¿Desde cuándo viene sucediendo esto, Kate?

—No puedo asegurarlo con certeza, señor.

—Los trastornos de *Lady Mary* son consecuencia de un «shock» repentino. Las alucinaciones de *Sir Richard* tienen en cambio un carácter crónico y su tratamiento no es tan sencillo.

—¿Qué quiere decir eso, señor?

—Que se despiertan cuanto siente una emoción y duran un período considerable de tiempo —el doctor miró a su alrededor—. Este viejo castillo es hermoso, pero sería conveniente que *Sir Richard* y *Lady Mary* lo pudieran abandonar durante algún tiempo, un tiempo muy largo. Cuando el pasado comienza a influir en el presente, como parece ser el caso de *Sir Richard*, sus lazos deben romperse. Pero, como antes he dicho, debo discutir esto con el doctor Briggs.

—Gracias, señor.

—Haga cuanto usted pueda por ellos, Kate; volveré dentro de unas horas para ver cómo sigue *Lady Mary* —dijo la vuelta y se dirigió hacia el coche pequeño que había sido aparcado junto al grande del americano.

Media hora más tarde se anunciaba la comida. Nadie sabía el paradero de *Sir Richard* y, como su caballo no estaba en el establo, se presumió que habría salido a dar un paseo. *Lady Mary* estaba profundamente dormida. Philip Webster se sentó a la gran mesa con los seis americanos, y Wells y Kate sirvieron el almuerzo; no se hizo tertulia a la hora del café. Wells les había advertido que, siendo hoy el día en que el castillo se abría al público, las caravanas comenzarían a afluir a partir de las tres.

—El público invadió todos los rincones —dijo Wells con desaliento—, como usted sabe muy bien, Mr. Webster.

—Ya lo sé, Wells, y yo no seré uno de ellos. Voy al albergue a hacer algunas llamadas telefónicas. ¿Y qué hará usted, Mr. Holt? ¿Quiere dar un paseo en mi «Austin»?

—Se lo agradezco mucho, Mr. Webster. Yo también tengo que gestionar algunas transacciones, que prefiero realizar en la calma de la hospedería. ¿John?

—Yo permaneceré aquí con los muchachos. Trabajaremos hasta que oigamos los autobuses y entonces desapareceremos. *Sir* Richard nos ha tomado la delantera, ¿no es cierto?

—Suele hacerlo a menudo, señor —dijo Wells, tratando de disculparse—. No puede soportar la presencia de estas gentes en el castillo. «Invasores», es como suele llamarles, no obstante ser la mayoría de ellos ingleses y pagarle en buen dinero.

Sir Richard se puso el traje de montar, sin requerir la ayuda de Wells; avanzó a grandes zancadas por los corredores del castillo y, a través del gran portalón del sector este y cruzando el césped del jardín, se dirigió al establo. De nuevo, y sin los servicios de Wells, sacó el percherón de la cuadra, lo ensilló y puso las bridas con la familiaridad y destreza de un buen jinete. Montó luego sobre el mismo; pasó la mano sobre su cuello y le dijo algunas palabras al oído. El percherón enderezó las orejas y meneó su cola impaciente. Resonaron sus herraduras en el empedrado del patio, hasta quedar sofocadas por la hierba del recinto que contorneaba la fortaleza. Primeramente al trote y después a un cómodo galope, el caballo transportó a su amo sobre lustrosas praderas, y a lo largo de senderos invadidos por el aroma de las madre selvas.

Media hora más tarde, *Sir Richard* llegaba a la iglesia y desmontaba del caballo. Antes de sujetarlo al poste, se pasó la mano por las sienes para aquietar el dolor que comenzaba a atormentarle. Ordinariamente una corta cabalgata contribuía a que sus dolores se calmaran, algunas veces hasta cesaban del todo, pero no era éste el caso de hoy.

La iglesia se hallaba vacía y en una semipenumbra, como de costumbre, a estas horas de la tarde. Avanzó por la nave central y torció hacia la izquierda, a la capilla en que se hallaban enterrados sus antepasados y donde algún día con *Lady Mary* a su vera, yacería *Sir Richard* el último vástago de los Sedgeley. En uno de los muros laterales se hallaba la tumba de su padre. Sobre la misma había una estatua de bronce con cota de malla y guanteletes cruzados sobre el pecho. Junto a la figura, y llenando el espacio que había entre hombro y rodillas, se hallaba la espada de William Sedgeley, el hombre a quien hacía quinientos años se le había entregado el castillo. Corría la tradición de que aquella arma se hallaba allí presta a ser usada, pero sólo por un Sedgeley, en casos de extrema urgencia.

Sir Richard permaneció junto a la tumba, aproximó después su mano a la espada y la extrajo de la vaina. Salió con alguna dificultad y el ruido del roce metálico que produjo se oyó en toda la iglesia. La levantó con sus manos, arrimó sus labios a la cruz de la empuñadura y la mantuvo erguida en alto.

—¡Juro! —exclamó con voz ronca—, ¡juro por mi padre y por mis antepasados...!

—¡*Sir Richard*!

Por allí, descendiendo los escalones del altar mayor, apareció el vicario.

—Sí, soy yo, *Sir Richard Sedgeley* del castillo de Starborough.

—Me ha asustado usted, *Sir Richard* —dijo el vicario con voz insegura, confundiendo su silueta con la penumbra de la capilla—. Me pareció oír un ruido desacostumbrado y he venido a investigar.

—Está usted ante Ricardo Cuarto —exclamó el castellano sin perder su rigidez, con la espada en alto.

—¿Qué es lo que me dice usted? —preguntó el vicario—. ¿Está usted en sus cabales, *Sir Richard*?

—Ricardo Tercero era mi padre, el rey inválido, ¡recuérdelo! Sus ejércitos eran poderosos; sabía

manejar la espada con mucha habilidad y aquí he venido yo para reclamarla —aclaró *Sir* Richard con voz sepulcral.

Y dicho esto, apartó bruscamente al vicario a un lado y salió de la iglesia, manteniendo la espada en alto con su diestra.

—Usted no se levantará, *Milady* —dijo Kate— aun cuando tengamos turistas esta tarde.

—Pero si ya lo estoy —replicó *Lady Mary* de mal humor—. Más todavía, estoy casi vestida. Sal fuera, Kate.

—No la haré —contestó Kate.

Después de haber servido el almuerzo y ordenado la despensa, Kate se había dirigido a la habitación de *Lady Mary*, confiando en que estaría dormida o a punto de despertar. La encontró sentada en el borde de la cama intentando ponerse los vestidos. Los reproches no tuvieron eficacia alguna; su obstinación era irreductible.

—Kate, te digo que tengo que ver al americano; he de hablar con él de negocios, es muy importante. ¿Dónde está?

—El doctor me ha dado órdenes —replicó Kate con terquedad—. Usted tiene que estar acostada; si mañana se sintiera...

—Mañana será demasiado tarde —dijo *Lady Mary*, porfiando con testarudez—. ¿Y cómo te atreves a hablarme de órdenes? Olvidas quién eres y estoy asombrada de ti. Te excedes en tus atribuciones; ya advertí esto antes. Te hemos echado a perder y ahora, en el momento en que nos encontramos con dificultades, te comportas indignamente. Eso está muy mal hecho.

Kate, asombrada, la miró fijamente y estalló en sollozos. Nunca hasta entonces *Lady Mary* le había hablado en este tono.

—Ah... *Milady*, debe saber usted muy bien que no puedo soportar que usted y *Sir Richard* se encuentren apuros.

—Tengo que hablar con ese americano; quiero decirle que se marche inmediatamente. Es él quien ha originado todos estos disgustos.

—Oh, estoy de acuerdo en que el americano se marche —exclamó Kate gimiendo—. Quiero que se marchen, que se marchen todos. Si pudiéramos volver a los días de atrás y estar juntos los tres, en compañía de Wells...

—Deja de llorar, Kate —interrumpió *Lady Mary* impaciente—. Esto me trastorna. Sabes muy bien que no podemos pasar sin ti, seas lo que seas. Ayúdame ahora en mis cosas; mi cabeza no está muy despejada. Ten cuidado con este botón; está a punto de caer. Llévame junto al americano, allá donde se encuentre. —Se apoyó en un brazo de Kate y prosiguió con sus exigencias mientras caminaban juntas.

Le encontraron en la terraza, mientras consultaba algo con uno de sus hombres. *Lady Mary* enderezó su frágil silueta; irguió la cabeza y sus ojos azules adquirieron vida.

—¡Míster Blayne!

—¿Sí, *Lady Mary*? —Y sonrió con ingenuidad—. Si ha venido a decirme que me marche, quiero

prevenirla que habré cumplido sus deseos cinco minutos antes de que suenen las tres.

Lady Mary miraba a los jóvenes que había por allí y que tomaban medidas y hacían dibujos en grandes pliegos de papel.

—Estos americanos lo invaden todo —dijo—, ¿no te parece a ti, Kate?

—No he tenido tiempo de pensar en eso, *Milady*.

—Pues deberías haber pensado, Kate. En estos tiempos todo el mundo debería pensar, en la medida de sus posibilidades, en todas las cosas y esto me trae al pensamiento el que usted, Mr. Blayne, haga el favor de interrumpir sus trabajos en el acto.

El americano se quedó desconcertado y reflexionando si no sería objeto de alguna broma inglesa, incomprensible para él.

—¿Abandonar esto, *Lady Mary*?

—Haga el favor de hacerlo —insistió la castellana—, ¡y con todas sus cohortes! Kate, avisa a los hombres que Míster Blayne se marcha, por habérselo yo pedido.

—No me harán caso, *Milady*. Ya lo intenté antes.

Fuera cual fuese el sentido de aquellas frases, John consideró que la broma había ya durado bastante y manifestó bruscamente.

—Por supuesto que nos marcharemos, *Lady Mary*, pero debo recordarle que *Sir Richard* nos dio autorización para quedarnos; en realidad fue él quien nos rogó que lleváramos adelante nuestros proyectos sobre el castillo y...

Lady Mary se irguió con tanta precipitación que se tambaleó y perdió el equilibrio. Kate vino en su ayuda y le ofreció un brazo, pero la castellana se afianzó y, poseída de indignación, exclamó:

—¿Cómo se atreve a poner en duda mi palabra? Ésta es mi casa, Mr. Blayne. Me asiste el derecho a... a...

—¡Nos marchamos en el acto!

—Kate —dijo *Lady Mary* en tono imperioso—, acompáñale para que no se extravíe —y después prosiguió en un matiz más confidencial y menos altanero—: y procura que no vea a *Sir Richard*. Mándame aquí a Wells al instante, si es que lo ves.

—Sí, *Milady* —replicó Kate y siguió tras John Blayne, quien en lugar de ir a avisar inmediatamente a sus hombres se había encaminado hacia el jardín. Kate le alcanzó junto a los tejos en forma de elefantes y, durante unos instantes, se miraron en silencio sin proferir palabra.

—Kate, ¿qué significa todo esto? —dijo él impaciente—. ¿Y cómo sabré lo que tengo que hacer? *Sir Richard* me dice que me quedé, *Lady Mary* me ordena que me marche y entrambos actúan como si vivieran en la Edad Media y estuvieran habituados a hacerse obedecer por todo el mundo.

—En cierto sentido, mis amos, Mr. Blayne, viven en el pasado y aquí estriban las dificultades —le hizo presente Kate—. Es el castillo lo que ellos tienen que abandonar.

—Podría haber un sistema, excluyendo desde luego El del traslado al otro mundo —alargó el brazo y se hizo con una de sus manitas, que retuvo entre las suyas cual si fuera una flor—. ¿Sabes que tienes unas manos muy bonitas?

—Por favor —Kate se sonrojó y trató de retirar la mano, cosa que Blayne impidió:

—¿Por qué desconfías de los americanos?

—No lo sé —dijo—. Eso no es cierto —volvió a rectificar—: ¿Por qué iba a hacerlo? Eres tú el único americano que conozco.

«¡Pero qué niña tan bonita! —pensó él para sus adentros—. Segura de sí misma, llena de encantos, orgullosa sin altivez; su rostro de rasgos puros, piel fina y ojos violeta es digno de un cuadro».

—¿Entonces por qué te inspiró confianza?

—Por favor, Mr. Blayne.

Se miró en los ojos de Kate y consintió retirar la mano.

—Kate, ¿qué te pasa?

Se mordió los labios y los ojos se le empañaron de lágrimas.

—Lo que pasa es que... —titubeó e hizo una pausa.

—¿Qué dices que pasa? —Y con su dedo índice bajo el mentón trató de levantar su cabeza, pero Kate la desvió y se distanció de Blayne.

—Nada de particular, es sólo el castillo. *Sir Richard* y *Lady Mary* están preocupados por el castillo y yo tengo que pensar en ellos, ya lo sabes, preocuparme por ellos.

—Debe ser por el tesoro del castillo, ¿no es verdad?

—Sí, creo que sí.

—¿Tiene alguna idea de qué se trata el tesoro?

Se quedó sobrecogida durante unos momentos al sentir sobre su rostro los ojos fijos de Blayne.

—N-no, no la tengo, Mr...

—John —observó el americano.

—John —repitió ella, cual un niño que hubiera aprendido una nueva palabra en la escuela.

—Ahora es cuando comienzo a comprender.

—Desearía que os marcharais, de verdad, y que nos dejarais tranquilos.

—No tienes por qué criticarme, Kate; lo sabes bien. La culpa no es mía y además marchándome yo,

las coas no se solucionarán. Si tú quisieras explicarme, aunque sólo fuera...

Kate comenzó a perder su paciencia y le interrumpió:

—Te digo que no puedo explicarte nada. Yo no soy más que la doncella.

—¡Tú no eres eso! Tú eres el todo en este castillo y no puedo dejarte. Y aquí me quedaré hasta que...

—No te quedarás —contestó Kate resueltamente—. Te tendrás que marchar tal y como *Lady Mary* te lo ha ordenado.

Blayne, al ver lo obstinado de aquella actitud, condescendió súbitamente y dijo:

—Nos marcharemos en seguida.

Wells compareció ante *Lady Mary*.

—¿Ha preguntado usted por mí, *Milady*?

—Sí; quiero saber dónde está *Sir Richard*.

—No lo sé, *Milady* —parpadeó el mayordomo—. Salió montado a caballo antes del almuerzo. ¿Es eso todo?

—Deberías saberlo; es tu obligación, Wells, saber dónde se halla tu amo.

—Tengo muchas ocupaciones, *Milady*.

—¡No me hables a mí en ese tono!

—No, *Milady*. Lo siento, *Milady*.

Hizo una pausa para demostrar que no le perdonaba y prosiguió:

—Vete a buscarle.

—Sí, *Milady*.

Había recorrido casi toda la estancia, cuando de repente se sintió otra vez llamado.

—¡Wells, ven aquí!

Retrocedió lentamente, sus nudosas manos pegadas los flancos y una expresión de sorpresa reflejada en su rostro.

—Wells —le dijo atropelladamente y en un tono que quería ser confidencial—, ahora comprendo algo que hasta el presente desconocía.

El mayordomo parecía desconcertado.

—¡Wells!

—¿Sí, *Milady*?

—Sé todo.

—¿Todo, *Milady*?

—Todo... Wells.

La mirada del anciano se transformó; sus mejillas temblaron, parpadeó con rapidez dos, tres veces consecutivas y mojó sus labios antes de hablar.

—Entonces no me queda más que decir que lo celebro, *Milady*. Puedo asegurar que ha sido algo muy violento para mí.

—Lo creo; tú hiciste lo que consideraste era recto. No te censuro.

Se detuvo un momento. Su rostro emocionado inspiraba lástima y el mayordomo desvió su mirada compadecido. Reanudó la conversación otra vez con palabras entrecortadas.

—Wells, el muchacho, Colin, ¿no era tuyo, verdad?

—No, *Milady*.

—¿Entonces, por qué...?

—Por su madre, *Milady*, por Elsie. Yo estaba loco por ella; quiero decir, enamorado. Elsie no me correspondía, aunque sabía que *Sir* Richard no podría... el padre de Colin jamás habría consentido que la hija de un granjero...

—Espera un momento, Wells.

El aspecto de su señora ofrecía una apariencia lívida que asustó a Wells, aunque no se atrevió a llamar en busca de ayuda. «¡Y pensar que durante todos aquellos años, ella lo había desconocido! —pensó el mayordomo—, pero fue Elsie quien dijo que no, que *Lady* Mary no debería saberlo».

—No se deje impresionar por ello, *Milady* —susurro Wells—, hace ya muchos años que pasó todo eso.

—¿La amaba él, Wells?

—¿*Sir* Richard? ¡Oh, no, *Milady*! Fue tan sólo un arrebató en un día de verano. Hasta ella misma se dio cuenta de ello. Y Elsie, hasta cierto punto, tenía miedo de él... se hallab tan por encima de ella.

—¡Pero ella le dio un hijo!

Wells titubeó.

—Bueno, ése es un modo de expresarse. Sí, claro, el niño era un muchacho... sí, *Milady*.

—Por lo tanto, la culpa era mía.

Extrajo un fino pañuelo de su cintura y se enjugó unas lágrimas de los ojos.

—¿Qué culpa, *Milady*?

Movió la cabeza y permaneció silenciosa.

—Tienes que ayudarme, Wells —dijo por fin.

—Lo que usted diga, *Milady*.

—Debemos desembarazarnos de los americanos; ¿se han marchado ya?

—No podría afirmarlo, *Milady*; he permanecido todo el tiempo en la cocina. He puesto al homo un cordero para esta noche.

—Ven conmigo ahora; tenemos que encontrar a *Sir* Richard.

Extendió su brazo y se apoyó en el anciano, antes de empezar a caminar.

Los cuatro jóvenes sonreían irónicamente, mientras recogían sus papeles.

—¿Sin explicaciones?

—¡Orden del jefe, eso es todo!; tenemos que estar fuera de aquí dentro de quince minutos. Dijo que nos encontraría en el albergue.

—Total, que hemos perdido el tiempo.

—No, puesto que se nos paga.

—Por allá viene la señora vieja en compañía del fantasma.

Los americanos miraron a *Lady Mary* con cierto descaro.

—Dense prisa, por favor —les dijo indiferente.

—No deseamos otra cosa, señora.

—¡Desvergonzados! —murmuró sin que ellos la oyeran.

—¿Conque malditos americanos, eh, señora? Puede enviarnos al infierno, si es que se llama América.

—Vámonos, Wells.

Fueron de habitación en habitación, pero en ninguna observaron vestigio alguno de *Sir Richard*. Delante de ellos, Kate y John caminaban emparejados.

John se detuvo en la puerta. Aquella carita tan dulce, de una expresión tan infantil cuando se irritaba, le miraba a él ahora con ojos empañados, de color violeta, y labios estremecidos por la emoción.

—¿Adónde te marchas?

—Al albergue de la villa.

—¿No nos volveremos a encontrar de nuevo?

—¿Existe algún motivo para que nos veamos, Kate? —le dijo John Blayne mirando la carita que estaba pendiente de él. No se había dado cuenta hasta ahora de lo menudo de su figura. La había visto siempre tan desenvuelta, con tanta actividad y tan vivaracha que le había parecido más alta de lo que era. Pero ahora que se encontraba apenada y encogida parecía muy poquita cosa.

—Creo que no —contestó—. No encuentro razón alguna cómo no sea... —Y se mordió los labios.

—¿Como no sea qué, Kate?

—De un modo especial —dijo titubeando— te echaré menos. Aunque esto no deja de ser una estupidez porque como es natural, tú no me echararás de menos.

—«De un modo especial» —replicó John mirándola fijo, «te echaré de menos».

Tomó una de sus manos entre las suyas:

—Adiós, pequeña Kate.

—Adiós —dijo ella en un susurro de voz.

Bajó aprisa los escalones en dirección a su coche verde. Entró dentro del mismo y, antes de arrancar, se volvió para saludar.

Segundos después *Lady Mary*, acompañada por Wells, se unía a Kate en la escalinata. La muchacha saludó levantando su delicada mano. John Blayne vio a las tres personas reunidas y un presentimiento sentimental invadió su ánimo. ¿«Qué sería de toda aquella familia?, ¿y qué sería, especialmente, de Kate»? El sol se hallaba muy por encima de la torre del Oeste y sus reflejos dorados iluminaban las paredes sombrías. Las siluetas de aquellas tres personas, sobre las que el castillo proyectaba su sombra, le dieron la impresión de hallarse indefensas y reducidas a la impotencia.

El ruido del motor comenzó a latir, cual si se tratara de un corazón humano. Kate, que lo oyó y sabía quién se hallaba detrás de aquella máquina, sintió que su alma se anegaba de tristeza. Nunca hasta ahora se había sentido tan sola y en un gesto de aprensión se echó las manos a las mejillas. «¿Cómo podría residir aquí, ahora?, ¿cómo podría acostumbrarse a no volverle a ver nunca más?».

John Blayne, que se sentía, impelido por los mismos sentimientos, experimentó el vivo deseo de parar el motor, abrir la portezuela y echar a correr hacia ella.

Así lo hizo y cuando llegó junto a ellos fue a *Lady Mary* a quien habló.

—Le ruego que me disculpe, *Lady Mary*, pero ¿puedo ser de alguna ayuda a *Sir Richard*?, ¿sucede algo serio?

La castellana se quedó sorprendida y contestó agitada.

—No, no, haga el favor de marcharse ahora mismo —pero enternecida por aquel rasgo, se esforzó por decir—: Y le ruego me disculpe ante sus hombres; siento mucho haberles tratado con dureza. Hoy no sé lo que me hago. Ahora váyase.

Hizo una leve inclinación, derrotado pero agradecido, y regresó lentamente hacia el automóvil. Kate le siguió sin darse cuenta de lo que hacía. Se miraron a los ojos una vez más; ella lo hizo en silencio y con una mirada suplicante.

—No —replicó a sus ojos suplicantes—. No, no me marcharé hasta que descubra lo que aquí pasa. Llámame si... si... —Y se detuvo.

La muchacha asintió sin sonreír. Se sentó al volante y se alejó. Kate, al quedarse sola, comenzó a sollozar de repente sin fijarse ni importarle cuantos la pudieran contemplar. Detrás de ella, en la terraza, se hallaban *Lady Mary* y Wells, la primera ofendida y éste sorprendido...

—¡Kate está llorando! ¿Pero por qué tiene que llorar Kate ahora, cuando por fin se han marchado los americanos? ¡Kate! —ordenó *Lady Mary*—. ¡Kate, ven aquí!

Pero antes de que la niña se les hubiera reunido, llegó a sus oídos el ruido de un autocar que asomó por la revuelta que daba acceso al parque. La primera caravana de turistas, a la que seguirían otras dos más, se aproximó hasta rozar las escalinatas del castillo. Las puertas del vehículo se abrieron y la gente abandonó él mismo.

Wells se apostó junto a la puerta de la fortaleza y Kate se apresuró a colocarse al lado de *Lady Mary*, pasando su mano bajo uno de sus brazos. La castellana adoptó postura rígida, como si fuera un militar, pero los excursionistas no pararon mientes en ella o, si lo hicieron, nada dijeron. Habían venido a ver una reliquia de la antigua Inglaterra y estaban dispuestos a sacar el mayor partido al chelín que les costaba la entrada.

—Es un castillo extraño —dijo alguien.

—Es uno de los más antiguos de Inglaterra —replicó otro.

El grupo se dirigió al salón principal, que recorrieron con detención, examinando los tapices y manoseando relieves en madera para mejor expresar así su admiración.

—Yo diría que las torres son desproporcionadas observó alguien.

—Son de estilo normando —contestó otro—, al menos eso es lo que dice el libro.

—¿Cómo podría la gente vivir en aquellos tiempos en semejantes edificios? —preguntó una mujer.

—Sus razones tendrían —contestó su esposo.

—Esto no se parece a una casa, ¿no es verdad, mami? Se asemeja más a un museo.

—Ésa es la finalidad de los castillos, hoy día, y, además sirven para enseñar la historia a los niños.

—A mí, me daría miedo tener que vivir aquí dentro.

—Eso mismo digo, salgamos al sol.

Y así por el estilo eran las conversaciones de aquel público que, con las pupilas dilatadas, iba desembocando de una en otra habitación.

Lady Mary y *Kate* se hallaban sentadas bajo un haya gigantesca en espera de que pudieran entrar al castillo en calidad de usuarios absolutos. El ruido de un caballo a galope se percibió a lo lejos y, poco después, por el camino del pueblo, apareció *Sir Richard* sobre su corcel, dando la impresión de que conducía un ejército al combate. En su mano derecha, que mantenía alta, llevaba una espada cuya hoja despedía reflejos a la luz del sol. *Kate* y *Lady Mary*, colgada a su brazo, abandonaron rápidas su refugio y se encaminaron hacia la puerta del Oeste, coincidiendo su llegada con la de *Sir Richard*. Su rostro se hallaba acalorado, la mirada extraviada y con la espada hizo varios molinetes sobre sus cabezas.

—¿Dónde está ese hombre? —gritó—. ¿Dónde está el americano? ¿Dónde se hallan sus hombres?

Wells se apresuró a bajar la escalinata para sujetar las bridas del caballo.

Las mujeres le miraban con una mezcla de terror y admiración. Era una auténtica estampa de otros tiempos, verle allí con aquel atuendo espléndido, su vigorosa constitución física, aquélla su cabeza tan esclarecida, el caballo sudoroso y jadeando y con el brazo potente haciendo artísticos alardes con su espada.

—Oh, *Wells* —murmuró *Lady Mary*—, ¿no es algo soberbio? Mi corazón va a estallar, ¿qué es lo que voy a hacer?, ¿qué es lo que tengo que hacer? —Y por fin se decidió a gritar—. Pero *Richard*, ¿dónde has estado?

—Déjemelo por mi cuenta —dijo *Wells* en voz baja. Acarició con suavidad el rostro del caballo y dijo:

—Está mojado de sudor, Majestad. Me atrevería a decir que viene usted de muy lejos. Pero ahora puede descansar, porque todos ellos se han marchado.

—Entonces tendré que perseguirlos —exclamó *Sir Richard*—. Iré tras ellos hasta el final.

—No vale la pena, *Richard* —dijo *Lady Mary*— y haz el favor de bajar del caballo y entrar dentro. Tomaremos el té; tengo la certidumbre de que tienes hambre.

Le dirigió una mirada como si no la conociera.

—¡Silencio, mujer! ¡Al castillo! Estamos en guerra. ¡Lord *Dunsten*, apreste su caballo! ¡Sígame, que lo encontraremos!

Kate, que no se había movido de su sitio, pensaba: «¿Será esto una pesadilla de verano? ¿Por qué su abuelo adulaba de aquella manera a *Sir Richard*? Y *Lady Mary*...».

—Oh por favor —exclamó, y se echó a llorar.

Sir Richard vio cómo las tres caravanas de turistas pululaban por el jardín o se paseaban por la terraza y exclamó en el paroxismo de su excitación:

—¡Han vuelto a atacar de nuevo! ¡Han traído más refuerzos!

Pero *Kate*, que había reaccionado, corrió ligera a su lado y adivinó al instante lo que convenía

hacer.

—*Sir* Richard, baje del caballo. Refugiémonos en el castillo y cerremos la puerta principal. Estamos sitiados; tiene usted razón.

El castellano la miró titubeante. El público del jardín los miraba un tanto intrigado, pero proseguía con su visita.

—Vamos, vamos pronto —urgía Kate—, antes de que asalten el castillo.

Sir Richard ordenó al instante:

—¡Entonces a la habitación del trono! ¡Venga a verme allí, Lord Dunsten! Kate, ayúdame... esta condenada espada que pesa tanto... no me atrevo a dejarla en el suelo.

Le ayudó a bajar de la cabalgadura, mientras *Lady* Mary lloraba desconsolada, y entraron todos en el castillo, pero no por la puerta principal, que se hallaba atestada de turistas, sino por la portezuela lateral que, a través de la terraza, conducía a la biblioteca.

—Confíemelo a mis cuidados —susurró Kate a *Lady* Mary—. Yo lo engatusaré y lo llevaré a la habitación... Abuelito, diga a la gente que se marche, está enfermo, dígaselo, se les devolverá su dinero.

Wells asintió y Kate siguió tras el amo, permitiéndole que se apoyara en ella. Pareció tener un momento de lucidez, o así lo creyó al menos, cuando llegaron a las habitaciones.

—He cabalgado durante mucho tiempo, Kate —dijo con voz normal—. Parece que había algo urgente que hacer... ¿pero qué es lo que hago con semejante espadón en mi mano?

—Yo me haré cargo de él.

Sir Richard la miró con súbita desconfianza.

Se había vuelto a transformar en otra persona.

—¡No!, no. No la soltaré de mi mano. Es una trampa; ¿crees tú que no me doy cuenta?

Kate se quedó mirándole completamente desconcertada y, a continuación, para colmo de horror, vio que *Sir* Richard la apuntaba con la espada y se dirigía hacia ella.

La muchacha retrocedió hasta llegar a la pared y, sin dejar de mirarle y muda de espanto, renunció a toda resistencia. Se hallaba él encima de ella y su mirar extraviado brillaba por entre sus cejas revueltas, cuando súbitamente una extraña y salvaje melancolía, que reemplazó a su cólera, hizo que desviara hacia abajo la punta de aquella arma.

—Hija mía —balbuceó—. Hija mía, hija mía.

Su voz ronca y sus ojos compasivos la hicieron reaccionar.

—¡No! —exclamó suspirando—. ¡No me hieras!

Meneó tristemente su cabeza, sonrió, y depositó la espada sobre la mesa; a continuación y olvidándose al parecer de Kate, presionó el mamparo que había a sus espaldas y pasó al espacio que quedó al descubierto, volviéndose cerrar de nuevo la puerta. Kate recuperó entonces su ánimo y salió presurosa del cuarto para buscar a *Lady Mary* y decirle... ¿decirle qué? ¡Que *Sir Richard* había desaparecido!

La halló en la terraza convertida en una figura indómita, llena de entereza, mientras Wells desalojaba a los contrariados turistas del castillo.

—Estos aristócratas podridos...

—Los denunciaremos, no te preocupes.

—El castillo pertenece ahora al público, ¿no es verdad?

—Un montón de ruinas, eso es lo que es.

Kate se acercó a *Lady Mary*.

—Vamos, querida —dijo afectuosamente—. Vamos dentro y tome algo de té antes de que muera de disgustos.

Apenas se había sedimentado el polvo levantado por los autobuses, cuando apareció Philip Webster en su pequeño y estrepitoso coche. Le sorprendió ver a *Lady Mary* con Kate a su lado en la terraza, mientras Wells gesticulaba y accionaba en un intento vano por liberarlas de toda contaminación.

—¿Entonces, he llegado tarde para el té? —preguntó el abogado jovialmente.

—No, no —las maneras de *Lady Mary* eran siempre cordiales cuando se trataba de agasajar—. Íbamos precisamente ahora a prepararnos; ha sido una tarde muy agitada.

—¿Se siente usted mejor, *Lady Mary*?

—Claro que sí, Philip. No creo que me haya sucedido algo anormal. ¿Dónde ha ido y qué ha estado haciendo?

—He permanecido junto al teléfono hasta ahora, *Lady Mary*. He presentado nuestro caso, una y otra vez, a gente de arriba y me han prometido estudiarlo de nuevo; lo que quiere decir que lo mismo puede ser la semana que viene o el próximo año. Y digo yo, ¿dónde está *Sir Richard*?

—Está en el castillo. Sólo confío en que no le pase nada —añadió *Lady Mary*.

Wells desapareció en dirección a la cocina murmurando no se qué sobre el té, mientras Kate caminaba al lado de *Lady Mary*.

—¿Qué hay, qué hay? —farfulló Webster mientras iba tras ellas—. ¿Existe algún otro misterio?

—Vamos a ver si le encontramos —dijo *Lady Mary*.

—Creo que estará en su habitación, *Milady* —replicó Kate.

—¿Qué hay del té? —intervino Webster en tono plañidero.

Las mujeres permanecieron insensibles a su lamento y se limitó a seguir sus pasos. En un lugar indeterminado del corredor, Webster observó que el mayordomo se les había unido, pasando inadvertido. La puerta de la habitación de *Sir* Richard estaba cerrada, y Kate la abrió. El mamparo que ocultaba el pasaje secreto de aquella estancia permanecía abierto. *Sir* Richard había vuelto a su cuarto pero ¡ah!, la espada no estaba allí, encima de la mesa.

Lady Mary se revolvió hacia el abogado, con un continente frío y desdeñoso.

—¿Sabía usted algo sobre esta puerta secreta, Webster?

—Sí —dijo el abogado—. Fue una idea de su padre; ésta solía ser siempre su habitación, ¿sabe usted?, pero cuando murió, *Sir* Richard se trasladó a ella.

—Yo nunca lo supe —observó *Lady* Mary—. Como tampoco conocía esta salida. ¿Dónde conduce?

—A la habitación del torreón oriental —replicó Webster—. Estuve una vez allí; fue la estancia en que murió su padre.

—Tampoco sabía yo eso.

—Me lo supongo, *Milady* —interrumpió Wells—. Yo estuve allí cuando él murió. También estuvo *Sir* Richard; era muy jovencito entonces. La muerte sobrevino de repente. Su padre estaba sentado en la silla grande de roble que todavía está en la habitación. Los dos hojeaban un libro, un libro viejo muy grueso. Fue una emoción fatal aunque sabíamos que su corazón no funcionaba bien desde la herida que recibió en la guerra, en Lieja. Estaba bromeando con su hijo, *Sir* Richard, pues los dos se llevaban muy bien y mantenían unas relaciones casi misteriosas; había dicho algo sobre el príncipe, su hijo, y alzado su brazo para ondear un pendón antiguo de seda que se hallaba plegado sobre aquel libro (en aquella bandera se hallaba el escudo de armas de los Sedgeley) y, a continuación, entonado algo parecido a aquello de: «El rey ha muerto, viva el rey», en idioma francés, y comenzó a reír; murió aquel mismo minuto.

—¡Cuántas cosas que siempre desconocí! —susurró *Lady* Mary. Su rostro, pálido de por sí, ofrecía un aspecto lívido. Dejó vagar su mirada por aquella habitación—. ¿Dónde está Kate? Decidle que yo... yo... yo... debo...

—Estoy aquí, *Milady* —respondió la muchacha alarmada—. ¿Piensa volver a sus habitaciones, querida?

Lady Mary movió su cabeza negativamente.

—No. Tenemos que encontrarlo... ahí dentro...

Señaló el hueco de la puerta y emprendió de nuevo la marcha, con Webster a un lado, Kate al otro y Wells detrás. Caminaban en silencio hacia arriba, hasta que Wells confesó:

—Aquí, en otros tiempo, había escaleras, *Milady*, pero el padre (el padre de *Sir* Richard) las

transformó en un rampa para poder ascender con más comodidad.

Nadie replicó. Caminaron girando por el interior del torreón, hasta encontrarse con una puerta cerrada.

—Recuerdo esto —dijo *Lady Mary*. Intentó abrir la puerta, pero tenía el cerrojo echado por el otro lado.

—Richard —llamó en voz alta—. Abre, la puerta, por favor.

No se oyó ruido alguno.

—Richard, abre la puerta ahora mismo —volvió a ordenar.

Algo cayó al suelo. Una silla se movió, una silla pesada.

—Déjeme que le hable, *Milady* —dijo Wells en voz baja.

Se aproximó a la puerta y levantó la voz:

—Mi soberano, el enemigo ha sido derrotado. ¡Los hemos vencido y aquí estoy a su servicio, mi soberano!

Sir Richard replicó al instante con voz poderosa:

—¡Eres un traidor, Lord Dunsten! ¡Fuiste tú quien permitió al enemigo entrar en mi castillo! ¡Llama a la guardia!

Todos escucharon y miraron a Wells. Irguió la cabeza y comenzó con bravura:

—¡Su Majestad me confunde! ¡Y es cierto que está en un error! ¡Serví a su padre y le sirvo a usted con fidelidad! Pero si me cree desleal, voy a llamar a la guardia. ¡Me voy a entregar a la guardia!

—Que se ausenten las personas que están contigo —vociferó *Sir Richard*—. Abriré la puerta, pero sólo a ti.

Lady Mary asintió, hizo una seña a Kate y al abogado para que le siguieran unos cuantos pasos y volvió a mirar a Wells. El mayordomo permaneció un momento en silencio, respirando con angustia. Se distanció unos cuantos pasos, para volver de nuevo junto a la puerta. Se cruzó de brazos, dirigió a los presentes una mirada, inclinándose cual en señal de despedida, y dio con los nudillos siete golpes en la puerta.

Se oyó el ruido del cerrojo.

—¿Estás solo? —resonó en el fondo el eco de la voz de *Sir Richard*.

—Sí, mi soberano.

—¡Haz que ensillen los caballos! Tú me seguirás.

—¡Ensillen los caballos! —gritó Wells hasta reventar—: ¡Órdenes de su majestad! ¡Hay que derrotar a los americanos!

La puerta se entreabrió, no para revelar la figura *Sir* Richard, sino su brazo derecho sosteniendo la espada. Wells entró dentro y la puerta se cerró con violencia. *Lady* Mary contuvo su respiración hasta que se cerró. Acto seguido, y con una energía insospechada, dijo a Webster.

—¡Llame al doctor! Dígame que venga en seguida. No sabemos, lo que puede suceder detrás de esa puerta cerrada; dígame que no hay tiempo que perder.

Y descendió con rapidez, corredor abajo, en dirección al salón principal.

Kate fue tras ella.

—*Milady* —dijo con voz entrecortada—. Si usted me disculpa, he pensado en algo. Espéreme en el salón, *Milady*.

En realidad había pensado en algo bien original... ¡John le había dicho que no abandonaría todavía el pueblo! Echó a correr a la despensa y llamó al albergue. Fue el mesonero quien contestó.

—¿Está Mr. Blayne ahí, George? Soy Kate, la del castillo.

—Está aquí en el jardín, tomando una taza de té. ¿Ocurre alguna novedad? Respiras como un delfín.

—Tengo que hablarle, por favor —contestó—. Un mi mensaje de mucha importancia.

—Muy bien, voy a hacerlo —gruñó George.

—Sí, por favor, George —suplicó. Instantes después oyó la voz de él.

—John Blayne.

—Oh —exclamó con voz desfallecida—. Por favor, ¿por qué no te marchas a América inmediatamente?

—¡Kate!, ¿qué diablos te pasa?

—¡Por favor!, no puedo decirlo por teléfono; todo el pueblo se enteraría... pero es muy peligroso lo que puede sucederte. ¡No lo demores ni un momento!

John Blayne replicó.

—Verdaderamente, Kate, esto es misterioso. Si es lo que dices tan peligroso, iré yo mismo al castillo y sabré defenderme.

—¡De ningún modo!

—Entonces, dime...

—Sucede que... *Sir* Richard no se encuentra bien: está fuera de sí mismo. No sabemos por qué, pero quiere matarte.

Soltó una carcajada.

—¿Matarme a mí? ¡Qué absurdo!

—Lo hará. Es mejor que no le vuelvas a ver. Créeme, mejor para todos.

—Pero ¿por qué he de tener miedo?

—Cree que tú eres su enemigo.

Volvió a reírse de nuevo.

—Tonterías, ya no vivimos en la Edad Media.

—*Sir* Richard, sí. Y no lo digo por reírme de ti ni para que lo tomes a broma tampoco. ¡Te digo que quiere asesinarte!

—Kate.

—¿Sí?

—¿Tienes miedo por mí?

Oyó una voz débil y vacilante:

—Sí.

—Entonces voy ahí.

—No, por favor, sal del pueblo, abandona Inglaterra, prepara todas tus cosas al instante, ahora mismo.

—¿No puedo esperar hasta mañana para ver qué sucede?

—No. Se trata de vida o muerte. Adiós. Adiós.

—Adiós, Kate —y colgó.

Cuando dio la vuelta, el hostelero se hallaba a sus espaldas.

—¿Qué pasa? —inquirió—. ¿Qué novedad hay en castillo?

—Quieren que abandone el país —silabeó con lentitud—. No sé por qué; no puedo comprenderlo.

—Cuando *Sir* Richard ordena algo, hay que obedecer —replicó el hostelero en tono admonitorio.

—Eso depende de quien reciba la orden.

—Esa Kate es una muchacha testaruda, pero es una buena chica. *Lady* Mary tiene suerte con una doncella...

—Kate no es ninguna sirvienta, George.

—¿Entonces qué es?, ¿quién es ella, entonces? —preguntó el hostelero con ojos desorbitados.

—Lo averiguaré. Por eso estoy aquí.

—¿Necesitará una habitación para esta noche, *míster* Blayne?

John tardó en contestar y, al cabo de unos instantes, inclinó su cabeza, pensativo.

—Quizá la necesite, George, sólo por esta noche, en el supuesto de que...

—¿Qué va a hacer usted ahora, Mr. Blayne?

—Volveré al castillo tan pronto haya tomado el té.

En la habitación del torreón, Wells se enfrentaba con su amo.

—Baje la espada, Majestad.

Sir Richard, con la punta del arma sobre el pecho de Wells, exclamó con voz ronca:

—Voy a atravesarte.

La estancia daba vueltas ante sus ojos inyectados de sangre: círculos y vueltas, jaspeadas con sus destellos vibrantes de luces. Apenas si podía distinguir a Wells, un espectro sombrío en aquel carrusel de colores confusos.

—Tengo que abrir la puerta, soberano —dijo Wells—. La reina tiene que enterarse de todo.

—Yo mismo se lo diré, traidor —rugió *Sir* Richard. Oyó de repente ruidos detrás de él; alguien que gemía y emitía gruñidos, el chirrido de un cerrojo oxidado. Wells le había ganado la espalda. El castellano giró súbitamente y vaciló hasta el punto de perder casi el equilibrio. Wells tuvo que echarse a un lado y la puerta permaneció cerrada.

—¡Condenado! —gritó—. ¿Conque querías engañarme, no es eso? ¡Querías entregarme a mis enemigos! Ya sabré yo cómo corregirte. Soy Ricardo cuarto, haré lo mismo que hizo Ricardo tercero, esta espada, esta espada, que este gallardete ondee sus colores por doquier... ¡Ah... pero estás tú ahí!

El castellano vio un rostro lívido y aterrorizado, el rostro de un anciano, un extraño. Lanzó una estocada hacia adelante y un cuerpo cayó al suelo. Vio una masa informe a sus pies y a sí mismo empuñando una espada. Desconcertado, se quedó mirando hacia el suelo.

—Está lleno de sangre —rezongó disgustado. Arrojó el arma lejos de sí, resonando en el suelo.

Al otro lado de la puerta, en medio del corredor, el grupo escuchaba mudo de terror. Nadie había venido en su auxilio. El doctor, según dijo Webster, no estaba en su casa. Los americanos hacía tiempo que habían sido despedidos. «¿No haría bien en avisar al vicario?», se decía Kate y, en aquel momento, vio que John se dirigía corriendo hacia ellos.

—Oh, gracias, gracias; gracias sean dadas a Dios —exclamó *Lady Mary* al verlo—. Pero ¿cómo supo usted que necesitábamos ayuda?

—Kate me dijo que no viniera, que corría peligro, y he venido, por supuesto. Fui derecho a la habitación de *Sir Richard* y, como la puerta secreta estaba abierta, entré dentro y anduve por allí como el Conejito Blanco de *Alicia en...* —Pero a la vista de aquellos rostros despavoridos de miedo se interrumpió y dijo—: ¿Pasa algo grave?

—*Sir Richard* está ahí dentro —señaló *Lady Mary*—. Se ha cerrado junto con Wells.

—*Sir Richard* está muy enfermo —dijo Webster—. Tenemos que buscar un medio de rescatarle.

—Tal vez por los calabozos —observó Kate—. Hay un pasillo.

—Pero la puerta de acceso es de hierro —replicó *Lady Mary*—. Y está cerrada.

—Habrà alguna llave —intervino Webster—. Claro que la cerradura estará oxidada, por supuesto, y si hubiera un hacha...

—Esperen —advirtió John—. ¿Hay corriente eléctrica por aquí?

—Sí —dijo Kate—. El padre de *Sir Richard* mandó instalarla para las bodegas.

—Pero si la puerta es de hierro... —observó Webster, y John le atajó al instante.

—Uno de mis hombres tenía un barreno eléctrico y lo dejó aquí hasta mañana, en que pensaba retirarlo.

Dio la vuelta y retrocedió por el corredor, con Kate a sus espaldas. Cuando *Lady Mary* y Webster llegaron a la puerta de las mazmorras, vieron que el instrumento eléctrico ya estaba funcionando. Aquella máquina hacía tanto ruido que no se podía hablar; lo único que podían hacer era esperar.

—Ahora —dijo por fin John—. Ayúdeme, Webster. La puerta es pesada y tenemos que bajarla con cuidado. Menos mal que es estrecha; Kate, saca la herramienta de aquí. Ahora, Webster: usted por el otro lado. Yo me encargo de éste. Échese atrás, *Lady Mary*.

Todos le obedecieron sin objetar; él y Webster descolgaron despacio la puerta y la dejaron en el suelo. Se asomaron a la oscuridad y vieron una celda sin ventanas. John traspuso el umbral.

—Se parece a una chimenea —exclamó—. Mira, Webster, no hay techo. Encima de todo, se ve un cuadro de luz.

Webster se adelantó unos pasos y miró arriba.

—Tiene razón, conduce al torreón.

—¿Cómo se va allí? —murmuró John—. Tiene que haber peldaños en la pared, ¿los ve usted?

—Dios mío, sí —exclamó Webster.

—¿No oyen una voz? —observó *Lady Mary*.

—Ni el más mínimo susurro —contestó John, sin dejar de buscar la escalera—. Puedo escalar; subiré escalando hasta allí para ver lo que...

—¡Oh, no! —Era Kate quien le interrumpió—. Por favor, no se te ocurra subir. Si caes desde allí...

—No me caeré —contestó John—. Soy escalador de montañas, Kate, y de los buenos.

Había ya comenzado a subir, sujetando sus manos en los relieves del muro y haciéndose paso.

—Oh, pero... ¿qué sucederá cuando llegues arriba? —exclamó la muchacha retorciendo sus manos—. ¿Cómo sabrás...?

—El único modo de saber es averiguarlo. Lleva a *Lady Mary* arriba. Obedéceme, Kate; usted, Webster, vaya con ellas. Le veré allá arriba, cuando haya abierto la puerta.

Todos le prestaron obediencia y él solo, hábil y lentamente, fue gateando por los relieves que ofrecía la pared. La abertura cuadrada que había al final era, tal y como la había conjeturado, una trampa. Recordaba haber visto semejantes agujeros en los viejos establos de su niñez, allá en Connecticut. Entonces se había encaramado por montañas de heno; ahora lo hacía a lo largo de un muro de roca, no queriendo pensar en nada ni dejándose amilanar. Había un silencio de ultratumba, no se oía ni un ruido ni una voz. «¿Dónde estaría *Sir Richard*?».

Continuó su escalada tratando de no hacer ruido. Una de las veces, su mano resbaló y cuando se creía ya catapultado al fondo de la chimenea, su pie tropezó en un saliente y logró asirse. Mano sobre mano y un pie tras el otro, recorrió aquella distancia y, por el agujero del techo, entró en la habitación. La luz de una lámpara que había sobre una mesa labrada de roble le deslumbró. Intentó cerrar aquel orificio, pero la tapa, cuyos goznes estaban oxidados, no cedió a sus esfuerzos.

Alguien estaba sentado junto a aquella mesa en que se hallaba la luz: una extraña figura envuelta en una túnica vieja de terciopelo, que llevaba sobre la cabeza una corona de oro; no, era una corona de oropel. ¡*Sir Richard*! No podía imaginárselo, aunque lo conoció al instante. Estaba inclinado sobre un libro, un enorme libro, y en su mano derecha sostenía algo que se apoyaba por uno de sus extremos en el suelo. «¿Sería un cetro?». Tenía todas las apariencias de aquel atributo real. Parecía ser de oro macizo y las piedras incrustadas lanzaban infinitas irisaciones. «Aquí estaba, pues, el tesoro y *Sir Richard* lo había encontrado. Pero... ¿cómo, en el nombre del cielo, lo había ido a esconder allí? ¿Qué misterio encerraba todo aquello? ¿Habría? Tenía que hablar».

—*Sir Richard* —dijo con dulzura.

El castellano alzó su cabeza como para prestar atención y sin hacer otra indagación, la dejó caer volviendo a su lectura. Fue entonces cuando John vio junto a la puerta el cuerpo retorcido de Wells. Junto al mismo vio, con gran horror, una espada de hoja fina y estirada, que estaba manchada de

sangre.

A la vista de aquel cuadro, se quedó perplejo. *Sir* Richard, cuya cabeza se apoyaba en su pecho, mascullaba frases del libro. ¿Qué podría hacer?, se dijo John. «Nada de llamar su atención hasta que la puerta no estuviera abierta». Permaneció inmóvil esforzándose en distinguir si el cerrojo de la puerta permanecía dentro del pestillo. ¿Cerrojo? ¡Eran tres los cerrojos! Y todos dentro de sus pestillos respectivos. Tendría que deslizarse hasta la puerta y, sin hacer ruido, descorrerlos uno a uno. Y en cuanto a la espada, tenía que cogerla y retenerla junto a él para su seguridad personal.

Conteniendo la respiración, y con los ojos puestos en *Sir* Richard, llegó hasta la puerta y extendió un mano por encima del cadáver. ¡Pobre Wells! Apartó su vista del muerto, cuyo rostro, con los ojos abiertos de par en par, reflejaba un gesto de pánico. El primer cerrojo cedió sin dificultad alguna y sin hacer ruido. El segundo dejó oír un leve chirrido y el canturreo de la lectura se interrumpió. Se quedó quieto durante un instante y volvió su mirada atrás. *Sir* Richard no se había movido; seguía atento a la lectura, con la cabeza doblada sobre el pecho. ¡Pero ya no leía en voz alta! ¿Estarían sus ojos cerrados? Bien pudiera ser que estuviera dormitando. Esperó y observó; quizá *Sir* Richard estuviera durmiendo, el sueño fácil de los viejos. Debería darse prisa. Intentó descorrer el tercer cerrojo; se resistía y no cedía con tanta facilidad. Tendría que utilizar ambas manos y toda su fuerza. No había apenas puesto las manos sobre la cerradura, cuando sintió un ruido a sus espaldas; algo angustioso y apremiante. Miró hacia su derecha. La espada ya no se hallaba en el suelo; al instante, adivinó en qué manos se hallaba.

—*Sir* Richard —dijo con claridad—. Estoy aquí para ayudarle.

A estas frases, la espada fue empuñada con más vigor, obligándole a desplazarse hacia la izquierda, pero sin poder escaparse. A pesar de ello, se desvió algo, pero el castellano le arrimó el arma a la espalda, que penetró sus ropas, y le pinchó débilmente.

—Deseaba tener este encuentro —barbotó *Sir* Richard a través de sus apretados dientes—: ¡Lo he estado buscando! Ahora que estás en mis manos, vamos a arreglar las cuentas de todos estos años atrás. De todos estos años... de persecución.

—*Sir* Richard, modérese —urgió John, a quien la espada le obligaba a dirigirse hacia donde estaba la trampa.

—En los que me vi obligado a ocultar a mi hijo para salvarle la vida: ¡en vano!, ¡en vano! Vuestras bombas lo mataron.

«¿Hijo? ¿Qué hijo? *Sir* Richard no tenía hijo alguno. ¡Algún sueño sobre un hijo no nacido!».

Sintió una punzada dolorosa y algo caliente que se deslizaba por su espalda.

—¡*Sir* Richard!, yo soy amigo suyo —gritó, desesperado—. ¡Vamos ya! Usted no puede guardar rencor a un amigo.

—Mi dignidad me impide guardarte rencor —replicó el castellano—. ¡Y llámame por mi propio

nombre! Cumpliré con mi deber de rey. Podía haberte envenenado mientras estabas sentado a mi mesa, pero eso hubiera sido gravoso para terceras personas. Esta misión la llevaré yo solo a la práctica. ¡De rodillas, ponte de rodillas!

John, repentinamente, dio un salto felino y ahora se encontraban los dos cara a cara... «Dios del cielo, qué absurdo era todo esto; encontrarse a merced de un viejo loco inglés». Y aquí estaba él aprisionado entre el filo puntiagudo de un arma y un agujero que daba al vacío. John había sido un buen alumno de esgrima en Harvard y conocía la peligrosidad de una espada.

—¡De rodillas, te mandó! ¡Ya te enseñaré yo a comportarte debidamente ante un rey!

—Pero, por favor... —suplicó John. Quería reír, pero las carcajadas se le helaban en la garganta. Aquellos ojos que fulguraban con una ira maníaca, imposible...

—¡Ponte de rodillas! —rugió *Sir Richard* entre dientes. Para evitar la amenaza de la espada, se hincó de rodillas.

—¡*Sir Richard*, escúcheme! Muy bien, rey, o lo que usted sea... *Lady Mary* tenía razón, existe un tesoro que se halla sobre aquella mesa..., su cetro real..., el rescate de todo un rey, que le permitirá conservar su castillo. Baje la espada; no la necesita, se lo digo. Llamaré a *Lady Mary* y le diré que usted la espera con el tesoro..., ¡el tesoro, hombre!

Sir Richard se quedó mirándolo y su furia arrebatada pareció desvanecerse. Estaba intrigado. Su mano derecha se abatió y se dirigió hacia la mesa con paso inseguro, para depositar la espada sobre la misma y coger el cetro entre sus manos.

John se incorporó y fue, sin dejar de hablar, hacia la mesa.

—Webster sabe cómo disponer del cetro; vale toda una fortuna.

Extendió el brazo y se apoderó de la espada. «¡Gracias a Dios que ya estaba a buen recaudo! Ahora podría abrir la puerta y pedir ayuda». Pero apenas había empuñado aquel arma, cuando vio con sorpresa a *Sir Richard* levantar con ambas manos el pesado cetro, para golpearle en la cabeza cual si fuera una maza. Dio un salto atrás y manejó la espada cual si fuera a atacar, para alejar de sí a *Sir Richard*. Esquivaba al mismo tiempo los golpes del castellano, valiéndose de su agilidad, pero por un margen tan ínfimo de seguridad que en uno de los golpes el cetro rozó su cabeza y fue a dar contra un ángulo de la mesa. Y mientras aquel absurdo duelo proseguía, poniendo John Blayne toda su atención en salvar su vida sin herir a *Sir Richard*, resonaban en sus oídos jirones de frases sueltas que el castellano barbotaba por su boca llena de espuma.

—¡Su cuerpo convertido en cenizas..., hijo mío, hijo mío! Wells lo sabía. ¿Dónde está Wells? Wells... Wells...

La voz de *Sir Richard* se transformó en un alarido y de nuevo alzó el cetro sobre su cabeza y avanzó tambaleante, hacia su rival. John, que lo vio abalanzarse sobre él, no permaneció inmóvil un segundo y esgrimió su arma a izquierda y derecha, mientras brincaba de un ángulo a otro. El castellano lo

perseguía enfurecido y trataba de acorralarlo para asestarle un mazazo en la cabeza. Uno de éstos resbaló a lo largo de su mejilla y otro le hirió en la mano izquierda. Ah, pero la espada era de buen acero, una joya de arma, podría afirmarlo, y su mano no había perdido la destreza. *Sir* Richard utilizaba la fuerza y él la maña; su contrincante jadeaba y murmuraba bajo el peso del cetro y John Blayne se mantenía en silencio y procuraba no hacer daño al castellano. La espada y el cetro eran objetos pesados. Se hallaban enfrentados cara a cara y *Sir* Richard le masculló al rostro:

—Tú quieres mi cetro. Lo sé; conozco cuál será tu destino final. Corazón negro..., lengua sibilina..., traidores, todos vosotros. Te desharé los sesos. Esa espada es mía..., la espada de mi padre..., déjala ahí... Te daré el mismo trato que a Lord Dunsten. Confié en él... estos años..., le elevé de vasallo a Lord..., la única persona que merecía mi confianza... Yo..., yo... le entregué mi hijo..., mi único hijo..., le confié mi secreto. ¿Cómo, si no, podía haber tenido una esposa como aquélla? La dejó morir al dar a luz. Probablemente la asesinó. Y después dejó morir a mi hijo. Sólo queda una niña..., ningún heredero..., una niña...

El americano oía estos lamentos, estos retazos de frases sueltas y, mientras sus oídos y vista permanecían alerta, su mente procuraba descifrar su significado; la historia misteriosa de aquel oculto secreto y la actitud de aquel hombre trastornado por el temor a perder lo que tenía. Oh, ¿pero, quién era Kate? ¿Llegaría a conocerlo algún día, ahora que Wells había sido asesinado?

—Loco —exclamaba *Sir* Richard, mientras sus dientes rechinaban—. Yo he sido un loco: creerme a salvo porque tenía un castillo..., mientras estos salvajes surgen por doquier..., el León Inglés..., el castillo ha sido cercado..., arruinado. Ahora vienen ellos..., los veo llegar..., los veo..., voy a morir...

Y levantó el cetro lo más que pudo, mientras que sus brazos vacilaban bajo el peso; cargó contra John, obligándole a retroceder, a retroceder hacia la trampa.

—¡Abajo, abajo! —vociferaba—. ¡Los traidores deben ir abajo!

—¡Tenga cuidado usted mismo! —gritó John.

Un pie de éste tropezó en el cerco de la trampa, mientras alzaba la espada para contener el golpe que se le avecinaba. El cetro cayó sobre aquélla, que se partió por la empuñadura, derribándole al suelo cual si fuera un jugador de fútbol. *Sir* Richard, impotente para reponerse del esfuerzo, salió proyectado hacia adelante, con su cabeza en dirección al fatídico boquete.

El americano se arrastró hacia la puerta, aturdido y magullado por la contundencia del golpe, con el trozo de espada en su mano. El cuerpo de Wells yacía allí, imperturbable, en medio de aquella lucha. Con su mano izquierda, John apartó con cuidado el cadáver para poder abrir la puerta y, sin abandonar el trozo de arma que posiblemente ignoraba llevaba en la mano, descorrió el último cerrojo y abrió la puerta.

Lady Mary, Kate y el abogado, que se hallaban al otro lado de la puerta, lo miraron atónitos.

Kate, una vez repuesta de la emoción, gritó:

—¡Estás sangrando! —Y desprendiéndose de su diminuto delantal, comenzó a enjugar su rostro sin dejar de hablar—. ¡Hemos oído una riña descomunal, oh John, qué ruido! ¿Qué ha sucedido? Y tú con la espada rota...

—¿Dónde está *Sir Richard*?

Era *Lady Mary*, que permanecía en el umbral de la puerta y escudriñaba la habitación. Se decidió a entrar y vio el cadáver en el suelo.

—¡Oh, Richard! —murmuró—. Oh, no, ¿cómo pudiste, cómo pudiste...?

Había visto el cetro; fue hacia él, lo cogió entre sus manos y lo soltó, como si le quemara los dedos. Se había fijado en el boquete del suelo y que *Sir Richard* no estaba en la habitación. Giró en redondo sobre sus pies, comprendiendo, buscando, hasta que sus ojos se detuvieron en John. Permaneció inmóvil un rato, esforzándose por hablar. Cuando recuperó su voz, exclamó en un susurro entrecortado.

—Llevaros este castillo de aquí. Llevároslo..., está hospedado el demonio; siempre lo creí así. Está invadido de... espíritus. —Y vacilante y esforzándose por no caer, lívida y desencajada, se arrimó a la mesa.

—¡Kate, ten cuidado de ella! —gritó John.

Pero *Lady Mary* los apartó a todos cuando acudieron a su lado.

—Ya estoy bien —dijo. Intentó humedecer sus labios, pero su boca estaba reseca. Se dirigió hacia ellos con una mirada perdida y en su rostro la expresión de una infinita tristeza—. ¡Ellos no nos han servido, después de todo, de ayuda alguna! ¡Quizá lo que pueda suceder es que *ellos* no existan, simplemente!

Y dicho esto, con voz clara bien entonada y rehusando las manos que hacia ella se tendían para ofrecerle ayuda, se separó de todos ellos.

El día era fresco, la atmósfera despejada, y lucía un hermoso día de verano inglés. John pensó que el castillo nunca había parecido tan hermoso. Había venido a pie desde el hotel, para tener tiempo de reflexionar antes de verse con Kate. El paisaje, al igual que la localidad, se hallaban sumidos en el silencio. La investigación judicial había dictaminado muerte accidental. Así, pues, *Sir* Richard, el último de los Sedgeley, ya no existía; ¿quién heredaría ahora el castillo? Cuando ordenó que le subieran el desayuno a la habitación, Thomas le había interpelado antes de cerrar la puerta.

—¿Qué será de nosotros, señor? Nosotros recurriamos a *Sir* Richard, ya lo sabe usted, señor. Era un hombre de mal genio a veces y de un carácter particular, pero estaba acostumbrado a nosotros. Orgullosa y despectiva, pero tenía derecho a serlo. Hombres parecidos a él habían escrito la historia de Inglaterra. ¿Qué será, pues, de nosotros?

—No lo sé, Thomas —le había contestado—. Ni creo que por ahora lo sepa nadie, pero sin duda alguna se os notificará.

—Tendremos que esperar. —Fue la respuesta dolida de Thomas.

John había asentido con la cabeza y, después de desayunar, emprendido el camino del castillo, a través de praderas y bosques. Kate le estaría esperando en el paseo de los tejos. La noche anterior, cuando advirtió que los preparativos para el funeral de hoy habían sido ya previstos, se habían dado la mano al separarse.

—Volveré por la mañana —le había prometido—. Te veré en el paseo de los tejos..., ¿a eso de las once?

Ella había asentido.

Sí, podía ya divisarla, un vestido blanco al resguardo de la sombra.

¡Cuán pequeña parecía entre aquellos arbustos gigantescos que sobresalían sombríamente por encima de ella!

La luz solar caía perpendicular y ahora ella caminaba por un estrecho sendero, lo suficiente holgado para evadirse de aquellas sombras, mientras su cabellera brillaba esplendorosa.

Cuando se encontraron, cogió sus manos entre las suyas y tuvo que contenerse para no estrecharla entre sus brazos. Era todavía muy pronto; se hallaba afectada por todo lo sucedido.

—El vicario ya está aquí —le dijo—. Ha venido temprano; *Lady* Mary envió a buscarlo. Quiere que la cripta esté llena de rosas encamadas. El sermón ha ordenado que no sea largo. Y se permitirá a la gente entrar y aproximarse cuanto deseen... y la espada quebrada se volverá a colocar en su lugar primitivo.

—¿Cómo está ella?

—Valiente. Ha estado hablando de él esta mañana con perfecta serenidad, aunque estoy segura de que no ha dormido en toda la noche porque sus ojos tan bonitos tienen unas ojeras muy profundas. Dice que está contenta de que él se haya ido el primero, porque puede soportar la soledad mejor que

él lo haría y porque las mujeres, para algunas cosas, tienen más entereza. «Los hombres exigen mucho —me ha dicho—; en cambio las mujeres no piden nada; sólo que haya alguien para hablar y para darnos una mano afectuosa».

La emoción embargó su voz y John la tomó entre sus brazos. Kate apoyó la cabeza en su pecho y él las mejillas en su cabellera.

—Kate —dijo al cabo de unos segundos.

—Sí, John.

—No iré al funeral. ¿Le importará a ella? No puedo hacerlo, después de la escena tan tremenda de la habitación del trono.

Marcaron una pausa, sin aflojarse las manos, mientras él contemplaba su rostro, exento de imperfecciones.

—No —dijo Kate—. Ella lo comprenderá; es una mujer de una comprensión extraordinaria. Ella misma ha dicho esta mañana que hubiera deseado no asistir a las exequias. Ayer por la tarde estuvo sola con él. Me dijo que estaba contenta de que por fin se hallara tranquilo entre sus antepasados, a los cuales pertenecía.

Se preguntaba John, al contemplarla, si *Lady Mary* le había dicho algo sobre sí misma. ¿Estaría Kate enterada de que era hija de Colin, hijo a su vez de *Sir Richard* y, por tanto, su nieta?

—¡Kate, mírame!

Obedeció al instante alzando su rostro y sonrojándose ligeramente al encontrarse con su sonrisa.

—Sí, John.

—¿Te ha dicho algo *Lady Mary* sobre un niño?

—¿Un niño? No, John. ¿Qué clase de niño?

Kate reflexionaba y trataba de recordar.

—En cierta ocasión manifestó que hubiera deseado tanto poder dar un niño a *Sir Richard*... Dijo que la culpa era de ella, aunque yo traté de persuadirla de lo contrario, ya que ella lo deseaba tanto como él; un hijo, por supuesto, para el castillo.

—¿Qué dijo ella entonces?

—Que no valía la pena hablar de ello y después derivó la conversación, sin explicarme el porqué, y me contó que la reina Elizabeth se refugió en este castillo después de la decapitación de Essex. La reina le amaba, ¿sabes?, aunque ella le doblaba la edad, pero no dijo nada después de su muerte. Su *motto* siempre había sido *Vide et taceo*. Y no dejaba de ser un buen lema para una mujer, prosiguió *Lady Mary*, especialmente para una mujer que amaba a un hombre.

—Veo y callo —repitió John—. Es un buen lema para todos nosotros.

Reinó el silencio entre los dos.

—Supongo que ahora no querrás el castillo —dijo Kate, retirando sus manos mientras hablaba y las metía en los bolsillos de su vestido.

John desgranó su respuesta con lentitud:

—Sería fácil para mí alejarme de él; separarme de él y tratar de olvidar. Sí, este castillo me embarga de miedo y de amor. Se trata de un viejo castillo..., muy viejo y hasta los castillos deben encerrar en sus muros la maldad cuando llegan a vivir muchos años. Pero no es la fortaleza la que encierra la maldad, sino la gente que se alberga en sus muros y que los utilizan para fines dañinos. Mira cómo el sol inunda de belleza sus torreones, Kate. ¿No te parece algo espléndido?

La aproximó a él y entrambos miraron por entre los tejos.

—Es una obra de arte; no permitiré su ruina, del mismo modo que si se tratara de un bello libro o una valiosa pintura. Quiero que las generaciones venideras disfruten del mismo y que lo purifiquen con una nueva clase de vida.

—¿Y vas a trasladarlo de aquí?

—Sí, creo que ya lo hemos decidido legal y de mutuo acuerdo; pero dejaré algo en su mismo emplazamiento: una granja modelo con maquinaria moderna. A mi padre le agrada la idea. Y *Lady Mary* vivirá cerca de ella y verá florecer esta tierra.

—Y yo permaneceré junto a ella —dijo Kate en voz baja.

—Estás equivocada; ella no lo consentirá. En el supuesto de que yo la conozca, y creo que sí (estoy seguro), ella no te lo consentirá. ¡Ni yo tampoco! Tú vivirás al otro lado del océano, en un país nuevo, pequeña mía. Y con el hombre que te quite.

Kate suspiró profundamente y trató de reír.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de..., todo? ¿Cómo te atreves a hablar de esa manera?

John estrechó su cara entre sus manos.

—Dímelo tú misma; ¿estoy equivocado?

Se intercambiaron una larga mirada, no más que una. John vio el corazón reflejado en sus ojos y ella descubrió lo que quería saber: un hombre a quien pudiera adorar... y lo adoraba, lo adoraba.

—¡No lo estás! ¿Y seguiremos viviendo en el castillo —preguntó ella—, después de que haya sido trasladado a Connecticut?

—No —dijo John con firmeza—. Nosotros no viviremos en él. Nadie volverá a vivir dentro de sus muros. Nosotros habitaremos una nueva casa, tú y yo, y habrá además unas habitaciones para *Lady Mary*, si desea residir en un nuevo país y emprender una vida distinta, sin fantasmas.

—Oh —exclamó extasiada—. ¡Cómo piensas en todo!

Y se dieron un beso, ya que ¿qué otra cosa les quedaba por hacer?... y se separaron porque las campanas doblaban a muerto. No, eso no, repicaban a gloria.

—Escucha —susurró Kate—. *Lady Mary* ordenó que no tocaran a difuntos, sino que tañeran una canción que ella acostumbraba a cantar junto con él, cuando eran jóvenes. Eso es lo que les ordenó: «No quiero percibir el olor de la muerte, ni sus ecos». Esto es lo que dijo al vicario... —Vaciló y dirigió a John una sonrisa cariñosa—. Pero voy a marcharme y permanecer junto a ella un rato, ¿no te parece, John? Hasta que termine todo esto; después me quedará mucho tiempo para estar contigo durante el resto de mi vida, ¿no es así?

¿Cómo podía John elegir entre un momento y una eternidad?

Asintió sonriente y se sentó en el jardín, en un asiento desde el que podía apreciar la silueta del castillo recortándose en el cielo azulado.

«Esperaré», se dijo.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] Obsérvese que fundación en inglés, significa también fundamento. <<

